

Almanaque de Orion.

ALMANAQUE
DE ORION

H. F. V.

—
1875
—

NOVELAS — CUENTOS — FANTASIAS
HISTORIETAS — ANÉCDOTAS — POESIAS.

—
Dedicado á quien lo compre.
—

TURIN
IMPRESA DE VICENTE BONA

Calle del Hospital, 3.

—
1875

LEAN, O NO LEAN.

Con el nombre de *almanaque* he publicado cuatro tomitos, que han tenido la fortuna de hacer fortuna, como dijo un señor, que se tuvo por sabio hasta esa fecha memorable de su vida; y como Voltaire ha dicho, « que no es decente escupir en los platos en que se ha comido », yo quiero bautizar este nuevo hijo, con el mismo nombre: *almanaque*, y por via de apéndice, de *Orion*.

Como *ustedes* deben comprender — y llamo *ustedes* al comprador, á quien deseo toda clase de encantos para la vida nueva — este libro tendrá de todo, menos de un almanaque.

De otro modo, rompería con la moda, con las costumbres, y con las prácticas del día, pues nadie ignora que los nombres, como los prógramas, significan precisamente todo lo contrario de lo que dicen.

El señor Poca-Ropa, usaba siempre, cuatro camisas, tres pares de medias, y tres levitas, mientras que el general *Dulce* era mas *amargo* que un vaso de hiel, como lo cuentan los Habaneros.

A mas, tengo una razon para que este almanaque no sea un almanaque, y se las voy á contar; así en familia, despacito, á fin que nadie nos oiga, pues hoy los seeretos de esta especie, tambien están á la moda.

El año 72 mandé mi almanaque á toda la América, y á fé que no tengo de que arrepentirme.

En casi todas partes se vendió bien; pero en Colombia, no sucedió así.

Causa ?

El señor obispo lo excomulgó!!!!

¿ Contenia algun cuento *verdon*, que pudiese ofender el candor virginal de la niña, cuya inocencia está en boton ?

Por Dios! Yo no habria sido capaz de tamaño atentado.

No señor: Su Señoría Ilustrísima, de Bogotá, excomulgó mi almanaque, porque no marcaba las fiestas de la Iglesia, *como debia!*

Entónces ¿ á que me he de exponer á que ahora me suceda otro tanto ?

Yo sé que nuestros obispos no son como aquel buen señor, y que nuestras *beatas*, no son tantas como las de Bogotá, pero, lo mejor de las cartas es no jugarlas: esto és, lo mejor és no hacer *almanaque*.

Y entónces ?

No hay entónces que se valga: les ofrezco un libro con ese título, que por su variedad, por la belleza de los cuentos, novelas, anécdotas, artículos y poesias que contiene, será el mas lindo de cuantos he hecho hasta ahora.

¡ Que modestia! — podrá exclamar algun zoquete, al leer esas últimas palabras.

Contesto.

Ante todo: yo no soy, ni he sido modesto por una razon muy sencilla: porque no soy hipócrita, y porque jamas he querido imitar el ejemplo de ciertos tontos de capirote, que cuando les hacen un elogio á cualquier cosa que les pertenece, contestan muy compunidos: *favor que Vd. me hace!*

Aquí no hay tal favor, ni tal niño muerto.

Este libro es precioso por las materias que contiene.

Si Vdes. quieren, descuenten las mias: los cuentos, artículos, ó folletincitos que me pertenecen, y que han salido de mi caletre, que ya no es poco concederles. Fuera de ellos, que sin embargo han de tener otro interés para mis lectoras del Plata, les sostengo á puño abierto (no hay cantimpla que no diga á puño cerrado) que este libro es una *preciosidad*, y que, quien no lo compre, por mas que se dispute con San Pedro, no conseguirá que le abra las puertas de sus salones.

Ya saben ustedes que no hay cosa mas *fundida* que los literatos.

Como yo lo estoy en grado héroico, he encontrado una legion de compañeros — ya ven ustedes que me llamo yo mismo literato — que han venido en mi apoyo, brindándome una cantidad de artículos, que son verdaderos encajes, al través de los cuales brillan las ideas como los ojos de una muger hermosa.

Y á mas, cuanta página deliciosa robada al album de mi hermano Héctor F. Varela, no les voy á ofrecer en este libro!

Saben ustedes lo que vale ese *album*?

He visto muchos, y muy buenos en mis variadas peregrinaciones: ninguno que se le pueda comparar.

A las firmas de Guizot, de Thiers, de Lamartine, Mazzini, Olózaga, Martinez de la Rosa, Odillon Barrot, Berryer, Fiorentino, Dumas padre é hijo, Pelletan, Sandeau, Féval, Herculano, Castelar... Garibaldi, Ros-sini, Troplong, Chevalier, Michelet y cien mas de Europa, se han agregado ahora las de Vigil, Montt, Alemparte, Bolet, Calcaño, y una brillante pléyade de escritores americanos que hacen de ese *album* una joya de inestimable valor.

Como Proudhom dijo, « que la propiedad era el robo », cosa que ocasionó la comuna de Paris y los cantonalistas de Cartagena, yo me he amparado del *album* de mi confrade, y sin respetar la propiedad, le he escamoteado algunas páginas deliciosas, que darán al *almanaque de Orion* — que no es almanaque — un nuevo y seductor encanto.

Linda frase ¿Verdad?

Pero no és la mia la que Vdes. desean.

Lo comprendo: ustedes arden ya en impaciencia porque les dé un *spécimen*, ó como decimos por allá, una *muestrita*, de las páginas del precioso libro.

Allá vá la primera que leo al abrirlo.

Son unos versos de Domingo Arteaga Alemparte, el escritor galano y profundo de Chile.

Atencion, que es él quien canta:

Belleza sin amor, flor sin perfume,
 Talento sin carácter: poca cosa!
 Prefirió á las camelias, una rosa
 A un vivo ingenio un noble corazon.

Tú que sabes pensar grandes ideas,
 Tú que sabes las grandes emociones,
 Tú que sabes cumplir grandes acciones,
 No eres ni esa belleza, ni esa flor.

Por eso cuando dejes este suelo,
 No todo partirá junto contigo:
 Vibrando quedará, mi caro amigo,
 En mas de un alma el eco de tu adios.

El recuerdo, ese aroma de la ausencia
 Nos hablará de tí, y al recordarte
 Podremos dar á cada cual su parte:
 Al pensador aplauso, al hombre amor.

Díganme cuantos lean mi libro: ¿ acaso esta sola
 composicion no valdria todo un libro ?

Que perfume y que ternura !

Y sin embargo, Domingo Arteaga Alemparte dice
 que no es poeta, sino escritor.

Si por modestia lo piensa, riño con él, pues ya he
 dicho cual es mi opinion sobre los *modestos*, vulgo
 tontos ó hipócritas.

Porque al fin, y hablemos claro: si un hombre ó
 una muger hacen una cosa bien hecha : si de ello tie-
 nen la conciencia, y si así se lo dicen en público ¿ de-
 jará de agradarles el testimonio de admiracion y sim-
 patía ?

Los que digan lo contrario mienten, porque á na-
 die le és dado deshacer la obra de Dios, y si ese pla-
 cer experimentado se llama vanidad, flaqueza, ó no
 se qué, todos en el mundo padecemos de la cosa.

La diferencia está en que unos tienen la virtud de
 confesar que esa justicia les gusta, como Thiers, y

otros quieren hacer acto de lo que llaman *modestia*, aparentando ruborizarse cuando les dicen:

Que bello artículo ha escrito Vd.!!

Que magnífico discurso acaba de pronunciar!

Malandrines! Si la miel os place ¿ porque no decirlo como Cristo nos enseña?

A qué tanto tapujo y melindre?

Estos me parecen que hacen el papel de Mesalina hablando de virtud, y de Caco disertando sobre la honradez.

A Castelar le han reprochado muchos, en su patria, la pasión que tiene por los aplausos, y yo que tanto le he reprochado últimamente, creo que tiene sobrada y perfecta razón en *gustar* de las ovaciones que se le tributan.

En cuanto á mí, ya presumen lo que siento y pienso en la cuestión.

No hay americano ninguno — aunque el decirlo cause la desesperación de muchos personajes de cartón — ninguno, ninguno, oiganlo bien, que haya merecido las ovaciones, los agasajos, los aplausos, que se me han tributado en Chile, el Perú, una parte de Colombia, Vénézuela, Francia é Italia, sin contar las que he merecido en mi patria.

Y ¿ no debo palpar de contento?

Y no debo alegrarme?

Sí, y mucho; y créaseme — y esto es serio — en medio de las amarguras que he sufrido y sufro, el recuerdo de esas grandes emociones, de esos grandes triunfos y alegrías del espíritu, me consuelan y con-

Es una debilidad ?

A nadie daña ni causa mal.

Respétenla pues, y déjeme vivir *con mi pepita*, lo que no importa decir que me haya convertido en gallina.

Cuando mucho me habré convertido en *pavo*, si tengo en cuenta *las que me han hecho*, los que me han reducido á la situacion en que me hallo.

Felizmente no és la de Quevedo, pues aun puedo decir como Galileo : *eppur si muove*, porque, en realidad, me muevo.

Y como les iba diciendo, mi libro será una verdadera *monada*, porque contendrá de *todo un poco*, lo que importa decir que será para todos: locos y cuerdos, viejos y jóvenes, lindas y feas, impertinentes y galantes, *machos y hembras*, y en fin, para *tutti quanti*.

Sin embargo confieso que lo principal és para *ellas*: para las que no son de mi sexo ni del de Manuel Perez del Cerro, para las que han constituido el encanto de mi vida, pues sin *ellas* no hay nada en el mundo por mas que ciertos imbéciles — que son los que mas las buscan — se pretendan los héroes de una indiferencia que no tienen.

En las páginas de este libro hay también algunas poesias y artículos, que me han sido dedicados. Como ya he dicho que no soy *modesto*, porque no soy *hipócrita*, los publico no tanto por el placer que me cause verlos aquí, cuanto por gratitud hácia las personas que han tenido la galantería de consagrármelos.

La gratitud ha sido y será para mi, siempre, una de las calidades que mas ennoblezcan al hombre.

El que no sienta ese sentimiento en su corazón, merece lástima. Es un desgraciado.

. Acabo de escribir esta última palabra: me llegan los diarios de la tarde.

Los abro, y en ellos veo un telégrama de Pernambuco, anunciando, « que ha estallado una revolución en Buenos Ayres: que Mitre se halla al frente de los insurrectos!!!! que estos ocupan Chivilcoy y San Martín: que la escuadra los apoya: que los diarios han sido suprimidos, y que las Cámaras están en sesión permanente! »

Mitre *motinero!*

Mitre capitaneando una revolución!

Hasta tener una de esas pruebas que no permiten la duda, ni quiero, ni lo puedo creer; porque me parecería un sueño, una quimera, que tan luego el hombre que más alarde ha hecho entre nosotros de su amor á los principios, pudiese, en un día, en una hora, romper con la tradición de toda su vida, nivelándose á los motineros vulgares.

Entretanto conste, que este *niño* nace en medio del estruendo de las armas; y que, aun cuando su suerte, quizá, no pueda ser ya la misma que habría tenido si hubiese llegado al Plata en medio de la paz y la bonanza, su padre lo manda haciendo votos porque la razón recobre el imperio en los espíritus que la hayan perdido, y confiado en que, los que le conocen, acojan al hijo con el cariño que siempre dispensaron á

**Al arma blanca.**

Era de noche; lo cual se conocia mas que por la oscuridad que reinaba que por lo que ahullaban los perros.

Dos horas hacia que me habia acostado resuelto á dormir á todo trance. Estaba preparado á ello con un largo artículo sobre geología y una oda á las nubes.

Sin embargo, me sentia desvelado.

Mis muchachos roncaban á pierna suelta. Uno de ellos soñaba en alta voz; otro cruja los dientes, y todos tiraban desatinadas manotadas a los zancudos que se cebaban en su sangre ¡los angelitos!

Podia decirse que hacia sueño en mi estancia, pero yo solo velaba. ¿Por qué? Yo no lo sabia decir. Habia cenado bien; podia dar mi opinion sobre el fin de todos los planetas, inclusiva la tierra; ¿por qué pues, no estar roncando como un liron?

Un vientecillo colado que comenzaba á desazonarme el estómago y á enfriarme los pies, me hizo sospechar que yo habia dejado abierta la puerta que da al corredor.

Extraordinario poder del miedo! innato amor á la propiedad! mi pensamiento ocupado en confrontar ajenas opiniones se trasladó con la velocidad del rayo al terreno de lo mio, y pensé en ladrones.

Pero, ladrones ¿y á robar qué?

Ah! mi ropa: pues salvémosla;— y al instante me dirigí á la percha, descolgué mis vestidos y poniendo

boca arriba mi sombrero de pelo, metí en él el precioso hábito que me hace monje.

Algunas camisas quedaban expuestas á la rapiña de los ladrones, pero ya quisiera yo ver, si las cojen, lo que hacen para saber como me las pongo.

Sentí un ruido, oí pasos, tuve miedo y me arrojé hasta la cabeza.

De repente se detuvieron los pasos; y ¡¡ pataplum!!

Cualquiera que haya sido, pensé, vivo ó muerto, si tiene pata, esa se le ha quebrado.

El golpe no era para ménos.

Algo habia caído sobre el agresor.

Salté de la cama, reclamé mis babuchas, y tomando el arma fiera que me sirve para cortarme las uñas y tajar el lápiz, me arrojé.....sobre quien?

Era enemigo, y enemigo alevoso. No era un acreedor, que esos no salen de noche; no era muerto, estos no se dejan atrapar, pero en fin, allí estaba.

Muerte!..... sangre!..... asesinato!..... *glu... glu... glu...* ni mas ni ménos que el *Maestro de Escuela*. Yo lo veia todo de color rojo!

¿He olvidado decir que la vela estaba encendida?

Pues la enciendo. Ras! un-fósforo: ras! otro fósforo, y nada; á la tercera vencida es; y manos á la obra.

Glu,.... glu,.... glu,.... glu,.... continuaba diciéndome el buho, pero nada me detiene: ¡el viejecito de la calle del Roule! nada; la mujer del canal de San Martin!..... ni por esas: zas!.... primera puñalada; zas! otra y otra y otra: al arma blanca!

Quien se defiende no mata.

.....
Mi mujer se habia despertado con la batahola.

— Arrójalo por el postigo para que se lo coma el gato, me dijo, y limpia bien la trampa, pues de lo contrario no caerán los otros.

A mi querido amigo Héctor F. Varela.

No es mi musa en fuego escasa,
Mas nunca á loar se dió,
Que si mui humilde yo,
De altiva mi musa pasa;
Y como de mengua huyo,
La guardo como un topacio
Y jamas la prostituyo
A las puertas de palacio.

Acaso algun dia armada
Rugió ella, alzó las manos,
Y á los cielos pidió airada
La muerte de los tiranos.

Acaso, huracan que zumba,
Estalló en tono severo,
Y lloró sobre la tumba
Que ocultaba á algun guerrero.

Acaso al ver falleciendo
Caido y solo á un soldado,
Clamó al cielo enalteciendo
Heróico afan desgraciado.

Acaso pasó los mares,
Y allá en lejanas arenas,
Miró esclavos á millares
Y maldijo sus cadenas.

Pues buscó siempre en alteza,
Como el aguila del viento,
Atmósfera de grandeza,
De las nubes el aliento.

Y como debe la musa
Por la gloria asir la trompa,
Y nadie á la mia acusa
De que niegue al sol su pompa,

Hoi que lloras indignado
Del cubano la desgracia,
Hoi te canto, á tí, soldado
De la austera democracia.

Y te doi mil parabienes
Por tu palabra fecunda,
Que si dá lauro á tus sienes
De luz á la patria inunda.

Dices bien que nada abate
De un pueblo ultrajado el pecho,
Del esclavo que combate
Por la Lei y el Derecho.

Y dices bien que es coloso
Guzman, el bravo guerrero,
El Magistrado celoso,
El soldado caballero.

Tal un dia los que dimos
El primer grito á la hiena,
Como iris de paz le vimos
Aparecer en la arena.

Nuevo Colon, del profundo
Abismo de las pasiones,
Limpia gloria, y nuevo mundo
Mostrando está á las naciones.

Y si caído, un tirano
 Su gloria quiso ultrajada,
 Vencedor tendió la mano
 Y le amparó con su espada.

Y á eterna gloria, infinito
 Timbre ya ese rasgo fuera,
 Si tambien en el granito
 Su genio no lo esculpiera.

Si ese Código no hablara,
 Y esos puentes y ese tren,
 Si el pueblo no lo llevara
 En el corazon tambien.

Augusto de un pueblo libre,
 Así en la paz y en la guerra
 Espléndido el rayo vibre
 Que su noble diestra encierra.

Y en él mire el pueblo ansioso,
 Al amparo de su acero,
 Su Magistrado celoso,
 Su soldado caballero.

Y á tí, noble amigo mio,
 Veterano del talento,
 Que te lleve el cielo pio,
 Manso el mar y manso el viento.

Y no olvides que esta tierra,
 Sepulcro de los tiranos,
 Para los libres encierra
 Dulce hogar . . . y mil hermanos.

JULIO CALCANO.

**Un romántico.**

El romanticismo es la piedra de toque de las grandes pasiones: el amor romántico es lava ardiente arrojada del cráter volcánico que la geología fisiológica ha descubierto en el pecho de ciertos enamorados. El seno de un enamorado que la da de sentimental es un Etna, un Vesubio en perpetua ebullicion, arrojando peñascos y cenizas ardientes como para desafiar al mismo cielo. Por lo pronto, de lo primero que echa mano el amante romántico que se siente quemado por la incandescencia de una pasion indomable, es de su lira; si es suya, porque cuando no la tiene, agarra la primera que encuentra cómo si fuera elemento de guerra ó género de contrabando. Entónces se hace poeta, como si dijéramos, se hace militar, abogado ó médico, que si uno no se hace las cosas por sí mismo nadie se tomará ese trabajo. La cuestion es hacerse uno lo que mejor le viniere en gana, aunque nadie crea que es uno lo que se ha hecho ó pretendido hacerse. Ya transformado en bardo el romántico, llena los periódicos de epístolas amatorias, de idilios, endechas y odas donde campean, que es un gusto, las admiraciones, los apostrofes nerviosos, las interrogaciones

ardientes, y las reticencias que llenan el papel de puntos suspensivos. Como el romántico abraza en su embrollado cerebro la idea de que tan solo á las mugeres casadas escoge la mano implacable de eso que los antiguos llamaban destino, hado y qué se yó que mas, para hacerlas el juguete de las grandes pasiones, dirige casi siempre los fuegos concéntricos de su batería amorosa á rendir las plazas fuertes que están en manos de legítimo dueño. Entónces se le figura que es un Macias, un Diego Marsilla ó un Anthony, y que tan solo le hace falta la pluma vigorosa de Larra, Hartzzenbusch ó Dumas para que su pasión alcance la inmortalidad.

Yo conocí á un individuo de esa especie que se nombraba Don Amador Candelilla, y que era el mas furioso romántico de los que se han tropezado conmigo en este mundo sublunar. Doña Isabel de Contreras, esposa de Don Fabian, parece que llegó á inspirarle un amor homicida, pues no pulsaba la lira el tal Don Amador sin que llamase á su dulce tormento con los calificativos mas amargos y delirantes. Ya la decia que era ingrata, ya que era mas tirana que Neron ó Eleogábalo, ya por fin que le asesinaba sin misericordia, y que seria la sola culpable de que para él se abriera prematuramente la tumba. Lo mejor del caso es que Doña Isabel no entendia una jota en achaques de versos y de romanticismo, pues era una de esas mugeres sencillas, que tan solo saben regatear en el mercado y desempeñar por sí misma los quehaceres de la vida doméstica. Y héteme aquí, pues, que aunque veia constantemente á Don Amador, como que era gran amigote de su marido, permanecia en completa ignorancia de la pasión volcánica que habia inspirado, lo mismo que cuenta Cervantes de la Dulcinea á quien el famoso manchego hizo dama de su pensamiento y objeto de su amor.

En el magin de Don Amador se enjendró la desca-
bellada idea de que Doña Isabel era desgraciada, como
quien dice, una víctima propiciatoria llevada violen-
tamente á los altares dal sacrificio conyugal. Estaba
poseido igualmente de que su pasion era premiada
en silencio, tan solo porque Doña Isabel, cuando le
veia tomar una actitud romántica, sentimental, fatí-
dica delante de ella, le decia jovialmente: — *Don A-
mador, usted como que se ha perdido en los aren-
ques: tómese un purgante que tiene mucha bilis en
el estómago, y eso le pone triste.*

Una vez sucedió que, ausente el marido, quiso Don
Amador dar una serenata de guitarra sola al ídolo
de su alma ; y como él no tenia escrúpulo ninguno
en eso que el tribunal de los hombres de letras titula
piraterías literarias, echó garra del Macías y con su
voz de chicharra veraniega entonó, mejor dicho, de-
sentonó al pié de la ventana que encerraba á su a-
dorado tormento los siguientes versos.

Rompe, aniquila

Esos, que contrajiste horribles lazos.

Los amantes son solo los esposos.

Su lazo es el amor : ¿ cual hai mas santo ?

Su templo el Universo ; donde quiera

El dios los oye que los ha juntado.

Si en las ciudades no, si entre los hombres,

Ni fe, ni abrigo, ni esperanza hallamos,

Las fieras en los bosques

Cederán al amor. ¿ Ellas acaso

No aman tambien ? Huyamos ¿ qué otro asilo

Pretendes mas seguro que mis brazos ?

Los tuyos bastaránme, y si en la tierra

Asilo no encontramos, juntos ambos

Moriremos de amor. ¿ Quien mas dichoso

Que aquel que amando vive y muere amando ?

Todavía estaba Don Amador sudoroso, conmovido, ajtado por el grandioso fuego de la pasion que acababa de espresar con tanta elocuencia, cuando se abrió la ventana asomándose á ella Doña Isabel, quien al punto exclamó:

— *¡ Qué humor el de usted, Don Amador! Miren que venir á cantar aguinaldos sin ser noche buena! Váyase á recojer que ya es tarde. Adios.*

Quedóse Don Amador como quien ve candelillas, su apellido. Dió media vuelta falsa y se alejó pausadamente dirigiendo enternecido á la mansion de su Elvira ingrata la misma mirada que debió dirigir Bobadil el chico cuando abandonó mal su grado las deliciosas vegas de su querida Granada. En seguida fuese á un puente donde se puso á contemplar amargamente las estrellas como solicitando allí la solucion de su fatal horóscopo.

— *La suerte está echada!* exclamó al fin como el vencedor de Pompeyo al pasar el Rubicon. Mañana se decide mi destino! Mañana la ingrata, ó la pusilánime, pues creo que en su interior me ama, fallará sobre mi suerte. La declararé en verso mi pasion, en verso improvisado como hizo la Safo sublime al dar el salto de Leucade: *su amor ó la muerte!*

Al siguiente dia, con paso vacilante, tambaleando de emocion como un ébrio, se dirigió Don Amador á la casa de su adorada homicida. Por fin penetró resueltamente en el santuario donde existia el tabernáculo sagrado de su amor. ¡ Cielos, qué mira! El objeto de sus constantes adoraciones, la mujer á quien ama con una pasion que alcanza la fuerza motriz de trescientos caballos, tiene el rostro bañado en lagrimas.....

Don Amador, mas lijero que el cervatillo de las pampas, se abalanza hácia ella, y sintiendo bullir en su corazon el estro sublime de Garcilazo y Gutiérrez, exclama con voz patética, llena de súplicas lacrimosas:

Adorada Isabel ! no llores tanto,
 Que el corazon me partes, alma mia !
 Tus ojos brillan cual la luz del dia,
 Y hallo en tus ojos celestial encanto.

Gotas de puro aljofar es tu llanto,
 Líquidas perlas que la aurora envía.
 ¿ Por qué lloras, mi amor ? ¿ que mano impía
 Te hunde implacable en tan mortal quebranto ?

Tal vez leyendo estabas con angustia
 De algun drama patéticas tramoyas,
 O aquella historia tierna de Corina.....
 Dí, ¿ por qué lloras y te muestras mústia ?

Ella. — Porque estaba pelando unas cebollas
 Y hace llorar el humo de cocina.

Parece que esta respuesta descoyuntó á Don Amador, sin táctica de ningun género. No sabemos si ha logrado curarse de sus delirios poéticos y amorosos ; pero de seguro que curado ó no, muerto ó vivo, hay muchos que pululan en el mundo parecidos á él, y no haya miedo por consiguiente de que se estinga la especie. Nada perece en la humanidad, mucho ménos en la naturaleza : lo que al parecer muere es tan solo para cambiar de forma. Si Don Amador ha dejado de existir, muchos individuos conocemos que tienen de sobra la materia prima de Don Amador. Tambien conocemos muchas Isabeles que, en el caso de la que volvió los cascos á nuestro héroe, salga con que estaba mondando cebollas cuando se la creia ver llorar de sentimiento.

TANTALO.

EN EL ÁLBUM, DE UNA SEÑORA.

¿Quieres que cante, Señora,
Quieres que pulse mi lira,
Quando mi númen se inspira
Solo en tu ser i en tu amor?
¡ Y tú esquivas á mi vista
Tu imágen encantadora;
Y hasta me niegas, Señora,
El encanto de tu voz!

Sarcasmo, burla, ironía!
Dile al ruiseñor que cante
Y dispárale al instante
La flecha del cazador.
Dí á la fuente que murmure
Y que corra al arroyuelo
Y tala i destruye el suelo
Y estingue el surtidor.

Dí al árbol que vista flores
Y ostente sus bellezas;
Y luego torna en pavezas
Las delicias del vergel.
Dí al sol que irradie su luz
En las regiones del viento;
Y oscurece el firmamento
De tinieblas por do-quier-

Cantar, Señora? — El que sufre
 Solo en el pesar se inspira,
 Y en vez de cantar suspira
 Y exhala el ai! del dolor.
 No tiene mi triste lira
 Plácidos ni alegres sonos;
 Volaron mis ilusiones
 Solloza mi corazon

•

Y la causa tú la oyes
 De mi labio á cada instante;
 Y en vez de alivio ó calmante,
 Me dices ¡ai Dios! que cante,
 Y te ries de mi clamor.
 Tienes razon! yo deliro;
 Pienso en tu amor! que demencia!
 Ah! tú amas con vehemencia,
 Y te acusa la conciencia,
 Y escarneces mi pasion.

ANDRÉS A. SILVA
 (Vénezolano)

A LA BATALLA DE AYACUCHO.

• « ¡ Mudo el cañon: del campo fratricida
« el suelo en sangre tinto: la bandera
« que triunfadora el orbe recorriera,
« por españolas manos abatida!.....

« ¡ Oh Pizarro! ¡ oh dolor! ¡ Si aquí blandida
« tu centellante espada reluciera,
« del mundo de Colon señora fuera,
« no de mis propios hijos ¡ hai! vencida. »

Así sobre los Andes, real matrona,
el manto desprendido, adusto el ceño,
con llanto de furor su mal pregoná;

Y al ver un mundo en manos de otro dueño
á la vencida tropa, por desdoro,
lanza en pedazos mil el cetro de oro.

RAFAEL M. BARALT.

Los perfumes.

I.

El uso de perfumes y olores llegó en la antigüedad á su apogeo; los pueblos del Asia y del Africa, Grecia y Roma, los prodigaron. Ansiosos de impresiones que exitaran al placer, los antiguos creían que los olores suaves eran indispensables á su existencia y por esto se reunían en casa del perfumista como lo hacemos hoy en el Café.

El paganismo que deificaba todo, la belleza, la fealdad, la mentira, la verdad, la virtud y los vicios, quemaba una suma prodijiosa de perfumes en los numerosos altares de sus treinta y dos mil dioses.

Los voluptuosos sátrapas del Asia vivían continuamente en medio de una atmósfera saturada de los mas suaves perfumes. Las antorchas que alumbraban sus suntuosos palacios esparcían al quemarse olores deliciosos; sus muebles eran esculpidos en maderas olorosas; mezclaban con sus alimentos sustancias aromáticas, y deslizaban perfumes embriagadores en los blandos y mullidos tapices que les servían de lecho.

En una magnífica cena que Othon dió al tirano de Roma, Neron, para que nada faltase á la sensualidad de los convidados, se habían dispuesto secretamente

en la sala numerosos tubos de oro y plata que deramaban vapores aromáticos y esencia de gran precio. Manjares deliciosos y vinos perfumados exitaban los cerebros. Multitud de pebeteros humeando por doquiera, completaban la dulce embriaguez de los sentidos. En definitiva, los Romanos no hacian sino imitar tambien en esto à los Griegos, quienes, como nos enseña la historia, se mostraron siempre apasionados por los aromas.

El inmenso comercio de perfumes á que dió lugar la loca pasion de estas naciones disminuyó con la caida del imperio Romano; es decir con la civilizacion antigua.

Durante esta época desastrosa en que los bárbaros inundaron la capital del mundo llevando consigo el hierro y el incendio, el lujo, las artes y la poesía buscaron con los perfumes otra patria y se refujieron en el Asia.

Entretanto la civilizacion moderna echaba ya algunas raices y se levantaba sobre los escombros de la antigua. Una nueva era nacia: era de galantería en que reconocieron para lo sucesivo los derechos de la belleza. Las mujeres entónces para asegurar definitivamente su tan dulce como irresistible poder apelaron á los perfumes, cuyo gusto reaparece en la edad media.

San Luis los adoraba y decia en los campos de Palestina « Deliciosa Arabia, ambiciono tu conquista para ofrecer al Señor tu mirra y tus inciensos ».

Bajo el reinado de Luis XV las damas que frecuentaban la corte, adoptaban cada dia un nuevo perfume de modo que los salones de palacio se hallaban, ya embalsamados por las suaves emanaciones del nardo, ya por las del voluptuoso ámbar. La variedad de estos suaves perfumes, el arte con que se les esparcia sobre los vestidos, de modo que no chocaran ni aun al olfato ménos delicado, valian á aquella corte el nombre de « corte perfumada ».

A partir de esta época los perfumes han venido á ser una de las necesidades del tocador. El arte del perfumista á quien la quimica ha impreso tan brillantes progresos, puede conservar aun los mas fugaces olores, para ofrecerlos á la belleza como dulce incienso quemado en sus aras.

Si la vejez no es la única autorizada para dar consejo, me atreveré no sin temor á decir que no á todas las edades convienen los perfumes.

La jóven bella por la frescura de su tez no debe usarlos; disimular con olores prestados el delicioso perfume de la juventud es un anacronismo imperdonable. Pero, cuando los años han marchitado los naturales atractivos de la muger, puede servirse de ellos con ventaja, si emplea mucho arte y aun mas moderacion; no debe olvidar estas palabras del satírico Marcial: « Cuando apareces, Gelia! se creeria que acaba de romperse un frasco de nardo ó de canela. No, no quiero que así me enamores ¡ oh mujer! pues depende de mi voluntad hacer que mi perro exhale los mas suaves olores ».

II.

La mayor parte de los olores provienen de las hojas y de las flores, estas encantadoras hijas de la primavera que parecen ser el punto de contacto en que vienen á unirse las afecciones de la clases extremas de la sociedad; el rico y el pobre; el poderoso y el débil, pues si el pastor adorna con flores su cayado, los reyes riegan con ellas el piso de sus soberbios palacios.

No hay fiestas sin ramilletes, ni victorias sin coronas, poesía ni amor sin que se abran ó desgajen algunas flores recién abiertas. Se adorna con flores la

cuna del niño recién nacido, se rodea de guirnaldas el altar del himeneo, se ciñe con ellas la frente pura de la desposada y si se estingue un ser que nos es caro, sobre su tumba ¡ai! colocamos también flores. ¿Y por qué no? si son el símbolo natural de todos nuestros sentimientos.

No se sabe bajo que forma se hallan contenidas las esencias en las corolas de las flores. Puede solamente asegurarse que aquellas no preexisten generalmente en la planta. La imposibilidad de resolver la cuestión estriba en la variedad del fenómeno.

Hay flores que retienen sus perfumes una parte del día y los dejan escapar en la otra. Algunas esparcen un olor suave á ciertas horas y de repente se cambia este en uno desagradable. El perfume de ciertas plantas permanece oculto y no se desarrolla sino con el frotamiento, como las hojas de mirto.

La violeta y la resedá presentan el fenómeno contrario: cuando se les frota entre los dedos, exhalan en lugar del suyo un olor herbáceo. En fin, ciertas plantas ésparcen á lo léjos sus emanaciones al paso que otras, como los rosales, las concentran.

Por demas curioso es el modo como afectan los sentidos las numerosas plantas que componen el reino de Flora.

El olor del *nepeta cataria* es tan simpático para los gatos que es casi imposible cultivarlo en los jardines de las ciudades, pues inmediatamente que estos animales la adivinan, concurren en masa á revolcarse sobre ella y despues de haberse frotado satisfactoriamente con sus hojas, terminan, previas mil cabriolas convulsivas, por destrozarlas con furor.

Los perros se deleitan en olfatear el *cheno podium vulbaria*; se revuelcan en esta planta y el fétido olor que exhala los embriaga hasta tal punto que provoca en ellos secreciones intempestivas.

Muchas flores, entre otras el *arum*, exhalan un olor análogo al de la carne corrompida, de manera que numerosas moscas y otros insectos parecidos, engañados por el olor, acuden en tropel á depositar en ellos sus huevecillos.

El viajero Pyrard asegura haber visto á orillas del Amazonas una planta cuyo olor se semeja á un hervido en ebullicion; los indíjenos la llaman *olla de mono*.

III.

Las flores embalsamadas de nuestros jardines que con tanto placer olemos, castigan frecuentemente con dolores de cabeza y otras indisposiciones, nuestra avidez por sus perfumes y nos advierten de la sobriedad que debemos usar en la inhalacion de olores suaves y penetrantes.

No todas las flores son nocivas en igual grado: se puede decir á priori que las mas peligrosas pertenecen á las familias de las soláneas, papaneráceas y obellíjeras. Nikelson ha probado con una série de experiencias que los olores que provienen de las corolas, tienen un efecto espasmódico mui sensible y á veces peligroso, miéntas que los que se originan de los tallos y hojas no tienen nunca ninguna accion sobre los nervios.

La exhalacion del ácido carbónico no es la única causa de nocuidad de las flores; existe otra que depende de la naturaleza misma de la planta y de su olor. Es á esta última que deben atribuirse los efectos extremamente variados de las flores sobre la economía humana; unas éxitan á la alegría ó á las lágrimas, otras sumerjen en sopor ó provocan contracciones musculares.

Las moléculas odoríferas obran enérgicamente sobre

el sistema nervioso. No debe sin embargo atribuirse á los olores los fenómenos mas ó ménos raros que presentan ciertas mujeres histéricas ó algunos hombres hipocondríacos, quienes creen sinceramente en la influencia perniciosa de tal flor ó de tal olor. Semejante idea fija, que toca mui de cerca á la manía, causa á estos individuos excitaciones nerviosas, temblores, convulsiones y aún síncofes mas ó ménos largos, mas ó ménos alarmantes.

El olor del anís incomodaba fuertemente á Voltaire por el efecto carminativo que experimentaba.

Mademoiselle Comtat, se privaba con el olor del ganado cabrío.

Una noble romana de nervios delicados, contaba cierto dia á su médico que no podia tolerar el olor de la rosa; esta flor era su pesadilla, su infierno. Durante esta conversacion entra una amiga que llevaba en el peinado un boton de rosa. La elegante señora palidece al instante y despues de algunas contorsiones desfallece sobre el sofá. « ! Qué susceptibilidad nerviosa ! » pensó el doctor, « el olfato de esta bella es mui sutil ó el olor de la rosa mui penetrante para producir tan violento accidente ». Despues de haber acudido en torno de la desmayada para prestarle auxilios, se quiso despedir á la indiscreta amiga, probándole que era causa del ataque de nervios, mas esta se sinceró arrancando la flor de sus cabellos y entregándola al médico.

Entónces entre las personas que allí se hallaban, unas sonrienen, otras se encojieron de hombros: el fatal boton de rosa era artificial!

El arte del perfumista tiene por principal objeto, arrancar á las plantas sus olores y trasmitirlo á las diferentes preparaciones que tienen por fin conservar y aumentar los encantos de que la naturaleza ha dotado á la persona.

La mayor parte de las plantas odoríferas ceden fá-

cilmente sus esencias siempre que se les destile con agua, bajo la forma de un líquido, á veces mas y á veces ménos pesado que el agua. Pero otras, y éstas son en general las que ofrecen las mas suaves fragancias, resisten á este tratamiento. En este caso se emplea un subterfugio que consiste en poner las flores en contacto con aceite de olivas que se impregna del olor apetecido. Para alcanzar este resultado de un modo sencillo, se hace uso de una caja pequeña dividida en varios compartimientos por medio de telas gruesas colocadas horizontalmente; se les embebe de aceite y se les cubre con las flores que deben renovarse varias veces. Terminada la operacion, fácil es, esprimiendo aquellas, obtener un aceite mui perfumado que sirve para dar olor á mayor cantidad, ó bien para preparar un extracto, batiéndolo con alcohol, dejándolo reposar y decantándolo.

Una vez en posesion de las fragancias contenidas en las flores, nada es mas fácil que hacer las diversas preparaciones usadas en perfumería. Ya hemos hablado de los aceites. Disolviendo en el alcohol las esencias, se obtienen los extractos. Las pomadas y jabones se perfuman mezclando con ámbos los olores.

Los polvos para el cútis que deben ser hechos únicamente con arroz, y que son falsificados comunmente con bismuto y hasta con albayalde, exponiendo á un envenenamiento á las personas que los usan, no presentan ninguna dificultad para comunicarles el olor que se desee.

Lo dicho deja comprender, que es fácil con un poco de curiosidad, preparar los perfumes indispensables en el tocador. Tambien es verdad que semejante trabajo es supérfluo, desde luego que hai quien cultive especialmente el arte adquiriendo como es natural gran habilidad. Pero debe no olvidarse, que entre nosotros se especula con todo, hasta con el sentimiento de lo bello.

Mi propósito en este artículo ha sido delatar á esos reos de lesa hermosura y dar al mismo tiempo un medio de poner á cubierto de sus criminales ataques, esos sedosos cabellos, esos delicados cútis que nos deleitan sí, pero á trueque de nuestro sosiego ¡Si en algo me valiera para con ellos esta mi generosidad!

Y vosotras lectoras á quienes vá especialmente dirigido este artículo, no dudeis que mis deseos se hallarian mas que satisfechos, si en retorno de alguna utilidad que él os proporcione, me dirijis aunque sea una sola mirada, no de aquellas cuyo irresistible efecto conoceis, sino de lava complacencia. Que esto no entibie el zelo de la que el hado puede haber destinado para ser un dia no mi mitad, sino mi todo; pues que el amor á lo bello engrandece el corazon y refina por decirlo así el sentimiento.

VICENTE MARCANO.

CARTA A EMILIO CASTELAR.

Uno de los escritos que en estos dias ha encontrado mas éco en toda América, ha sido la carta que Héctor F. Varela dirigió á Emilio Castelar, con motivo de la inicua matanza del *Virginus*.

Cuando el hecho tuvo lugar, Varela se hallaba en Carácas.

Hablando de la carta — que vá mas abajo — dice, *La Opinion Nacional*, de aquella Ciudad :

La carta de nuestro querido amigo á Don Emilio Castelar que publicamos el sábado, ha causado profunda sensacion en Carácas, habiendo sido leida con entusiasmo inusitado por todo el mundo, sin excepcion de opiniones. Muchos hombres de letras, otros políticos pensadores, no pocos ciudadanos de los gremios industriales y nuestros jóvenes ilustrados, llenos de admiracion no cesan de ir á felicitar al célebre argentino, desde el sábado en la noche, por su brillante produccion.

Una comision, representando á la juventud de Carácas se presentó en su domicilio á felicitarle por la brillante carta.

El jóven Atienza, llevando la palabra, dirijió á Varela un sentido discurso de felicitacion, que este contestó, improvisando como siempre.

La ceremonia fué cordial y patética.

Un antiguo amigo de Garibaldi le ofreció hoi un almuerzo, despues del cual Cecilio Acosta pronunció un discurso, que nos dicen ha sido admirable.

¿ A qué más que á todos estos triunfos sinceros, puede aspirar un soldado de la libertad y campeon de la democracia ?

En cuanto á nosotros, es escusado decir que nos llenan de regocijo el alma los triunfos de nuestro hermano, y nos es por lo tanto mui grato publicarlos y dar á la estampa documentos como los que siguen, cuya insercion nos piden sus autores.

Los documentos á que hace referencia *La Opinion Nacional*, son una multitud de cartas congratatorias dirigidas á Varela por personas importantes, felicitándole ardientemente por la suya á Castelar.

Esa carta héla aquí :

Carácas, noviembre 27 de 1873.

Señor D. Emilio Castelar, Jefe del Poder Ejecutivo de la República Española.

Hermano y amigo.

Hace quince años que me diste este dulce nombre.

Hace quince años que de léjos como de cerca, habitando bajo un mismo techo en Europa, ó habitando

cada cual en el seno de su propia patria, vivimos en esa dulce intimidad que acerca y confunde dos hombres que se entienden, que se aman, que militan al pié de una misma bandera, que tienen un mismo ideal, que se comunican sus dolores y sus alegrías, y que en los días de buena como de mala fortuna, se conservan siempre fieles al culto de la amistad sagrada que los liga.

Hace quince años que ámbos estamos en la brecha, combatiendo por la libertad, por la República y por la independencia de los pueblos: tú en el seno de tu gran patria, que has subyugado con el encanto de esa palabra de fuego, que ha creado un partido, y derrumbado dos monarquías, y con el prestigio inmenso de esos artículos que cada mañana llovian sobre la frente del pueblo, iluminándola con los resplandores de una luz inmortal: yo en la mía, en Italia, en Francia, donde quiera que he podido pronunciar una palabra, escribir un artículo, ó ceñir una espada.

En medio de esta hermosa vida de combate y de acción, de propaganda y de fé, que no ha tenido ni tregua, ni reposo, que te ha valido á tí una condenación á muerte, y á mí todos los sinsabores inherentes á la misión del que no transije jamás con la tiranía de los déspotas ó de los pueblos, siempre, mi querido Emilio, siempre nos hemos comunicado todo cuanto *nos ha venido aconteciendo*, hablando con abandono y franqueza sobre nuestras situaciones respectivas, y dándonos uno al otro, según la circunstancia lo requiriera, los consejos que nuestra amistad nos inspiraba.

Tú lo sabes, noble compañero: en todas las grandes cuestiones de política europea, hemos estado siempre de perfecto acuerdo, y en las de América, tú has tenido la fineza de juzgarlas según mis opiniones, por-

que comprendias que no te engañaba, que ningun móvil mezquino me guiaba, y que al pedir tu apoyo para ciertas situaciones, y para ciertos hombres de mi patria — *que es la América toda* — yo no te pedía nada que no estuviese de perfecto acuerdo con tus principios, con tu propaganda, y con tus aspiraciones de republicano y de demócrata.

Así sucedió con la eleccion de Pardo en el Perú.

Así ha sucedido con la de Guzman Blanco en Venezuela.

En una y otra hiciste lo que te pedí, y creo que no has tenido ni tendrás de qué arrepentirte.

Hai sin embargo una cuestion en la que *nunca hemos estado de acuerdo*, y que yo miro como un punto negro flotando en el cielo de nuestra cordial amistad.

Esa cuestion es la de Cuba, que tú te has empeñado en juzgar como *español*, ántes que como *republicano*, y que yo considero en todo momento, como americano y como republicano!

Sin embargo, aun en esta gravísima y trascendental emergencia, tú tuviste un rasgo que hace honor á tu lealtad de amigo, y que mucho te enalteció á los ojos de mis compatriotas.

Cuando fundé *El Americano*, toda la prensa española, y otros periódicos reaccionarios como *La Gaceta Internacional*, me hicieron una guerra tremenda, tratándome de *filibustero y socio de la manigua*, y presentándome como un mercachifle de la prensa que alquilaba mi pluma á los revolucionarios de Cuba!!

Esta propaganda sangrienta dió por resultado inmediato que todos los literatos españoles que me habian ofrecido su colaboracion, me la retirasen, como si quisiesen evitar el contacto de un leproso.

Quedaste tú solo.

Entónces se enzañaron contra tí. No hubo impertinencia, y aún insulto que no te dirijiesen.

Pero en vano. Amigo leal, hombre de convicciones, dueño de tu independencia, permaneciste firme, siendo colaborador de *El Americano*, hasta hoi, puesto que tú mismo me has pedido, que te conserve en la Redaccion. ●

No contento con haber resistido la guerra que te hicieron tus compatriotas, presentándote como un cómplice mio en una publicacion que se vanagloriaba, y vanagloria de apoyar y sostener la santa revolucion de Cuba, levantaste tu voz en mi defensa.

Inútil empeño: la guerra continuó; y *El Americano* tuvo en España la suerte de las publicaciones que caian bajo las iras de Felipe II: se le condenó como un hereje, lo que no impidió que á mi vez yo continuase defendiendo y apoyando á los héroes que se batian noblemente por la independencia de la patria, y que tú lo enriquecieras con las brillantes páginas de tu pluma de oro.

Cautelosamente, no escribias sobre política militante, y mucho ménos me hablabas sobre la cuestion de Cuba, porque aun cuando por no perder tu popularidad llegaste á proferir la blasfemia de que *eras español ántes que republicano*, es imposible que tu conciencia de hombre honrado no te dijese entónces, y no te diga ahora á cada momento, que es justa, que es grande, que es santa, que es inmortal como lo son las obras decretadas por Dios, la causa de los héroes y de los mártires cubanos que derraman su sangre por la independencia nacional.

A pesar de esta reserva de tu parte, y á pesar de conocer la pena profunda que te causaba que te hablase de la cuestion de Cuba, fiel á los antecedentes de nuestra vieja amistad, á los derechos que ella me daba, y á la lealtad que yo te debia, te dije entónces:

« No te hagas ilusiones, querido Emilio: España perderá á Cuba, como perdió todas sus antiguas

« colonias, hoy Repúblicas libres é independientes ; y
 « lo que es peor para España, para los españoles, y
 « por consiguiente para ti mismo, la perderá dejando
 « en el corazón de los patriotas que agitan en sus
 « manos el estandarte de la revolución, el recuerdo
 « sangriento de los actos de lujosa barbarie con que
 « esas bestias feroces que se llaman los *voluntarios*
 « anunciarán la hora de su agonía y de su muerte » .

Y bien, querido Emilio!

¿Qué realidad tan espantosa, tan bárbara, tan anticristiana y salvaje acaba de responder á la profecía de tu hermano y de tu amigo!

Estoy aterrado.

Más aún: estoy tristísimo por tí y por tu patria que tanto quiero, y al escribirte esta carta, tan sincera como la amistad que nos liga, me siento bajo el imperio de una melancolía profunda, á la que se mezclan la justa indignación que en las almas nobles despierta siempre todo acto que importe un ultraje á la justicia, un atentado contra la libertad y una violación del derecho.

En las aguas de Cuba, en esas aguas dormidas que solo parecen haber sido puestas por Dios en medio de la inmensidad para besar los piés de la gallarda *sultana*, que coronada de luz y de esplendores, se mece voluptuosamente entre las palmeras, que como abanicos de esmeralda se agitan en las Antillas, acaba de representarse un drama espantoso, y que por sus detalles, parece que hubiera tenido por teatro un pueblo de cafres, ó una *tolderia* de las pampas de mi patria.

El *Virginus* ha caído en poder de un crucero, en cuya popa ondea la bandera de las Navas, de Tolosa, de Sagunto, de Numancia, la bandera que cubrió tu cuna, y cubre la tumba de Isabel la Católica.

Convertida en cárcel y en ataud flotantes, esa nave

ha llevado el *Virginus* al puerto de la muerte: en medio de sus tinieblas, el comandante del *Tornado* ha entregado á los verdugos los pasajeros que llevaba: éstos los han conducido á una mazmorra inmunda, al compas de una gritería salvaje: humillados allí, en nombre de la omnipotencia y de la fuerza bruta, sin que por eso los corazones de Céspedes, de Ryan, de Varona y demas compañeros de sublime martirio, perdiesen un instante la serenidad de sus latidos (que no tiemblan jamas los corazones que laten por la independencia y por la patria!) los han arrancado á la fuerza de su cautiverio y los han sentado en el banquillo!!

Emilio! Cúbrete los ojos para no ver aquel cuadro, y tápate las orejas para no oír aquella detonacion, que yo miro como el canto funerario de tu fama, de tu gloria, de tu reputacion y de tu nombre, si, siendo lo que has sido toda tu vida, demócrata, republicano, hombre de principios, apóstol del derecho, heraldo de los oprimidos, enemigo implacable de los déspotas, y ciudadano honrado y virtuoso — no protestas indignando contra tamaña barbarie, contra esa matanza que arrojará una mancha de sangre sobre la frente de tu gobierno!

¿ Pero qué digo ?

En un diario que tengo á la vista, y cuya horrible lectura me inspira esta carta, leo « que el Gobierno español habia dado orden de fusilar á los pasajeros del *Virginus*, si caian en manos de sus perseguidores!!! »

Como! Emilio, hermano mio, mi amigo, mi compañero de tantos años! ¿ Seria esto cierto ?

Como! Tú, el alma tierna y sensible, siempre dispuesta á compartir el dolor ageno: tú, el que ha regado con lágrimas la tumba de los mártires polacos, que como los antiguos héroes griegos que luchaban

sin esperanza contra el destino, luchan también sin esperanza por la independencia de sus hogares: tú, que has minado el trono sangriento de la hija extraviada de Fernando VII despertando en el corazón de las masas el sentimiento de la dignidad nacional, que haciendo colérica explosión en las aguas de Cádiz daba en tierra con la monarquía secular, preparando el advenimiento feliz de la República: tú Emilio que en todos los tonos y en todas las formas, en la prensa, en los comicios, en los parlamentos, en los jurados populares, has condenado el patíbulo, llamando *asesinato jurídico* al derecho que la sociedad se abroga de matar á uno de sus semejantes: tú que has hecho de tu musa una lira de eterna belleza para cantar las hazañas y proezas de los que se baten por la independencia de la patria: tú que has robado á los cielos sus colores, y á Dios sus acentos, para pintar la figura fantástica de nuestro querido Garibaldi, identificándote con aquella campaña de gloria, cuyo trofeo es la unidad de la bella Italia: tú Emilio, que durante toda tu vida has tenido horror á la sangre, al patíbulo, al tormento, á la infamia, al abuso de la fuerza, á la crueldad de los poderosos, ¿será cierto que en un momento de delirio, de furor, de criminal debilidad, firmaste la orden de fusilar á los patriotas que tripulaban el *Virginus*?

Y ¿no te tembló la mano?

¿Y no se oprimió tu corazón?

¿Y no te sentiste descender al nivel de los mismos que tú habías combatido, cuando no eras más que un hijo del pueblo?

¿Y no sentiste, allá en el fondo misterioso de tu conciencia algo como el *Remordimiento*?

Oh! si tal monstruosidad fuere cierta, hermano de mi alma! si fuese cierto que la sangre de Ryan, de Céspedes, de Varona y demás compañeros había sido

derramada por tu orden! ¡Cuán tremenda seria tu responsabilidad ante la historia, ante la opinion, ante la República y ante la posteridad!!

La América, que habia enlazado á la corona que ciñe tu inspirada frente, sus más bellas y perfumadas flores, las arrancaria una á una con dolor, y al arrojarlas al viento con desprecio, te derrumbaria del pedestal de grandeza en que su amor y su admiracion te habian colocado!

Pero no!

Esto es imposible.

Esto es mentira, y yo me siento todavía feliz en poder levantar mi voz para defenderte, y para decir á mis compatriotas de América: « No: Castelar cristiano, Castelar demócrata, Castelar republicano, Castelar hombre de principios, no puede haber cometido un crimen semejante, y aquellas manos puras, que recibian de su venerable madre la cruz que lleva al cuello, no pueden haberse manchado con la sangre de hombres, que para su patria, para España, no tienen otro crimen que pelear por la independencia nacional ».

Sí, Emilio amigo: yo me siento todavía con fuerza para decir todo esto á mis compatriotas y correligionarios, porque, á más de la confianza que tú me inspiras, sé que un jurisconsulto, que un hombre de lei como tú, no podia cometer el absurdo ni la iniquidad de hacer fusilar á esos hombres como se ha hecho, sin juicio, sin causa, sin ninguno de los requisitos legales que en tales casos exigen la razon, el derecho y la justicia.

Pero esto no basta.

Admitiendo que tú no hayas dado la orden — como lo creo sincera y honradamente — y que la matanza del *Virginus* sea un nuevo acto de barbarie de los voluntarios cubanos, tú tienes otro deber sagrado que cumplir.

Como amigo, como hermano, como celoso de tu buen nombre y de tu reputacion, yo te lo pido.

Es preciso que como presidente de la República española, como hombre honrado, como demócrata y republicano' y como jefe de un gobierno que pretende conquistarse las simpatías, no ya del partido liberal del mundo, sino de todos los hombres de principios, *tú protestes indignado contra la matanza*, haciendo saber al universo, que tú, que tu gobierno, que tu partido, rechazan toda solidaridad en ese crimen infame, y que si no tienen el poder de castigar á los verdugos, que así están cubriendo de vergüenza la bandera española — orgullo de una raza en momentos supremos de su existencia — tienen en cambio la suficiente energía y entereza para lanzar un anatema contra los que, en pleno siglo XIX, en medio de la electricidad y del vapor, cuando el hombre domina el rayo y somete la naturaleza, resucitan aquellos tiempos, de sombría memoria, en que la muerte era la vida de los tiranos, y el patíbulo el orgullo de los gobiernos.

Conozco tus opiniones en la cuestion de Cuba: sé que en ella, « eres español ántes que republicano »: veo con dolor, con profundo dolor, que tú creés ó aparentas creer, que las armas de tu patria vencerán la revolucion, sin acordarte que cuando has hablado del derecho que todo pueblo tiene para hacerse dueño de su independendia, has dicho, no una sino un millon de veces « que no hai poder humano capaz de oponerse á la voluntad de un pueblo, cuando este se levanta para luchar por su independendia ».

Tengo la conciencia — como ya te lo he dicho en otras ocasiones, aun á riesgo de lastimarte — que en esta cuestion padeces un gravísimo error: que Cuba *será independiente*, como lo fuimos todos nosotros á principios del siglo: que la lucha, en sus furias,

podrá presentar peripecias distintas: que nuestros hermanos en el dolor y en la esperanza, podrán ser derrotados; pero que al fin asomarán los horizontes de la victoria y con ellos esa luz de esperanza redentora, que en su agonía han debido saludar Céspedes y sus compañeros de martirio, humillando con su valor y serenidad la arrogancia brutal de aquellos verdugos, que temiendo el poder de la mirada tranquila de un mártir, les han asesinado por la espalda!

Proh pudor!

Yo sé todo esto; pero no es de esto que yo he querido ocuparme.

Mi carta, escrita al correr de la pluma, en medio de los halagos que me prodiga un pueblo, que ha derremado mucha sangre por la libertad, y que tiene siempre un culto ardiente por los que por ella se sacrifican, sea cual sea la patria de donde vienen — tiene otro objeto: *pedirte una protesta contra* una hecatombe, que ha enlutado el corazón de la América, y que pone en grandísimo peligro tu reputación, y la simpatía que aun acompañaba tu nombre en el continente que supo glorificarte, porque supo quererte.

Tus antecedentes, tu conciencia y tu deber te imponen esa protesta Emilio.

En la cuestión de Cuba, tú puedes « ser español antes que republicano », puesto que no piensas como tus compatriotas Garrido y Federico de la Vega; pero en presencia del drama del *Virginus*, de la inicua matanza de los héroes que á su bordo llevaba, amparados con la bandera estrellada de una nación amiga; en presencia de ese fusilamiento hecho sin formas legales, y al son de una bacanal repugnante, *antes que español*, antes que republicano, antes que hombre de partido, tienes que mostrarte hombre honrado, hombre de lei, hombre de justicia, no permitiendo que la sombra prestigiosa de tu ilustre nombre cubra uno

de los atentados más grandes en la vida de las iniquidades de los tiempos modernos.

En cuanto al hecho en sí ¿qué decirte?

Nadie mejor que tú sabe, que la sangre de los mártires no se derrama en vano, y que así como la de nuestros padres, derramada heroicamente en los combates contra las huestes del monarca que nos quiso uncir á su yugo, fecundó el camino que nos condujo á conquistar la independencia que nos ha hecho dueños de nuestra personalidad augusta, así también la de Céspedes, Ryan, Varona y demás víctimas inmoladas al furor de los *voluntarios*, fecundará la ruta en que hoy se agita la revolución cubana, haciendo de cada uno de sus soldados un vengador, que luchará hasta poder decir al mundo, en el festín de la victoria: *La Independencia de Cuba acaba de escribirse sobre la tumba de sus mártires y de sus héroes.*

Tú hermano y amigo.

HÉCTOR F. VARELA.

CARTA A VARELA

—

Ciudad de Cura, Diciembre 10 de 1873.

Señor Héctor F. Varela.

Carácas.

Mi mui querido amigo.

A causa de no haberme encontrado aquí en estos dias he venido á tener la desgracia de ser de los últimos en leer su carta á Castelar. ¡ Yo de los primeros si no el primero en admirarle y quererle!

Al llegar hoi, merced al entusiástico cuidado de uno de mis amigos, lo primero que cae á mis manos es *La Opinion Nacional* en que está publicado aquel tan precioso escrito. Léolo con sumo interés, con el ávido interes que me inspira todo lo que es suyo, y no llego al fin de cada frase sin sentir los violentos y frenéticos arranques de un vehemente deseo de ir, de volar á dar un abrazo estrechísimo al que, dejándonos en ese documento un magnífico testimonio de su prodigiosa elocuencia, pone en él como de bulto, la hidalguia de su carácter, la entereza de las ideas que defiende y la energía de la doctrina de que es apóstol.

Así se desempeña, ilustre amigo, una mision altísima como esa que U. ha tomado á su cargo: no solo

con la fuerza de un talento que no se gasta nunca, no solo con el brillo de una palabra que no se agota: sino tambien con la nobleza y dignidad que distinguen y dan títulos al tribuno de buena lei, al sectario por convencimiento, al propagandista por abnegacion.

Ya de hoi más, sobre admirarle y quererle, tengo que venerarle.

El sangriento y tristísimo episodio del *Virginus*, ese drama lúgubre en que la ferocidad de los verdugos no tiene más rival en tamaño que el heroismo de las víctimas que la contrastan, es un acontecimiento para el cual todo corazon americano tiene un grito de indignacion y un tributo de lágrimas. Ahí están con los oprimidos de aquel pueblo que lucha desesperadamente por ser libre, nuestra misma causa y nuestra misma bandera: la causa del derecho y la bandera de la democracia.

Pera ese acontecimiento debia encontrar en el gran tribuno de la causa americana en el esforzado orador de Ginebra, un eco solemne de santa cólera que al par que revelase la medida de su elocuencia y el grado de intensidad de su amor á la libertad, fuese tambien un reto noble que provocara no solo la ira de los opresores, que eso no es mucho, y el enojo de un pueblo envilecido, que eso tampoco es gran cosa, sino el amargo desden de la misma dulce amistad, de la misma íntima y sagrada fraternidad, que eso sí es heroicamente costoso, porque á quien cuesta es al corazon.

Así ha demostrado U. que primero que todo es republicano, que primero que todo es amigo de la libertad.

¡ Que bien hace U. en reducir todo cuanto suplica al Presidente de la República española, señor E. Castelar, súplica que hace U. en nombre de la amistad

y que yo tambien la haria de buen grado en nombre de mi entusiasmo por el genio — á una simple, pero enérgica protesta que salve á aquel eminente orador ante la humanidad y ante la historia, de la terrible responsabilidad con que le amenaza el inicuo asesinato de los prisioneros del *Virginus!*

Sí; porque cualquiera otra súplica en el sentido de la independencia y de la libertad de Cuba seria más que estéril.

Esos pueblos del Viejo Mundo que hace miles de años vienen viviendo una larga y perenne vida de servidumbre bajo el látigo cruel de unos cuantos opresores, no comprenden la libertad, la democracia y el derecho como se comprenden acá en nuestra América, y por eso, entre ellos la República ha llegado á ser un sueño, un imposible, á ménos que por sarcasmo se quiera dar un nombre tan hermoso á esas farsas de gobierno que se levantan allí de cuando en cuando con todos los inconvenientes y desventajas del despotismo, con mas, la de la zozobra eterna ante un trono vacio que se disputa.

Mui bien se sabe porque ello pasa así, y no puede ser sino así. La profunda organizacion de aquellas sociedades lo esplica. De una parte, sus costumbres, sus tradiciones, el prestigio fascinador de los títulos nobiliarios y el influjo de la riqueza acumulada en ciertas clases privilegiadas que no reconocen ni quieren más orden ni más organizacion que la perenne estabilidad de sus goces y comodidades. De otra parte, bajo la terrible y constante pesadumbre de todo eso, un pueblo envilecido, ignorante y desheredado que vive amasando odio y respirando venganza, y que en medio de esa horrible disciplina moral en que se ajita su espíritu, no conoce ni comprende más libertad que la licencia, ni más orden que la anarquía, ni más derecho que el desenfreno, ni más distribucion de la

riqueza que el caos del comunismo, ni más medios de nivelacion social que la guillotina y el petróleo.

¿Qué asiento puede hallar allí esa dulce y apasible libertad que nosotros conocemos, qué es la ejida del rico, el amparo del pobre, el baluarte de todas las garantías, el apoyo de todos los derechos y el estímulo de todas las aspiraciones?

¿Qué lugar puede haber allí para esa justa y racional igualdad que entre nosotros abre ancho campo á todas las aptitudes, y sin pedir otros títulos que el de la virtud y el del talento, dá premio á todo noble esfuerzo y puesto distinguido á toda pretension legítima?

¿Qué cabida puede encontrar allí ese principio fecundo de fraternidad que los pueblos americanos han reconocido como el secreto prodigioso de esas grandes conquistas que hacen cada dia en los espléndidos horizontes de una civilizacion avanzadísima, principio que ha estinguido la crueldad en nuestros códigos, la barbarie en nuestras mismas luchas y sobrepone ya á estas, el reinado inalterable de la concordia?

Oh! el empeño de realizar allí semejantes imposibles seria como el propósito insensato de buscar en este continente, asiento firme á esos tronos de allá que nosotros vemos con desprecio y como el oprobio de la humanidad. Seria como el intento de hacer valer en nuestros pueblos, esos títulos de nobleza que para nosotros son ridículos y odiosos. Seria, en fin, como querer plantear en estas regiones, esas monstruosas desigualdades de castas y de riquezas que dan sustento á una falsa civilizacion, brillante por de fuera, pero en el fondo cruel é impía.

Y bien, pues, ¿qué eco puede hallar nunca ningún grito, el grito mismo de la América toda en demanda de libertad para un pueblo sobre el cual, una

de aquellas poderosas sociedades del Viejo Mundo alega derechos de conquista y títulos de patrimonio?

¿ Qué respuesta daría España á toda solicitud de independencia para Cuba?

¡ Qué respuesta !..... La ha dado ya, por boca de sus cañones ; y la ha dado ya por boca de lo que puede llamarse la ilustre personificación de cuanto hai de más noble, de mas liberal y de más democrático en la civilización actual del pueblo español : la ha dado por boca de Castelar, ese Demóstenes de la edad moderna, cuya palabra es como una prolongada melodía escapada del cielo y escuchada en un momento de delirio ; de ese génio que con el magnetismo de su elocuencia, se hizo perdonar hasta sus descomedidos insultos á la dignidad personal de un monarca reinante, y que merced á esa misma elocuencia ha logrado el prodigio de hacer adoptar el título de República, á un pueblo que ayer no más, *andaba de rodillas por toda la Europa pidiéndole de limosna un rei.*

El pues, el apóstol de la libertad en el viejo mundo el de *La Idea democrática*, el intransigente con todo partido conservador y estacionario, ha dicho en presencia de los heróicos esfuerzos de Cuba por ser libre ; *primero que republicano soi español, y antes que la democracia está la integridad de la patria.*

Eso es lo mismo que decir : *á la realizacion de la república en el completo desenvolvimiento de la libertad, prefiero la causa de los opresores.*

¡ Como el génio mismo se hace tan pequeño cuando descende á sostener el absurdo, y se empeña en deprimir los principios en obsequio de las preocupaciones !

Por otra parte, eso de la integridad territorial invocada por España tratándose de Cuba, es cosa más que peregrina. He ahí un argumento usurpado. Un

argumento que es de acá y no de allá. Ese argumento es de Cuba que, en los esfuerzos que hace por su independencia, no trabaja sino por su incorporacion en el gran cuadro de sus hermanas las Repúblicas americanas. Ese argumento es de acá, de este continente que destinado por Dios á ser el asiento de una sola familia, la familia de los pueblos libres, lo invoca solemnemente cuando aún ve de pié contra su legítima y verdadera *integridad*, esas dos monstruosas mutilaciones que se llaman: el imperio del Brasil y la capitania general de Cuba.

Pero ellas han de desaparecer. La primera al empuje irresistible de las ideas liberales, con las cuales viene de atras condescendiendo humildemente, ese trono que todavía oprime á nuestros hermanos de allá de las orillas del Amazónas. Y la independencia de Cuba será, á influjo de esa misma sangre que la crueldad de sus opresores hace derramar todos los dias en aquel hermoso suelo.

No es una figura, ni una frase oratoria eso que tantas veces se ha dicho, de que el árbol de la libertad no se hace frondoso sino regado con sangre, con sangre noble y generosa. La libertad del universo necesitó la sangre de un Dios: la libertad política de los pueblos, ha menester la sangre de los héroes que son los semidioses de la tierra.

Pero, ¿ hasta donde voi yo, molestándole á U. con una carta tan larga y tan cansada? No pensé sino que fuera mui corta, y no enviarle en ella sino una palabra de recuerdo, una felicitacion y mi adios porque le creo próximo á partir. Si me he ido mas allá, en fuerza de un desahogo de entusiasmo, tengo la seguridad de contar con su benevolencia. U. sabe mui bien lo imposible que es resistirse á ciertos arranques cuando hai que hablar algo de nuestra libertad y de nuestra América.

Reciba U. mi abrazo de despedida. Que su viaje sea próspero, y lleve la satisfacción de dejar aquí muchos corazones que le admiran, muchos amigos que le quieren: yo el primero en la sinceridad, si bien el último en mérito y en importancia.

TRINIDAD CÉLIS AVILA.

En la ciudad moderna de los Césares,
Inmenso teatro de terribles dramas,
Que asombro son del siglo, i de los siglos
Serán el fabuloso panorama:

En la nueva Babel, febril cerebro
De una rancia, ambulante aristocrácia,
Que como la serpiente de la Biblia
Por engañar al pueblo se disfraza;

Tú, de la prensa formidable atleta
Con elocuente pluma te levantas,
Para gritarle al mundo, que la América
La libertad á sus destinos guarda.

Al frente de los restos carcomidos
De añejas dinastías de la Francia,
Que pretenden ahogar de la república
La dulce, hermosa i progresiva marcha;

Tú, con valor insigne, alzas la enseña
De la santa, adorada democracia,
Dando impulso al esfuerzo gigantesco
De los hijos del Sena que la aclaman.

Tú, siguiendo del Gólgota la Idea
 La difundes i vences cuando marchas,
 Pues América apóstol te confirma,
 I un altar en sus lares te alza Francia.

Francia, la de Vergniaud, la de Chénier,
 La de Thiers i Gambeta, altiva Galia!
 La del gran Víctor Hugo que en la lucha
 En ardimiento i fé lleva ventajas.

I Castelar, tu amigo i compañero,
 Fuerzas á su heroísmo hallará en Francia,
 I España i Francia unidas á la América,
 Al mundo librarán de la *Autocracia*.

Bien venido seais, sábio argentino,
 Colosal escritor, gloria preclara
 Del nuevo mundo, orgullo americano,
 De la raza del Inca honor i fama!

Te saludo mil veces! Mas te pido
 Perdones la osadía del que os canta,
 Que es mucho atrevimiento osar al sol
 Que hoi de mi patria en el zenit irradia.

(Valencia)

AURELIO ALCAZAR.

Fué la intencion del Creador dar al hombre, su hechura predilecta, el dominio de la redondez de la tierra.

Pero habria sido indigno de su magestad y exelsitud, limitar así el producto de su omnipotencia, y su infinita bondad.

Fué su divina intencion ennoblecer la posesion de ese dominio, con el rayo de su justicia, con que dotó el alma del hombre. Justicia que significa la libertad de sus creaturas, la igualdad de sus hijos, la fraternidad de los hombres.

Para la ejecucion de sus altísimos designios, no quiso que bastaran, ni el poder y la sabiduría de aquel pueblo Sanscrip, habitante del Tibet, ni sus numerosas transmigraciones, ni Zoroastro, ni Confucio, ni los sacerdotes y los templos del Egipto, ni el saber politeista de la Grecia, ni el vastísimo Imperio Romano: y vino Jesus á la tierra, á enseñar, en el único y santo principio de la igualdad de los hijos de Dios, todo cuanto derroca la injusticia, cuanto fraguan la fuerza bruta y su violencia, y cuanto se opone al imperio de la verdadera libertad del ser humano.

Valióse el Señor de las crueldades de los Nerones,

para asentar en el Martirologio de la moral del Crucificado, el pedestal del edificio futuro en que vivimos; y empleó una decena de pueblos bárbaros, para destronar á Júpiter y desbaratar el cielo mentiroso de los usurpadores de la Divinidad. La moral de Jesus se amalgamaba mejor con la simplicidad ingenua de pueblos vírgenes, que con la abismante corrupcion del Imperio, en que todos los vicios habian alcanzado á escalar los cielos, y á convertirse en deidades. La moral de Jesus quedó admitida y reverenciada en la estension del antiguo mundo.

Pero la intencion del Creador no estaba cumplida. No habia sonado la hora, preconcebida en la eternidad ni de entrar el hombre en la posesion del globo terrestre, ni de que entrara al ejercicio universal del don celeste de la Libertad.

Hé aquí la mision con que quiso dotar al Altísimo al genovés *Cristóval Colon*, y al hijo de Carácas *Simon Bolívar*.

Comparemos á estos dos ministros del Ser Omnipotente.

Colon trae en el alma la conviccion de la redondez de la tierra, del imperio de la gravedad, del error de Moises en el mecanismo celeste, de las ambigüedades de los profetas y de los salmistas. Afronta á *Lactancio*, cuando condena como absurda la creencia en los antípodas, y no teme contradecir á *San Agustin*, que llama iniquidad esa creencia; y en fin, niega el salmo en que aparece el cielo como una tienda, cubriendo la superficie de la tierra; que en tal concepto debiera ser una gran planicie.

Así Bolívar trae gravadas en el alma la libertad, la igualdad y la fraternidad de los hombres, y afronta el mentiroso derecho divino, y niega todos los dogmas de la tiranía, y contrastando bibliotecas de errores, y eminentes pero fatídicas autoridades, y tra-

diciones engañosas, y supersticiones degradantes, y el inicuo poder de la mentira, se convierte en ángel restaurador de la verdad.

Colón vaga diez y ocho años, á pié las mas veces, en persecucion del altísimo designio de completar el dominio del hombre sobre la tierra. « Hay mas mundo y yo lo prometo ».

Bolívar gasta su juventud viajando por el antiguo mundo, estudiando el feudalismo y sus consecuencias, y aprendiendo los dogmas de la autonomía del hombre y de los pueblos.

Colón encuentra en un monasterio la confirmacion de su fé, y su primera esperanza.

Bolívar llega con sus convicciones á la ciudad eterna, sube al monte sacro, y sobre su cumbre es que siente todo el poder de la inspiracion celestial, y que jura consagrar su existencia á la redencion y á la soberanía de la América.

Colón encuentra en vagas tradiciones escandinavas, de los siglos X al XII, vestigios de un mundo desconocido; y en el libro celeberrimo de *Marco Polo*, no solo referencias maravillosas de tierras nunca vistas, sino aquestas palabras: « *aquel que salga de las columnas de Hércules (la Cádiz de nuestro tiempo) y navegue en rumbo á Oeste, sin temer ni vacilar, encontrará estas tierras prodigiosas, el opulento Zipangú* ».

Bolívar no poseia tanto. Tenia tan solo consigo el libro inmortal de *Thomas Paine*, « *Los derechos del hombre* ». Libro que le costó persecuciones en la misma Inglaterra, y por último su espulsion; y libro que convirtió en ley la sabia Convencion Francesa, á quien el vulgo de los estudiosos, y aun autoridades eminentes, siguen atribuyendo el mérito sin igual de aquella soberana inspiracion. Pero Bolívar no tenia derrotero señalado, ni un *Juan Pérez de Marchena*,

confesor de la reina Isabel, que le protejera, ni habia aprendido bajo el *duque de Anjou*, en la conquista de Nápoles, las artes de la guerra, ni como Colon habia aprendido en las escuadras genovesas á combatir contra la España. Ni tuvo Bolívar la ayuda de un *Toscanelli*, el famoso geógrafo de Florencia, ni como Colon sabia algo tan prometedor como aquellas tradiciones de la cumbre de las *Azores*, que prometian continentes tras de los mares occidentales. Ni contaba Bolívar con la autoridad *P-Tolomeo* y de los geógrafos árabes, que aseguraban ser la tierra esférica, y podersele dar la vuelta en torno.

En lo único que Bolívar se semeja á Colon, en cuanto á presagios favorables, es en pequeños precedentes. Habíanse visto por los mares de las *Azores* brazos de árboles desconocidos en el antiguo mundo, y maderas esculpidas groseramente, y alguna gran canoa, de un tronco nunca visto, capaz de contener ochocientos remeros; y tambien alguna vez el cadáver de un hombre de color cobrizo. Estos indicios, arrojados por tempestades del océano hasta la mitad de su inmenso espacio, pueden compararse con la conspiracion de Amarú, el último de los Incas en el Perú, con los mártires de Quito, con Gual y España, las víctimas caraqueñas del siglo pasado, y con la rápida y desgraciada expedicion de Miranda, en los primeros dias del presente.

Colon tenia el estímulo de las empresas de *Juan Segundo* de Portugal, y de las de *Vasco de Gama*, que llegó hasta el *cabo de las tempestades*, al cual cambia este nombre el rey *Don Sebastian* por el de « *La buena Esperanza* ».

Colon es precedido por aquel piloto que comisionaron consejeros envidiosos de la reina Isabel, y que apenas pasadas las *Azores*, retrocedió convencido de la imposibilidad de la empresa.

Bolívar había sido precedido por Miranda, que apenas ocupó á Coro y desapareció.

La elocuencia de Colon, en su pasion por la verdad, vió inútiles sus relámpagos y vió embotarse sus rayos en la ignorancia de sus jueces.

La idea de la independenciam traída por Bolívar, y por Miranda á Carácas, quedó embotada en la incipiencia de los patricios del 19 de Abril, hasta el 5 de Julio de 1811.

Colon pasó por el martirio de verse abandonado por *Pinzon*, y otros de sus tenientes, en lo mas crítico de sus expediciones, como había oido las murmuraciones y aun amenazas de sus compañeros hasta la víspera del dia feliz en que pisó la tierra del *Salvador*.

¡ Cuántas veces hubo de verse Bolívar juzgado inicualemente por sus conmlitones y hasta desconocido y traicionado!

Colon oponia á las ondas, como á las tempestades, su divina inspiracion.

Bolívar arrostraba las innúmeras y colosales dificultades de su mision gigante, apoyado en sí mismo respaldado en su inspiracion.

Colon atravezó la inmensidad de los mares con todas sus alternativas.

Bolívar cruzó las Américas con todas sus escabrosidades.

Colon salió de Puerto de Pálos con una leva de aventureros.

Bolívar emprendió su obra colosal, con reclutas que iban á oír silvar las primeras balas:

Finalicemos, dejando á otras plumas numerosos puntos mas, de oportuna comparacion.

Colon sufre las mas amargas persecuciones de la injusticia, y muere espantado de la ingratitude de los hombres.

Bolívar desciende á la tumba en *San Pedro*, atra-

vezado el corazon por los puñales de la ingratitude y de la calumnia.

Pero Colon no descubrió un mundo nuevo, sino para ponerlo á los piés del trono de Fernando y de Isabel.

Bolívar rompió esas cadenas, y con los opresores fueron arrojadas á los mares, y entronizó la diosa Libertad en el Continente americano.

ANTONIO L. GUZMAN.

•

Aqui y alla.

Por una vez mas me encuentro delante de tí, ciudad de muertos, tan llena de solemnidad y de recuerdos patéticos. Apareció para tí el sol de noviembre, y á su presencia, abrieron las flores de tus sepulcros y la nube bienhechora, con llanto del cielo, vino á recordar á tus moradores el solemne dia.

En presencia de las familias, los espíritus animaron las tumbas y recibieron sonreidos las ofrendas de la amistad y del amor con que la humanidad viviente les recordaba las glorias del pasado, y aspira á los misterios del porvenir.

Volvieron á la vida por un instante, pero descendieron de nuevo al sepulcro, porque solo en él reina la paz del espíritu y el reposo del cuerpo: solo en él existe la fraternidad humana y el amor ideal, sin que lo turben la voluptuosidad de los sentidos, las vanidades del corazon.

¡ O muertos ! Asistid unidos á presenciar vuestro dia de triunfo, en que la humanidad celebra la emancipacion del alma y corona de flores los restos de la carne. Todos vosotros os habeis rejuvenecido, porque habeis entrado en el camino luminoso de la verdad; y el alma humana para acercarse al trono de Dios, debe tener los ensueños del niño y la inocencia de los

Venid, porque en este día hai llanto y recuerdos para vosotros, flores que embalsaman vuestro asilo, sonrisa de la naturaleza que os recibe en sus brazos. Venid á escuchar la oracion que en alas de la caridad se eleva al cielo, y sirve de lenguaje entre nosotros que estamos aqui, y vosotros que habitais allá.

En este diálogo íntimo que solo Dios escucha, nada mundano turba vuestro asilo. Sembrásteis el amor, y cosechais el amor. El amor es quien os habla y quien viene á revelaros la fe que eterniza los recuerdos, toda la esperanza que inspira vuestra memoria.

Hace un año que se vistieron de gala vuestros sepulcros. ¡Cuántos peregrinos han venido desde entonces á pedirnos un asilo en vuestra ciudad silenciosa! ¡Cuánta juventud, cuánta belleza tronchada por la segadora implacable! Desaparecieron entre lágrimas y sollozos, entraron alegres por la puerta coronada de flores, y alegres eligieron su lugar de reposo, que mui en breve debia santificar con sus recuerdos el amor y la amistad.

Ahí está la peregrina de infantiles años que se odormeció en una noche, al aparecer sobre el horizonte los primeros rayos de la luna. Habia soñado con los ángeles y estos se la llevaron. Una corona de rosas blancas cubre su sepulcro.

Ahí está la rosa de otro suelo que visitó nuestras playas en busca de la dicha, y encontró por recompensa la muerte, por patria la tumba. La amistad sincera, corona de flores su sepulcro.

Sobre aquella cruz que cubren las efímeras flores de la mañana, yace la beldad que trocó su velo de nupcias por la mortaja de la muerte.

¡Cuántos recuerdos en esas dos tumbas que encierran los restos de dos ángeles arrebatados al hogar paterno! La buena madre no puede ya nutrirlos con el calor de su seno, pero cultiva las flores que sobre

ellos crecen. Una guirnalda une los sepulcros, fraternidad indisoluble de los cuerpos, en tanto que las almas, tambien hermanadas, siguen su viaje aéreo en pos de los horizontes luminosos.

Ahí estás tú tambien, jóven de grandes esperanzas, noble corazon que soñaste con la gloria del espíritu. Rica era la savia que te nutria, y tu inteligencia cual fior de primavera que se abre á los tibios rayos del sol naciente. Tú tambien sufriste la terrible prueba; grande tu martirio y más grande tu valor.— ¿Sucumbiste? — No. Dejaste los arreos del gladiador tenaz, y emancipaste tu alma, que aspiraba á los sueños ideales del amor y del espíritu.

Gratu tu memoria á mi corazon, gratas á mis ojos las lágrimas de dolor con que tus hermanos humedecen tu sepulcro recién abierto. — Que las guirnaldas que ellos colocean á tu lado sean para tí un dulce recuerdo del hogar materno!

Aún te diviso, graciosa niña que vienes, llena de fervor y caridad, á depositar tu ofrenda de flores sobre el sepulcro de tu madre.

¿Conoces la historia de tu madre, graciosa niña? Era un ángel del deber para quien la vida tenia los encantos del amor y de la caridad. Un dia, sin pensarlo, la muerte llamó á su hogar, y Ella, vino á encontrarla, cuando al instante se sintió herida. Pero Ella tenia tres hermanas invisibles que la acompañaban en todos los instantes de su vida.

Cuando débil y sin fuerzas quiso levantarse escuchó: la voz de su hermana mayor que le decia: — « Valor, hermana mia, que yo estoí á tu lado para socorrerte ». — Era la Fe que apoyada de la cruz, contemplaba de cerca á la bondadosa madre. Ella se reanimó un instante sobre su lecho de dolor, se hizo leer una página de la *Imitacion*, y se adormeció luego al arrullo de las caricias infantiles.

Al siguiente día, la muerte, siempre en acecho, atacó de nuevo á su víctima, y Ella en medio del sufrimiento, iba á desesperar. « No temas, hermana mia, le dice la segunda de sus hermanas, en el naufragio está la salvacion ». Era la Esperanza que apoyada en el áncora contemplaba con ojos melancólicos, la pobre enferma. Ella se incorporó entonces y sonrió al ver los rayos del sol que venian á morir al pié de su lecho. Aquella sonrisa revelaba que su espíritu habia divisado la esperanza.

Cuando al siguiente día, ya exánime, pálida, rosa proxima á deshojarse, Ella siente una mano que toca la suya dulcemente — « Eres tú, hija mia? » — No, contestó una voz, es tu hermana menor que viene á buscarte y á bendecirte. — Era la caridad que estaba á su lado y seguia las palpitations de su corazon moribundo. Ella se incorpora de nuevo, pide el crucifijo de su devocion, y con una de sus manos lo estrecha contra su seno, mientras con la otra reparte el último óbolo de su caridad. La hermana menor la abraza, reclina en su pecho la cabeza amortecida, y sellando sus labios con un ósculo de ternura, abandona el cuerpo y emprende su vuelo.

Así partió Ella, acompañada des sus tres hermanas, la Fé, la Esperanza y la Caridad.

Desde entonces tu madre, preciosa niña, está allá mientras nosotros velamos aquí. — Aquí, la vida, que es la vida y la muerte, esta conquistadora de la carne, siempre en acechancia: allá la paz y la vida eterna, y el espíritu incorruptible sin enemigo que lo asedie.

Aquí la duda, el temor y la esperanza, como horizontes que se alejan: allá la verdad, el goce y la esperanza realizada para siempre.

La vida es un eclipse que principia en la cuna; la muerte no es mas que la plenitud de la sombra; —

tras de la hora de tinieblas viene el dia immortal, la luz inestinguible.

Aquí, el egoismo, la pasion, la vanidad, veneno sutil, que devora la vida: aquí, la fe vacilante, y la memoria que olvida el bien recibido: aquí, el orgullo de la materia, parodia de la dignidad del alma: aquí en fin, la miseria, vendabal de la familia virtuosa.

Allá, el amor ideal, la mansedumbre, que es virtud, la fe radiante, la memoria de todo lo bueno, la luz sin sombra.

Pero, aquí tambien, la caridad, que es el verdadero amor sobre la tierra, la caridad que acerca el hijo á la madre, y á la madre el hijo; la caridad, que es la parte divina del ser, la antorcha á cuya luz desaparecen las tinieblas, y el áncora que salva de todos los naufragios.

Reposad tranquilos, habitantes de la ciudad mortuoria, por que la caridad nos une y nos hace inseparables á nosotros que aguardamos aquí, de vosotros que gozais allá.

Corto es el camino que nos separa; tarde ó temprano tendremos que atravesarlo. Afortunadamente hai en nosotros dos existencias imperecederas: la una que reclama la muerte, la otra que reclama la inmortalidad.

BIBLIÓFILO.

CONVERSACION PROFETICA.

Existe en Nápoles una pobre y humilde enferma, que hace muchos años yace sobre su lecho, víctima de crueles dolores.

En estos últimos tiempos ha ido creciendo, primero en el pueblo y luego entre las clases mas respetables de la ciudad, la fama de la pobre mujer, sus consejos, sus ideas, sus apreciaciones sobre los acontecimientos del último cuarto de siglo, las deducciones que saca para lo futuro del estado actual del mundo, la firmeza y maestría con que trata las mas complicadas cuestiones; todo eso lleva admirados á los napolitanos, todo eso forma un notable contraste con la historia, el oríjen, educacion y condicion actual de aquella pobre enferma.

Se creeria oir á un político profundo, á uno de esos sabios que con sus palabras han dado al hombre el secreto de las ciencias; pero ¡ cuánta no es la sorpresa de aquel que al acercarse, solo encuentra una infeliz mujer, nacida en la oscuridad, educada para el trabajo, sin estudios, sin letras, sin fortuna y que hoi, ya avanzada en edad, vive atada á un desabrigado lecho, esperando que la caridad dé un alivio a sus dolores y un mendrugo de pan á su boca?

Ella habla naturalmente poco, y tanto por su estado como por la sorpresa que le causan tan numerosas visitas, procura siempre ocultarse á todas las miradas; pero la luz superior que ilumina su espíritu se ha abierto paso al traves de los velos de su humildad.

Prelados, sacerdotes, hombres de ciencia, abogados, médicos, políticos acuden á visitarla y à contemplar con sus propios ojos el fenómeno. En estos casos guarda un silencio profundo y revela en sus miradas y movimientos lo humillada que se encuentra en presencia de tales personajes. Solo cuando se le manda con imperio, rompe su reserva, y sus palabras revelan siempre una vasta y sublime concepcion.

En estos últimos dias dijo en presencia de un gran concurso, que habia visto en el cielo una gran cruz de cuyo centro salian ocho rayos luminosos que se inclinaban hácia la tierra. Cuatro de esos rayos eran de misericordia y cuatro de justicia. Los primeros se dirijian hácia el Oriente y el Occidente y señalaban la Turquía de un lado y la América del otro, y en el centro á Inglaterra y los países polacos y rusos.

Los rayos de justicia señalaban la Francia, la Alemania, la España y la Italia.

Despues agregó que la España, la Francia y la Italia estaban en vísperas de entrar en un período de trastornos horribles, que concluirian por derribar los tronos de las dos penínsulas, ibérica é italiana; que entónces, bajo pretesto de reustaurar las dos monarquías, sobre todo, la de Víctor Manuel, y de restablecer el orden social turbado por la política de Bismarck, los ejércitos alemanes invadirian de nuevo la Francia, y Paris recibiria un segundo y mas sangriento castigo.

De aquí luchas terribles que llevarán el espanto á todas partes; la Rusia se unirá á nosotros, dice ella, asi como la América, la Inglaterra, y mas tarde el Austria.

Los campos de batalla de la Italia quedarán cubiertos de cadáveres alemanes, rusos, franceses é italianos.

Despues de alternativas terribles, los prusianos serán vencidos, destruidos por todas partes: pocos volverán á sus hogares. Enrique V aclamado por el pueblo reinará, y Pio IX entrará á Roma para gozar de los primeros dias del triunfo de la iglesia.

¡Que la peinen!



Douglas Home, el magnetizador, el evocador de espíritus, el médico tan célebre el año anterior y de quien se habla ya mucho ménos este año, hallábase en noches pasadas, en el baile de la hermosa marquesa de Livry, donde su presencia produjo una viva sensacion.

Guardábase solícito el fantástico americano en un rincon de silencioso é impenetrable observador, y parecia como entregado á profundas meditaciones, ó á alguna misteriosa conferencia con el espíritu familiar que, dice él, le inspira y le guia en su experiencia, cuando he aquí que una jóven elegante y lindísima, vestida de color de rosa, se acercó á él muy resuelta, y con ese aplomo paciente y seductor que las señoritas parisienses saben tan bien sustituir á las gracias harto cándidas á veces, de la timidez, le dijo:

— Caballero, he oido hablar mucho de vuestros prodijios, y debo confesaros que soy completamente incrédula; pero no me faltan ganas de verme convencida. ¿Querriais darme alguna prueba de vuestra ciencia sobrenatural?

— Con mucho gusto, señorita, respondió Home son-

riendo. En seguida fijó sobre el semblante de la joven su mirada magnética, y continuó diciéndola:

— ¿Habeis sido pedida muchas veces en matrimonio, señorita?

— Ciertamente, dijo ella, ¿podriais decirme el número de mis pretendientes y nombrármelos?

— Haré mas aun, señorita. Ninguno de esos caballeros se halla aquí, y sin embargo, yo voy á mostrároslos.

— De véras!!

— Colocaos, si gustais, frente á este espejo y mirad con mucha atencion.

Púsose la joven á mirar fijamente en el espejo y no tardó en lanzar un grito de sorpresa, viendo aparecer, visible para ella sola, la figura de un joven.

— No es cierto, que es este joven el primero que pidió vuestra mano, el año anterior? preguntóla el evocador.

— El mismo! respondió la joven.

— Continudad mirando: todos los demas van á desfilar ahora sucesivamente y por su órden.

En efecto, en el espacio de diez minutos otras cinco figuras se mostraron por su turno respectivo en el espejo.

— Son, ó no, esos? preguntó Home. La joven llena de asombro y vivamente impresionada de lo que estaba viendo, respondió con un signo afirmativo.

Esta escena pasaba aparte de los circunstantes. Por medio de un jesto imperioso, el evocador habia sabido contener á cierta distancia á algunos curiosos que contemplaban de léjos la consulta miéntras que las cuadrillas y polkas distraian á la muchedumbre en los salones. Fijando de nuevo su mirada escudriñadora en la joven, Home continuó:

— Veo, señorita, que estais ya convencida de mi poder sobrenatural.

— Y como no abria de estarlo!....

— Pero aun no hemos concluido: estoy viendo y leyendo en vuestro pensamiento una pregunta que quisierais hacerme y que tal vez os causa rubor.

— Es verdad! dijo la jóven.

— Permitidme que yo mismo formule esa pregunta. Quisierais interrogar al espejo, cual es el que vos debierais elejir, entre todos esos pretendientes, á quienes no habeis rehusado formalmente vuestra mano, sino aplazado el momento de rehusar ó aceptar, y que por consiguiente están aun disponibles.

— No hai duda, sois un famoso hechicero, un brujo! dijo exaltada la jóven.

— La cuestion está ya planteada. Mirad al espejo, si gustais, replicó Home.

— No veo nada, dijo la señorita pasados algunos instantes; el espejo no me muestra ahora á nadie.

— Pues bien! dijo Home, no decir nada es quizá una manera de responder, y sin duda quiere decir que el espíritu no os aconseja eleccion ninguna entre los pretendientes á quienes él conoce muy bien y que os ha representado en este espejo.

Es decir que, segun vuestro espíritu, yo no debo casarme? dijo la señorita riendo.

— Esa es ya otra cuestion. Ved lo que responde el espejo.

La jóven miró de nuevo al espejo, y al instante exclamó con una lijera emocion de sorpresa:

— Ah!!!

— Habló por fin el espejo? preguntola Home.

— Sí, sí.

En efecto, una nueva figura habia aparecido en aquel espejo májico: esta figura era la de un jóven que no se hallaba tampoco en el baile, y que todavia no la habia pedido en matrimonio.

— Pero, quien es ese hombre?... En otra parte como que le he visto!.....

— En efecto, señorita, Albert D'Armebille hace dos años que desapareció de la corte.

— Sí, sí, él es, ya le recuerdo..... el rico cuanto bien formado y elegante conde D'Armebille..... (y fijó con mas avidez su mirada en el espejo).

— Sabeis, señorita, que voy creyendo ya en la fuerza misteriosa de esa chispa eléctrica que en ciertas ocasiones nos invade con fuerza irresistible y que llaman simpatía?

— ¿Y porqué lo decis?

— Porque la elegante figura que acabais de ver en el espejo ha infiltrado en vuestro ser una sensacion nueva, para vos hasta ahora desconocida, que, ó mucho me engaño, ó al amor os aproxima.

— De véras?..... dijo la jóven riendo, para ocultar la emocion que las palabras de Home le producian.

— De véras. Ya sabeis que en este instante vuestra alma está á mi vista.

— Pues, bien, dijo; algo de lo que decis he sentido.

— De manera que si D'Armebille, apareciéndoseos ahora os dijera con pasion: os amo desde que por primera vez os ví! Sabiendo que habiais despreciado á los numerosos pretendientes á vuestra mano, á unos por demasiado presuntuosos y á otros por insulsos é ignorantes, quise ilustrar mi entendimiento y el estudio iluminó mi ispíritu, porque al pedir os esa codiciada mano, queria presentarme ante vos con los tres poderes que cautivan el corazon - la belleza (moral y física), el saber y la riqueza.

— Basta..... basta..... Home, pintais la felicidad con colores tan vivos, que es lástima que vuestros patéticos cuadros sean hijos de la ficcion y la mentira!

— Nunca hubo realidad mas cumplida. Vedme.

Del espejo pasó la vista á su interlocutor la señorita y retrocedió estupefacta.

No sois Home !!!..... dijo.

— De él solo tenia esta capa y este sombrero, que me habia prestado junto con uno que otro secretillo de su gaya ciencia que hasta vos me han abierto el camino : dijo, mostrando en las manos los objetos indicados, mas una peluca y unas barbas postizas.

— En verdad, conde D'Armebille (porque era él), que habeis entrado en mi corazon por la puerta secreta cuya existencia yo misma ignoraba.

— Al encontrarla, señorita, tuve la dicha de robaros el alma, que no es otra cosa que el alma mia.

— A mas de robarme el alma, públicamente me habeis comprometido. Ved como se agolpan las parejas á nuestro rededor.

— Del paso saldremos sellando el compromiso. Presentadme á la reunion.

— Señores, dijo ella, dirijiéndose á los circunstantes, este *hechicero* jóven con los cubiletes de Home me ha *embujado* y.....

— Os convida, señores, para su boda conmigo que se efectuará mañana mismo. Dijo el conde, haciendo una cortesía.



CARÁCTER DE BONAPARTE.

El sangriento drama de Europa se ha concluido, y el insigne trágico, que por veinte años ha hecho de la tierra su teatro, y puesto al mundo en lágrimas, dejó para siempre su lugar. El alzó la cortina con su espada y llenó de estragos las escenas. El mismo inventó su papel terriblemente único. Jamas hubo espíritu tan inquieto, ni tan ambicioso, soldado tan afortunado y emprendedor. Su deseo fué el dominio universal, y lo contempló con los ojos de un águila, y la voracidad de un buitre.

El combinó consigo mismo todos los elementos del terror, la fuerza, la malicia y el entendimiento. Un corazón que nunca se ablandó; una mano que nunca tembló, un espíritu que nunca varió de designio. La grandeza de sus planes desafió la especulación, y la rapidez de su ejecución superó la profecía. Las naciones civilizadas fueron las víctimas de sus artes, y el salvaje no pudo resistir su táctica. Deshizo los centros, y la libertad huyó de su presencia. Parece que el Todopoderoso le confió los destinos del globo, y él usó de ellos para destruir. Obscureció el sol con nubes de batalla, y alumbró la noche con fuego. Su marcha trastornó el curso de la naturaleza: las flores

de la primavera perecieron, y cayeron los frutos del otoño, porque su paso era desolador como el huracan.

En medio de las estraordinarias mudanzas físicas, morales y políticas que él produjo, siempre fué el mismo, siempre ambicioso, siempre inexorable. Ninguna conquista lo satisfizo, ninguna composicion lo mitigó, ningun remordimiento lo aterró, ningunos peligros lo alarmaron. Como los bárbaros, conquistó la Italia, y llevando á su frente el diluvio que inundó á Roma, se mostró el Atila del Sur. Triunfando con Anibal cruzó los Alpes: vió la Africa en él un segundo Scipion, y colocándose sobre las pirámides de Ejipto, miró abajo la fama de Alejandro. Persiguió al Scita hasta sus cavernas, y huyó delante de él el indómito árabe. Dividió y regló casi toda la moderna Europa: ella vino á ser una larga provincia francesa, en donde reyes estrañeros reinaban aun por cortesía, ó estaban en cadenas. El romano Pontífice fué su prisionero, y con el Dios de los ejércitos reclamó el dominio sobre el altar. Hasta su nombre inspiró terror universal, y la obscuridad de sus designios le ha vuelto solemne y misterioso.

La escuadra de la Gran Bretaña veló con ojos de Argos y su costa fué cubierta de soldados, que dormian sobre las armas. El hizo guerra ántes de declararla y la paz fué para él señal de hostilidades. Sus amigos fueron los primeros que asaltó, y sus aliados fueron escojidos para robarlos. Hubo una oposicion entre su conducta y los motivos que alegaba. El habia esclavizado la tierra para hacer libre el océano, y le faltaba solo poder esclavizarlos ambos. Si fué arrogante, deben excusarle sus nunca igualados sucesos. ¿ Quien sufriria la rapidez de este monte de elevacion? El que, entre los estragos de millares de hombres, escapó sin daño, no habia de suponer, como Aquiles, que una deidad le ha dado su armadura?

¿ El que se ha elevado de la oscuridad sobre tantos obstáculos, vencido tantos reyes, dividido imperios tan estensos, y gozado poder tan absoluto? ¿ Quien en la plenitud de esta grandeza sin igual, y es el orgullo de esta vana ambicion, no se creeria el favorito de los cielos?

El recibió el tributo del temor, del amor y la admiracion. La Francia olvidó sus cadenas con su esplendor: era glorioso seguirle aun como conscripto; las artes fueron serviles en su elogio: y el jenio dividió con él su honor, inmortal, porque es solo el espíritu quien puede triunfar sobre el tiempo, solo las letras dan fama permanente.

Este soldado, manchado de sangre, adornó su trono de los trofeos del arte, é hizo á Paris la mansion del gusto y del poder: aquí se encontraron el nuevo y el antiguo mundo: aquí el tiempo perdió su hoz deteniéndose entre bellezas que no podia destruir: aquí los héroes, y los sabios de toda edad se mezclaron en espléndida alianza, y se unieron en la carrera de la fama. Ellos apelarán á la posteridad para que mitigase la sentencia, que reclama la humanidad contra el tirano Bonaparte. Solemne ciertamente será aquella sentencia. ¿ Pero cuando será desinteresado el tribunal de la posteridad? Cuando llegará el tiempo que la Europa se quite el luto por sus crímenes? En que distante época del porvenir pasará la memoria de Moscou? ¿ Cuando Gena, Gerona y Austerlitz, cuando Jaffa, Goruña y Waterloo serán nombrados sin lágrimas de angustia, y votos de retribucion? La tierra no puede olvidarlas: el hombre no puede olvidarlas.

Que él viva si puede sufrir la vida despojado de su corona, sin un ejército, y casi sin un hombre que le siga: que viva el que nunca perdonó á sus amigos si puede sufrir la humillacion de deber su vida á un enemigo: que viva, y oiga la voz de su conciencia.

El no podrá ahogar el clamor de la guerra : ninguna coraza guarda su pecho de las flechas del remordimiento. Ahora que los cuidados del estado han cesado de distraer sus pensamientos, reflexione sobre su miserable ser, y con el mapa delante de él trace su carrera sangrienta. Ay! su vida es una pintura de ruina, y la luz que derrama es la antorcha funeral de las naciones. Ella ofrece un sepulcro magnífico, rodeado de victimas de cruel ambicion. Que él reflexione sobre el enorme abuso de su poder, sobre la fé violada, y el pudor ofendido de la ley y de la justicia; que él viva, y se arrepienta, que espie en la soledad y en la humildad los pecados de su vida política, ejemplo de la catástrofe, y la vanidad de las falsas grandezas. El fué sin duda grande, grande en los recursos de un espíritu mal dirigido, grande en la concepcion y ejecucion del mal, grande en el daño como la peste; grande en la desolacion como el huracan.

LARRAZABAL.

•

LAS FLORES DE LAS CERCANIAS DEL SEPULCRO.

Como á las demas flores, la naturaleza las germina.

Como ninguna otra flor, reciben su savia de *las lágrimas*; *el dolor y los pesares* anticipan su aparicion, les imparten mas fuerza, uniforman sus matices.

Aun no están clasificadas; y sin embargo existen visibles desde la Creacion.

Son únicas en su especie.

Aunque propiedad exclusiva del último lugar de reposo, jamas allí vejetan.

Allí se trasplantan, y al trasplantárselas mueren.

Es por esto que allí ninguna se ofrece á nuestra vista.

Ni el frio mas intenso las marchita, ni el calor mas sofocante las languidece.

Son parásitas.

Siempre se hallan adheridas á otra planta.

Esta otra planta es *el hombre*.

Viven lo que este vive, y le obligan á encorbarse bajo la enormidad de su peso.

Su color es el símbolo de la inocencia; y sin embargo jamas la inocencia se ha engalanado con ellas.

Como á las demas flores, las lucimos en la cabeza y adornamos con ella nuestro pecho.

Son inodoras.

En el templo, en el baile, en el teatro, en el paseo, las otras flores, dondo quiera se manifiesten, halagan nuestra vista; comunican alegría al espíritu; embriagan nuestro sentidos con sus emanaciones, su lozanía, su diversidad de colores.

Forman como una corriente magnética entre los que las contemplan y los que las lucen.

Entre *el hombre y el mundo*.

En el templo, en el baile, en el teatro, en el paseo, al aparecer nuestra alba flor, á falta de embalsamado perfume, comunica y esparce en su contorno una atmósfera de religioso respeto.

Una especie de muda veneracion.

Tambien como las otras flores, estas establecen una corriente magnética, pero es: *entre el mundo y Dios.....*

Son nuestro último vestido para nuestro postrer viaje.

El Faro que nos anuncia la proximidad del puerto.

El Almuédano ó Muezin que desde su Minarete nos llama á la oracion.

La misteriosa voz que nos grita: « La tumba está cercana » .

El que haya visto su cabeza orlada de nevadas hebras, puede exclamar :

¡ Las canas ! Estas son..... « Las flores de las cercanías del sepulcro ! »

UN ACREEDOR.

Despues de los Asnos de Cartagena, los indios naturales de Colombia y las mujeres de..... todas partes del mundo (juzgo á las demás por las que conozco en medio mundo que he corrido), no he visto nada mas terco y testarudo que un acreedor.

Un enamorado no pone tanta tenacidad en la persecucion de una rebelde y desdeñosa hermosura: un pretendiente no hace tantas gestiones para obtener un empleo: un candidato no hace tantas promesas para hacerse nombrar diputado: una coqueta no se rebulle en un paseo para llamar la atencion, como lo hace un acreedor para escudriñar la madriguera de su víctima, es decir del deudor para hacerse pagar.

El acreedor es para el deudor lo que el espectro de Hamlet que le perseguió dia y noche.

No hay abrigo posible contra la tenaz persecucion de un acreedor, ni escondrijo tan oculto que este infatigable cazador no lo descubra al momento. Si os vé en la calle, os corre detrás; si os ocultais en un carruaje, escala la trasera; si entráis en una casa se coloca de centinela; en una palabra: no hay astucia que no invente ni poder humano que pueda burlar al impertinente perdiguero que os muerde las pantorillas en todas las calles, plazas y caminos. Tomais el

partido de parapetaros en vuestro domicilio, ya podeis estar seguro de que tampoco allí disfrutareis de reposo. Bajo el ridículo, pesado y fastidioso pretexto de que quiere su dinero, os visitará 24 veces al día.

En vano encargareis á vuestro criado que le diga que no estais en casa: el impertérrito acreedor establecerá un riguroso bloqueo delante de vuestra puerta.

Al primer canto del gallo, se encaminará vuestro pirata á su puesto. — En Panamá, por ejemplo, cuando el gallo anuncia los primeros albores del día, solo transitan por las calles los aguadores, y carreteros y un acreedor, por lo ménos. Este último aprovecha la ocasion en que el criado tiene aun las telarañas del sueño en los ojos, para meterse de *rondon* y no pára hasta *colarse* en el cuarto del deudor, donde aplica el oido á la cerradura y un ronquido estrepitoso á manera de contrabajo, le indica que la liebre está en la madriguera.

Aquí principian las hostilidades contra la plaza sitiada. Llama ligeramente como con temor de ser oido y espantar al enemigo. Este no despierta sino cuando el acreedor se ha convertido en redoblante y se imagina que es el criado que le sube su acostumbrado café con leche. Así es que ávido el infeliz del moreno lacteo refrigerio, se lanza de la cama en pantuflas y envuelto en la sábana sin la menor desconfianza, cuando repentinamente se queda petrificado ante aquella cabeza de Medusa, esto es, ante su acreedor que se le aparece como por arte diabólico.

Aquí principia un diálogo en estos términos.

— Gracias á Dios que os encuentro una vez en casa caballero.

— Hola! es V., mi amigo Don Colaco?..... Siéntese, sin cumplimientos, tome V. una silla.....

— No es una silla lo que yo pido, sino mi dinero.

— Su dinero, dice V?..... ¡Qué demonio!..... preci-

samente hoy no tengo un centavo; pero el lunes próximo he de cobrar una letra.....

— El lunes, y hoy es martes! — Pues, martes..... dia aciago..... Vamos vuelva V. á su casa tranquilo, que yo mismo le llevaré la consabida cantidad. A cuanto asciende?

— A doce pesos cabalitos.

— Eso es una bicoca.

— Quiere decir que vá V. á pagarme?

— De buena gana lo haría..... y lo haré sin falta el lunes; pero ya he dicho, que hoy no tengo dinero.

— Esa no es razon admisible..... Ya que V. me debe no es justo que esté sin dinero.

— Verdad es, y podria V. remediar esta falta.

— ¿Qué falta?

— La de estar yo sin dinero. Bien dicen que la amistad es grata y consoladora. Vamos, amigo mio, dice V. que le debo doce fuertes?

— Aquí está el recibo.

— Perfectamente, pero doce pesos es una cantidad extemporánea, ¿no seria mejor que le debiese diez y seis pesos, para pagarle una onza completa?

— Si V. quiere pagar una onza en lugar de los doce pesos, no tengo el menor inconveniente.

— Ya veo que es V. hombre de razon. Ponga en el recibo cuatro pesos mas, que yo firmaré. A mí lo mismo me dá pagar 12 que 16.

Atónito el acreedor, sacó de su bolsillo un tintero de cuerno, y despues de reformar el recibo en los términos acordados, exclamò:

— Firme V. pues, ya que se empeña en ello. Y para sí dijo: vamos, cuatro pesos de ganancia por un plazo tan corto, no es mal negocio.

— Ya he firmado..... vengan los cuatro pesos.

— Eh?

— Que me dé V. los cuatro pesos que faltan.

— Cuatro demonios carguen con V. en cuerpo y alma. Yo entendí que los cuatro pesos se fijaban por premio del plazo. De otro modo.....

— ¡Usurero!

— Yo usurero?

— V., sí señor; y para castigarle debiera romper el recibo que tengo en mis manos; y saldar así nuestras cuentas. — Pero soy mas honrado y generoso que V. Deme V. los cuatro pesos y el recibo volverà á sus manos.

Trémulo y confuso el acreedor titubeó largo rato; pero receloso de perder los doce pesos, sacó de su bolsillo una moneda de oro del valor de cuatro pesos y se la entregó al deudor, con lo cual se restableció la paz entre los dos contrincantes.

El acreedor que habia ido por lana volvió trasquilado; y el acreedor echó todavia otro sueño, con la impertubable serenidad que dá la desvergüenza. A este mismo sugeto le habia preguntado un amigo suyo, años atras. ¿Cómo puedes dormir tranquilo con tantas deudas? Y él respondió: yo puedo dormir perfectamente como un liron: los que tienen motivo para no dormir son mis acreedores.

TRADICION.

No sin razon se ha dado el nombre de *Suiza española* á la poética provincia de Asturias.

Nada en verdad más pintoresco que las cercanías del campo de Caso.

Distínguese á lo léjos las nevadas cumbres del Olicio, levantadas cual gigantesco vallado en los postremos límites del horizonte; el cristalino Pionia, despeñándose bullicioso de las hendidas quebraduras de las montañas, atraviesa límpido y sosegado por las frondosas praderas del Infiesto; multitud de casitas blancas, adornadas de espesa hiedra y construidas á la sombra de olorosos bosquecillos de naranjos, rodean la maciza torre de Santa Eulalia de Belamio, cuyos anchos pilares y severas formas bizantinas, ennegrecidas por la inexorable mano del tiempo, la harian parecer magestuosa y veneranda, aunque no encerrase dentro de sus muros el antiguo sepulcro de Pelayo. Más allá todavía se divisan los restos de la vetusta Concana, de que habla el poeta Horacio; los escarpados montes de Hínes y las atrevidas cimas de Auseba que sirven de lecho al cenagoso y profundo lago de

Enol; la graciosa aldea de Corao, sembrada de recuerdos romanos y ceñida de álamos y abedules, y en fin, el imponente castillo de Sobellon, asentado cual nido de águilas sobre la cumbre de una montaña, en cuyas solitarias grutas, al decir de los sencillos campesinos, gime durante la noche una mora encantada.

Además, los que gustan de revolver los escombros de los siglos en busca de la poesía del pasado, apuntarán, sin duda en su álbum de viaje el prosáico nombre de Caso, enlazado con recuerdos históricos de gran valía.

En el centro del Consejo se veía en tiempos pasados la robusta fortaleza de la torre del Campo, solar de la nobilísima familia de los condes de Caso.

Aquí tuvieron lugar los extraordinarios sucesos que vamos á referir.

Corría el año de gracia de 751.

Habitaba entónces la feudal morada de los condes de Caso el anciano don Suero de Buyerres, cuyas lánguidas horas entretenía, con inocentes caricias y solícitos cuidados, la hermosa Sisalda, esclava africana, que siendo aun niña, había caído en poder de los soldados del conde despues de la sangrienta batalla de Ledesma.

Algunas veces tambien se abría el ancho porton gótico del alcázar, para dar entrada á un gallardo caballero á quien el anciano prócer llamaba con respeto *su amo* y la jóven sierva *el caudillo de los ojos azules*.

Era la media noche.

A traves de las rejas del castillo del Campo se escapan gruesas columnas de humo, precedidas á intervalos de afiladas lenguas de fuego, que lamian momentáneamente el calado follaje gótico de las ventanas, y se escondían luego con rapidez siniestra, reapareciendo en seguida más terribles y amenazadoras.

¡ La feudal morada del conde don Suero de Buyer es era presa de las llamas!

¡ Socorro! . . . gritaba con moribundos gemidos el anciano Conde asido fuertemente á los barrotes de una de las ventanas más elevadas del alcázar.

— ¡ Socorro! . . . repetia con voz débil la afligida Sisalda, extendiendo los brazos, temblorosa, hácia el camino de *Canecas* como si en él estuviese encadenado el único rayo de esperanza que fulguraba en sus trémulas pupilas.

— ¡ Socorro! . . . reclamaban con sus lenguas de bronce las campanas de Santa Eulade Belamio, cuyo lúgubre tañido arrastraban los ecos de la noche hasta los confines mas lejanos del profundo valle.

El espectáculo era horroroso.

Una atmósfera de fuego circuia la parda mole del castillo que se destacaba gigantesca y opaca en medio de aquel océano de lumbre.

Asoladoras llamas vomitaban los rasgados agimeces y angostas saeteras, cuyas delicadas morduras y escojidas incrustaciones, exhalando fatídicos chasquidos, saltaban despedazadas á distancia inmensa, y el humo, que en sombríos remolinos arrojaban los infinitos cráteres de aquel volcan horroroso, impelido apénas por las débiles ráfagas del viento de la noche, se columpiaba en negruzcas masas sobre la encendida frente del palacio.

En el interior del edificio, la escena era mas terrible todavía.

Al final de un estrecho pasadizo inundado de sofocantes vapores, y cuyo pavimento calcinado retemblaba bajo los pasos tímidos de los criados del conde, se consumia en ardiente hoguera el cuerpo principal del alcázar.

Detras de aquella hoguera y á traves de las llamas vacilantes, se distinguia el porton de entrada á las

habitaciones interiores, y más léjos todavía, dibujándose en el luminoso fondo del aposento inmediato, dos formas humanas, pálidas como la frente de un cadáver, inmóviles como estatuas de piedra, esperaban con la oracion en los labios verse arrastradas á cada momento por las ruinas, en aquellos abismos de fuego.

Eran Sisalda y el conde don Suero de Buyer.

Tiempo hacia que la hermosa africana advirtiera el olor mefítico de los pesados vapores que se cernian invisibles en la atmósfera poco ántes perfumada de su estancia; pero creyéndose víctima de alguna ilusion engañosa, se habia contentado con entreabrir las maderas de las ventanas y presentar su linda cabeza á los dulces besos de la brisa de la noche.

Un resplandor siniestro, centellante, rápido . . . parecido al de las chispas lívidas que se desgajan de las preñadas nubes de las tormentas, anuncióla, demasiado tarde, la realidad espantosa. Quiso huir . . .

Entrelazó á su garganta de alabastro los sedosos rizos de su lengua cabellera, recogió con ambas manos en menudos pliegues la blanca túnica que sus divinas formas envolvía, levantó los ojos al cielo con humilde expresion de suplica y ligera y trémula, cual gacela gentil de los desiertos, perseguida por fantasmas de muerte, lanzóse en busca del angosto pasadizo que parecia á sus ojos el único punto de salvacion posible.

La desgraciada jóven cayó desvanecida al encontrarse rodeada de llamas.

Cuando volvió en sí, hallóse en los brazos del conde de Suero que contemplaba con espantados ojos los progresos de aquel incendio incomprensible.

— ¡ Salvémonos! le dijo la aterrada jóven.

— ¡ Imposible! contestó el anciano hidalgo con acento fatídico.

¡ Imposible! Resonaban en torno de las an-

gustiadas víctimas esos chirridos ásperos y secos que preceden casi siempre al hundimiento, y por todas partes se veían en confusión espantosa, mármoles calcinados, piedras arrancadas de quicio, maderos convertidos en ardientes brasas.....

Nadie se atrevía á saltar aquel abismo de fuego.

Los criados se lamentaban de la triste suerte de sus señores, rompían contra el muro los guerreros, sus armas impotentes, y los villanos del contorno, que habían respondido á los clamores lúgubres de las campanas de Santa Eulalia, se encogían resueltamente de hombros ante la verdad terrible que presenciaban.

De repente un gallardo guerrero, cuyo pesado casco encubría sus facciones varoniles, se adelantó con agigantados pasos hasta el círculo que componían los mudos espectadores de aquella escena aterradora.

Abarcó con una mirada rápida el tremendo drama que se desenvolvía en aquellos preciosos momentos, y arrebatando á un soldado el hacha que empuñaba inútilmente, marchóse en busca de una puerta que le sirviera de tabla de salvación á través del abismo.

Arrancóla con hercúleas fuerzas el bravo caballero, la colocó despues á manera de puente sobre el ancho foso que vomitaba llamas, y penetró sereno en la cámara incendiada, donde lloraban su amarga desventura el anciano prócer y la hermosa Sisalda.

Oyóse un grito enérgico, penetrante, breve..... Uno de esos gritos en que el corazón exala todo el placer que le inunda ó la pena que lo mata, y una voz fuerte y varonil, pero cariñosa, que repetía con acento de ternura:

— ¡ Sisalda! ¡ Sisalda mia!

Los momentos eran supremos: la sangre de los circunstantes se heló en las venas, y el aliento se paró en sus labios.

Pronto, empero, terminó la angustia.

El audaz guerrero cruzó por medio de las llamas con pisada rápida, conduciendo sobre sus robustos hombres á las dos abandonadas víctimas.

Todo fué obra de un momento.

Depositó en brazos de los criados al desmayado conde y huyó á lo largo del oscuro pasadizo, estrechando contra su seno la preciosa carga que habia arrebatado del furor de las llamas.

Los circunstantes permanecian asombrados.

— ¿Quién es, se preguntaban, el osado que así desprecia los peligros? ¿Es un ángel ó un demonio? ¿Será quizás el génio de las llamas?

Pasaron breves horas.

Una jóven de hermosísimo y pálido semblante se veia medio desvanecida en un muelle divan de terciopelo, que adornaba una de las estancias mas escondidas del palacio de los reyes de Asturias en Canicas.

A su lado, un bizarro caballero, como de cuarenta años, estrechaba con febril delirio las manos de la hermosa desmayada.

Poco tiempo duró aquella muda escena.

Abrió la niña perezosamente los rasgados ojos, y una expresion adorable de candor y de ternura se pintó en sus negras pupilas, al fijarlas en el noble hidalgo que á sus piés la contemplaba en silencio.

— ¡ Ah! . . . dijo por fin, como si despertase de un sueño profundo; ¡ eres tú! *el caudillo de los ojos azules!*

— ¡ Yo soi! respondió el mancebo: yo, que velo por tí, miétras los ángeles arrullan tu sueño Yo, que te he salvado del incendio Yo, que libré á tu padre adoptivo ¡ Porque te amaba! Porque te amo!

Aquella muger era Sisalda: aquel hombre Don Alfonso *el Católico*, rey de Asturias.

Andando el tiempo, los magnates del reino exclu-

yeron del trono á los hijos del fratricida Fruela, y proclamaron al bastardo Mauregato, hijo de Sisalda y de Alfonso *el Católico*.

Por lo demas, el conde don Suero se restableció bien pronto para ver un monton de ruinas, en el lugar que ántes ocupaba la robusta fortaleza de Caso.

Los maliciosos de aquellos dias culparon al rey de Asturias de la destruccion del soberbio alcázar.

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

UNA AVENTURA DE ORION

EN CAMINO DE FIERRO.

Son las cinco de la mañana.

El día está claro y despejado, y la aurora asoma ataviada con todos los encantos que hacen de la Italia una novia fresca, feliz, y risueña, en cuya frente parece que jamás hubiesen cruzado las brisas del dolor.

La estación central del Ferro carril *de la Alta Italia*, una de las mas bellas, monumentales y espaciosas de toda Europa, presenta una gran animacion.

Es la época del año en que los extranjeros, y principalmente los ingleses, visitan la patria del Dante, y del amante de Laura. Para un ingles un viaje á Italia és una necesidad de la vida: lo necesitan tanto como las flores el beso húmedo de la mañana, y los necios, la adulacion de los que les queman incienso.

En un momento como este, la estación de un ferro carril se convierte en una especie de féria, por la diversidad de trages que en ella se ostentan, ó en un pedazo de la humanidad, por la diversidad de razas y nacionalidades que momentaneamente se confunden al ir á tomar el tren.



A las cinco y media debe partir un *express* que va á Venecia, tocando en Milano y otras poblaciones importantes.

A medida que la hora se acerca, crece la agitacion el bullicio, los apuros, los gritos de los ménos pacientes, el malhumor de los mal criados — que jamás faltan — el cuidado de las *Mamás*, que temen que un hijo querido se les pierda en la confusion general, y las cortesías, hasta el suelo, de los conductores de *Omnibus* de los hoteles que vienen acompañando al pasajero, con la risueña esperanza del *pour boire*.

— Pronto: baje Vd. mi baul.

— Y mi saco de noche?

— Apúrese Vd. á tomar el billete.

— Toma tú el niño: yo ya vengo.

— Los diarios de hoy. Quien compra? *La Linterna* de Rochefort.....

— Bribon.....

— Los viajeros para la linea de Venecia: *partenza!*
Nuevo tumulto.

La gran ola de viajeros invade la espaciosa galeria en que el tren los espera. Los mas diestros, y los mas ágiles, toman los mejores puestos, que — como en todas las cosas de esta vida, en que Dios dá fortuna á hombres como Pancho Esteves y se la niega á caballeros como Carlos Guido — és tambien cuestion de gustos. Unos no pueden ir en los asientos de *atrás*, mientras que para otros son insoportables los de *adelante*.

Es la eterna cuestion de la existencia: ucha y divergencia en todo.



Como uno de tanto pobre diablo, yo estoy allí tambien con mi *maletita* en la mano. Voy á Milano á ocuparme de asuntos relativos á la exposicion de Chile, pues formo parte de la Comision Italiana, que aquí trabaja por responder á la confianza de los que nos han honrado con el nombramiento, y porque el gran pensamiento del ilustrado Gobierno de Chile tenga el éxito mas completo.

En mi egoismo, yo no me apuro como todos los demas, pues de antemano cuento con el asiento que quiera, debido á la exquisita fineza del caballero Stanzani, Inspector General de esta seccion de la linea ferrea, á quien desde mi llegada á Turin soy deudor de las mas delicadas atenciones.

Permítame, mi nuevo y digno amigo, que le espese aquí, de una manera pública, toda mi gratitud por la manera galante con que se ha conducido para con el pobre peregrino que ha venido á buscar hospitalidad y reposo en el seno de su Patria.

Miéntas cada cual se acomoda como puede, Stanzani me dice:

— No se apure Vd. — le tengo un compartimiento reservado.

— Gracias, amigo mio; pero no necesito tanto. Con un puesto me basta.

— No hay tiempo que perder: suba Vd. aquí: *buon divertimento*, y *pront retour*.

Y sin mas ni mas, me mete en un *Wagon* donde me encuentre solo.

Antes, esta soledad me habria entristecido.

Hoy..... no sé por que, la deseo, aspiro á ella, y con ella gozo, dejando que mi pensamiento se pasée por las riberas de un pasado en cuyo recuerdo mi espí-

ritu se baña como en un lago de luz, que lo ilumina y rejuvenece.

Hay en la soledad, en el silencio, no sé que encanto misterioso, que en el dolor alegra, que en la pena conforta, y yo, que en materia de sufrimientos soy poquito, les confieso á Vds., mis buenas lectoras de las *Cosas*, que al verme solo en el compartimiento que me brindó la galantería de Stanzani, respiré con mas libertad, y me creí feliz.....

Suena la campana, se oye el pito, que sin ser la trompeta del juicio final, és el que dá la última señal para la partida, y el tren vá ya á romper su marcha, impelido por la locomotiva, en que parece que se encierra el alma de la humanidad, cuando se vé llegar á la esplanada de la estacion, agitata, presurosa, y aparentemente fatigada, una muger vestida de negro.

Su aire no puede ser mas distinguido.

Es alta, talle flexible, andar magestuoso y desenvuelto, y en su conjunto todo, cualquiera descubriría, *au premier abord*, una muger del gran mundo.

De su fisonomía no era posible formar opinion: un velo tupidísimo la ocultaba completamente.

— Pronto señora. ¿Donde vá Vd.? le preguntó el conductor.

— A Venecia.

— Pues suba Vd. aquí — y abriendo la puerta de mi compartimiento, la empujó, mas bien que la hizo entrar.

* * *

Adios mis ilusiones y mis esperanzas del primer momento! yo que habia contado hacer el viaje solo, sin compañeros ni testigos, me encontraba, repentinamente, en presencia de una desconocida, que llegaba

al último momento, agitada, aparentemente inquieta, y desde ya, envuelta en cierto misterio.

En las manos no traía nada: ni balija, ni *portemanteau*, ni un simple saquito, que jamás falta al mas infeliz de los viajeros, lo que puedo afirmar con tanta mas razon, cuanto que yo lo tengo!...

Así que el tren empezó á caminar, mi desconocida lanzó un profundo suspiro, y sin cuidarse de mi presencia, ó importándole poco de ella, ó no habiéndola notado, — lo que parece mas natural, vista la precipitacion con que llegó, subió, y se acomodó en el carruaje — exclamó con un acento de profundo dolor: — Esto és horrible!

Las palabras fueron dichas en el mas puro Italiano, lo que noto al pasar, pues aquí se habla un dialecto Piamontes, que sin ofensa á los que se gozan con sus dulzuras, és simplemente detestable.

Yo aparenté no darme por etendido, no ya del profundo suspiro y de la exclamacion que le siguió, pero ni aun de su presencia allí.

Creí que la educacion me imponia este proceder, desde que adivinaba y comprendia que aquella muger se agitaba bajo el imperio de una gran preocupacion.

Cual era?

Dios y ella lo sabian en aquel momento.....

El tren, sediento de suprimir la distancia que ha sabido vencer sin piedad, avanzaba rápidamente, envuelto en el negro penacho de humo y en la blanquecina nube de vapor que arroja el caño de la locomotiva.

Un viaje en ferro carril és monótono, y cuando no hay con quien conversar, el único refugio para romper, en parte, esa monotonía fastidiosa, és la lectura.

Yo llevaba un paquete de diarios del Rio de la Plata, y me puse á leerlos.

«Un gusano, un Dios!» ha dicho Pascal, hablando del mundo.

Luz y sombra, diré yo, contemplando el cuadro general de *nuestras Cosas*.

De un lado, me parece sentir las palpitaciones de mi Patria al verla que asiste alborozada, orgullosa de su conquista y con el corazón henchido á la esperanza, á la inauguración del telégrafo que la pone en contacto instantáneo con el Viejo Mundo, pudiendo así, por medio de ese eterno misterio, comunicarse sus dolores y sus alegrías, sus desfallecimientos y sus ilusiones.

Del otro veo, que los odios y los rencores de partido no han cedido todavía su paso al sentimiento de la fraternidad, que debe ligarnos á todos á la sombra de una misma bandera — la de la libertad y el trabajo; y de aquí, de este gran contraste, las emociones distintas con que yo leía los diarios de Montevideo y Buenos-Ayres.

El tren caminaba siempre.

Levanté la vista; suspendí mi lectura, y dirigí una mirada á la *tapada*, cuyo semblante continuaba oculto en los pliegues de su tupido velo.

Llegamos á *Novara*, nombre célebre en los fastos de la historia Italiana, pues en sus campos fué batido Carlos Alberto por los Austriacos, en 1849, viéndose obligado á abdicar.

La dama sacó la cabeza por la portezuela, y al primer *guardian* que pasó, le preguntó:

— Hay tiempo de hacer un telégrama?

— Lo tiene Vd. pronto?

— No.

— Entónces es aventurado: hágalo Vd., veremos.

Con una vivacidad extraordinaria, sacó una cartera de cuero de Rusia, cortó una hoja de papel, y escribió tan ligero como lo habria hecho el mejor taquígrafo.

El tren se ponía ya en camino.

— Tome Vd. — le dijo al empleado, acompañando el despacho con un billete.

— Me dá Vd. demasiado, señora.

— No importa. Guarde Vd. *il rimanente*.

Y el tren caminó.

* * *

Lo confieso: yo empezaba á estar intrigado con mi compañera de camino. ¿Quién era esa muger? Era linda? Era fea? Era jóven ó vieja?

Apuí donde se come tanto gato por liebre, y donde el arte del *maquillage* ha llegado á levantar á la categoría de una jóven; *almastrotés* que han pasado los sesenta, la tenacidad en seguir cubierta me hacia temer que aquella muger no debiese grandes favores ni á la belleza, ni á la edad de las ilusiones.

No importa. Yo ardia ya en la impaciencia por verla, tanto mas cuanto que mi destino me ha hecho comprender en los últimos años, que yo he nacido para ser testigo ó actor en las mas extraordinarias aventuras, como lo sabrán Vds. amigas lectoras, el dia que públque: *Las aventuras de Orion*.

Pero ¿Como hacer?

¿De que medio valerme para levantar el velo?

Con pretexto de que el sol bañaba el asiento en que me hallaba, me fuí á colocar en el extremo opuesto del compartimiento, frente á ella.

Pareció no darse ni por entendida.

El tren se detuvo nuevamente y el conductor dijo:

— Estacion de *Magenta*.

Esta és la mia, me dije yo, y sin mas ni mas, le dirigí la palabra en el mejor italiano que pude:

— Perdon señora: ¿Es aquí donde fué la batalla del 4 de junio de 1859, en que los Austriacos fueron batidos?

— Sí señor — me contestó al momento. — Con ella la Lombardía se libró del poder de los Austriacos.

— Gracias, señora. Soy extranjero. Por eso me he tomado la libertad de dirigir á Vd. esta pregunta.

— Devéras és Vd. extranjero?

— Mi tipo ¿ no se lo indica á Vd.?

— Precisamente no: le habia tomado á Vd. por un compatriota mio.

— Italiano?

— Sí: napolitano. En su acento de Vd. veo, efectivamente, que me habia engañado; y me alegro.....

— Por qué, señora?

— Oh! perdone Vd. No sé porque he dicho esta impertinencia.

Lo que yo anhelaba estaba cumplido en parte, con la iniciacion de este *entretien*.

Lo que faltaba ahora era el velo. Adelante pues.

— No tiene Vd. calor, señora?

— Oh muchísimo! Me ahogo con este velo.

— Y porqué no se lo quita Vd.?

— Temia que.....

Al decir estas palabras se detuvo como arrepentida.

— Que yo viése una linda muger, sin duda?

— No caballero. Usted se engaña.

— Entónces.....

En ese momento, y como para cortarme la palabra, se descurbrió.....

Santa Cupertina!! Al verla, casi me desmayo de admiracion.

Si és cierto que los ángeles son lindos — cosa que no sabemos á punto fijo pues no conozco ningun *tou-rista* que haya venido de la region en que moran — aquella muger era un ángel de belleza y de encanto. Ojos: como los de mi hermana María, que son los mas bellos que conozco; boca: como un nido de Amores; dientes que daban hambre de comerlos; cabellos abundantes, sedosos, y peinados con cierto abandono embriagador; mano..... ay Jesus!.....

*
* * *

A decir verdad: ya estaba arrepentido de mi obra.
 ¿Para que habia hecho descubrir aquella muger?
 ¿Qué ganaba con ello?

Al ver que me detuve casi repentinamente, ella, con esa coquetería natural en toda muger que tiene conciencia de su belleza, comprendió que me habia impresionado vivamente; pero tratando de que no lo comprendiese, me dijo:

— Viaja Vd. por placer?

— No precisamente, señora. Esa palabra hace tiempo que está demas en mi modo de vivir. He viajado mucho por placer: he gozado de inmensas satisfacciones en mis viajes, pero hoy.....

— ¿Sufre Vd. acaso? Es Vd. desgraciado?

— Sí señora.....

— Jamás lo será Vd. tanto como yo.

— Como! Una muger como Vd., bella, jóven, llena de encantos y atractivos, y desgraciada.....

— Cual nadie en el mundo.

Al decir estas palabras, mi compañera de viaje lanzó un profundo suspiro.

A no dudarle: era un amor desgraciado. ¿Me contaria algo si yo le preguntaba?

Nada se perdía con intentar saberlo. Dentro de una hora nos ibamos á separar, para no volvernos á ver jamás, muy probablemente.

Si no satisfacía mi curiosidad, me callaba: volvía á tomar mis diarios, leía, y santas Pascuas.

Sin escrúpulo ni temor, pues, le pregunté:

— Y ¿és un misterio, señora, la causa de su pena de Vd.?

— Y qué podría importarle á Vd. conocerla?

— Todo cuanto importa á un corazon sensible conocer las desgracias de una muger como Vd.

— Es Vd. muy galante.

— Soy justo, nada mas, señora.

— Vive Vd. en Italia?

— Por ahora.

— En qué parte?

— En Turin.

— Conoce Vd. allí muchas personas?

— Algunas.

— Por ejemplo?

Inmediatamente le cité, al acaso, el nombre de alguna de las personas con quienes aquí tengo relacion.

— Entónces, — me dijo vivamente, y como anhelando una contestacion pronta. — ¿Ocupa Vd. cierta posicion espectral en Turin?

— La de un hombre bien nacido, y que, por ciertas circunstancias, lleva un nombre que no és del todo desconocido en Italia.

— Me lo quiere Vd. decir?

— Con infinito placer, señora.

Saqué una tarjeta, y se la presenté.

— Como? ¿Usted és la persona á quien Garibaldi ha recomendado á sus amigos, en una carta publicada en los diarios?

— El mismo.

— Y Vd. vá á fundar un periódico?

— Lo he fundado ya.

— De modo que Vd. está al corriente de cuanto se pasa en Italia?

— Mas ó ménos, bella dama.

Como herida por un rayo, calló.....

Un minuto despues, dejó caer su velo sobre su divina cara, y siguió callada.

¿Que significa esto? — me dije á mi mismo, no pudiendo comprender la causa del efecto que mis pala-

bras acababan de producirle. — Yo no conocia aquella muger. Ella tampoco á mí. Era la vez primera que nos veíamos.

¿Entónces?

Impaciente ya, le volví á dirigir la palabra.

— ¿Se halla Vd. mal, señora?

Silencio.

— Señora, está Vd. mal?

Silencio.

— ¿Se halla Vd. mal, bellísima señora?

Silencio.

— Encantadora dama ¿está Vd. mal?

Mismo silencio.

Insistir, habria sido una tóntería, á mas de una falta de educacion. Me levanté, fuí á sentarme en el asiento que ocupaba al principio, tomé mis diarios, me puse á leer, y no sin morderme un poco los labios, aparenté no dar la menor importancia á lo que acababa de pasar.

*
* *
*

El tren seguia siempre su camino, cruzando estos valles tan pintorescos y ricos de vegetacion.

A poco andar entrábamos á la estacion de Milano, que és magnífica.

Inmediatamente que se detuvo la locomotiva, el gefe de la estacion gritó: •

— Nadie baje.

Al oir estas palabras la desconocida, con el acento de la mas profunda desesperacion, me dijo:

— Por piedad, caballero. No sé quien és Vd.; pero le suplico que no me abandone.....

No me dió tiempo de contestarle, pues simultaneamente con su súplica, dos hombres vestidos de negro

abrian la puerta de nuestro compartimiento, y nos decían :

— Bajen ustedes.

Dirigiéndose á la dama, uno de ellos le dice brusca-
mente:

— Descúbrase Vd.

— Está Vd. loco?

— Descúbrase Vd.

— No quiero.

— Se lo ordeno á Vd.

— Ordenarme á mí? Y quien podría tener ese de-
recho?

— La policía! — Y al decir estas palabras le ar-
rancó el velo, cual si fuera la careta de otra Lucrecia.

El otro individuo sacó una fotografía del bolsillo; miró la linda misteriosa, cuyo semblante estaba livido, y exclamó:

— Es ella!... y dirigiéndose á mí:

— Y Vd. ¿como se llama?

Dí mi nombre.

— Conoce Vd. esta muger?

— La he visto por vez primera en el tren.

— Y como, y porqué vienen ustedes solos?

— Porque solos nos han puesto.

— Está bien; sígame Vd. á mí.

Miéntras duraba este rápido diálogo, la desconocida habia subido á un carruage con el otro individuo, que, como el que me invitaba á mí, á seguirlo, eran buenamente dos comisarios de policía.

Imagínense Vds. el cuarto de hora que yo estaba pasando!

¿Que significaba todo eso?

*
* *

Indudablemente: aquella muger habia cometido al-
gun crimen; la policía habia tenido aviso de su par-

tida; se habia telegrafado, y al llegar á Milano, le daban caza.

Pero, y á mí!

¿Porqué me hacian seguir al comisario?

Llegamos á la Prefectura. Me condujeron á presencia de un caballero de cierta edad, despues de haber esperado algunos minutos en una antesala, en que habia mas de un individuo de aspecto no muy santo.

Con mal modo me interrogó:

— Le han encontrado á Vd. en un *Wagon*, en que venia una muger, sobre la que pesa una acusacion tremenda. La conoce Vd?

— Ya he dicho que no.

— Es á mí á quien Vd. debe contestar ahora.

— Ya he dicho que no.

— Y porqué venia Vd. solo con ella en el mismo carruage?

— Permítame Vd., señor, que halle ridícula una pregunta semejante. ¿Acaso és la vez primera que un hombre se encuentra solo con una muger en un ferro carril? Cuando yo he viajado con la mia, casi siempre lo he hecho, y si al subir en la estacion yo hubiese visto á la dama en cuestion sola en un compartimiento, garanto á Vd. que no habria ahorrado esfuerzo por venir solo con ella.

— Nada de bromas, caballero.

— Eso podria decir yo, que me veo aquí no sé porqué.

— Su nombre de Vd.?

Saqué del bolsillo una tarjeta y la presenté al Gefe de Policía, que inmediatamente cambió de tono, diciéndome:

— Mil perdones, señor. La muger con quien casualmente ha hecho Vd. la travesía, de Turin hasta aquí, ha cometido un crimen atroz. En compañía de un

amante ha asesinado al marido. Hacen días que se busca á los dos, y una circunstancia casualísima ha hecho que se supiese que venia en este tren. Por eso se tomaron las precauciones que Vd. ha visto á su llegada.

— Y por eso se me trajo á mi hasta aquí!...

El Gefe renovó sus excusas, me despedí, y salí fuertemente impresionado con lo que acababa de saber.

Como! Aquella muger tan linda, tan encantadora, tan distinguida y elegante era una asesina!!...

Entónces comprendí que al saber que yo era periodista, se hubiese replegado en tan completo silencio. Como venia fugitiva, temió que yo pudiese cometer alguna indiscrecion que la comprometiese, y se calló.

Desgraciada! El telégrama que mandó del camino, fué la causa de su perdicion.

Hoy los diarios anuncian que ha confesado todo.

Hay en el mundo literario, ó por mejor decir, en la literatura del mundo, necesidades tan intransijentes, que si una vez llegamos á satisfacerlas, es para que de ello nazcan como pimpillos de un árbol podado, otras mil necesidades mayores y acaso mas difíciles de vencer.

Esto acaba de sucedernos al encontrar el tema de nuestro artículo. Teníamos necesidad de hallarlo: ahora tenemos necesidad de decir muchas cosas acerca de él.

¿Mas qué hemos de decir? ¿Pueden acaso las flores brotar en terreno estéril?

La TRISTEZA es la sombra del placer; y las flores del corazón no nacen á la sombra. Necesitan para lucir sus galas, auroras de esperanza y rocío vivificante de amor.

Y la ALEGRIA es la embriaguez del espíritu, delirio del alma que embarga el pensamiento y tuerce los impulsos del corazón.

Un literato valenciano ha dicho que el dolor es esencialmente egoísta, que invade la esfera de la inteligencia y arrebatá á la voluntad toda su fuerza;

y si la TRISTEZA no es el dolor, por lo ménos es su hija adoptiva, su compañera inseparable, y de ordinario su precursora.

La sombra es el lienzo donde la luz, artista de la naturaleza, traza con su pincel de fuego los cambiantes del íris. Para que brille en todo su esplendor es necesario que aquella exista, densa, tenebrosa, impenetrable como el cáos.

Así, para que la ALEGRIA fascine y deleite el corazón con los dulces encantos de su poesía celestial, es necesario que ántes la TRISTEZA la haya enlutado con sus sombras fatídicas.

La TRISTEZA es esencialmente poética. Apelamos aquí al testimonio universal de los vates llorones. Aquellos de quienes dijo el inolvidable Camacho:

Poetas que al escribir
Echais el llanto á rodar,
¿ No veis que tanto llorar
Al cabo da que reir?

Estos desventurados hijos de Apolo, cuando exhalan sus jemidos sobre las cuerdas del arpa, invocan llenos de fé al ángel de las TRISTEZAS, que en breve se cierne sobre sus frentes, bañándolas con el suave aliento de la inspiracion melancólica.

Ni uno solo de ellos habrá que al ser interrogado sobre la causa de sus lágrimas, no responda con débiles acentos, que llora en sus TRISTEZAS las ya muertas ALEGRÍAS de sus primeras ilusiones.

Os parecerá un absurdo si os dijésemos que la TRISTEZA nació en la ALEGRIA, y que la ALEGRIA muere siempre en la TRISTEZA; y sin embargo esta es una verdad inconcusa que está fuera de duda; porque en el corazón humano no hay término medio.

En él, la ALEGRIA y la TRISTEZA son los centinelas que se relevan perpétuamente en el curso de la vida.

La ALEGRIA es también la máscara de la TRISTEZA,

pero esta nunca puede serlo de aquella. Cuando alguna vez ha llevado careta ha sido para ocultar bajo su manto sombrío el dolor supremo.

No hay cosa por pequeña é inocente que sea que no lleve en el pecho la aguda espina de un sufrimiento.

Por eso la TRISTEZA es reina absoluta del corazon humano.

El poder de la ALEGRIA es transitorio.

Aquella es una noche perpétua que tiene por luna y por estrellas pequeñas ráfagas de ALEGRIA que el hombre en su amargura, ha dado en llamar felicidad, y que cruzan como meteóros brillantes por un cielo sombrío.

Las nieblas de esa noche no las disipa sino la tumba, que es la aurora donde se baña el alma en la luz de la inmortalidad.

Ahora vais á ver cómo la TRISTEZA de uno puede ser la ALEGRIA de muchos, ó viceversa.

El General Cosme Torbellino, que es un militar valiente y ha prestado grandes servicios á la causa popular, ha recibido una recompensa espléndida; pero a pesar de esto, está triste, verdaderamente triste. Habla de la paz con desconfianza: duda de su estabilidad, y algunas veces vaticina el derrumbamiento del Gobierno.

¿Sabeis por qué? Porque la paz octaviana del pais, ALEGRIA y progreso del pueblo, causa la TRISTEZA de ese antropófago que está acostumbrado á alimentarse con la sangre vertida en las contiendas civiles.

Llega el cólera y la fiebre amarilla, pero no os asusteis, que no es aquí, sino á la Rusia. Este fatal acontecimiento que va á ser la TRISTEZA de las poblaciones, es el contento y la ALEGRIA de algunos médicos, boticarios y sepultureros.

Célia es la reina del baile: sus lábios acaban de pronunciar el *fiat* de la ventura de Arturo, - « *yo te amo* ».

En la mirada del joven brilla la ALEGRIA de una felicidad suprema. Y allí muy cerca de los dos amantes se nublan los horizontes del amor de Petra con las sombras de la TRISTEZA; que ella ama á Arturo en silencio, y en la ALEGRIA de su semblante acaba de adivinar la revelacion de su rival.

Ved ahora el contraste en la naturaleza.

El alba es la sonrisa del dia.

Las aves á un tiempo mismo entonan su himno universal; las flores levantan sus tallos y desatan sus córolas para dar perfumes á la mañana en cambio de las perlas con que abrillantan sus pétalos; el insecto, ora tiende su vuelo luciendo los cambiantes de sus alas, ora roba á las plantas su tesoro para depositarlo en sus nectáreas urnas, y el hombre, en fin, se arrodilla para rendir su oracion de gracias al Criador.

Este cuadro brillante de luz, de armonías y de perfumes, es la dulce é inefable ALEGRIA de la creacion!

El crepúsculo vespertino es la TRISTEZA del dia.

Todo habrá cambiado.

Las madres arrodillan sus hijos junto á su regazo: les juntan sus manecitas, y les hacen repetir la oracion del ángel paraninfo del Verbo divino.

Esta hora es triste, vaga, misteriosa para el corazon, y nos excita á la meditacion religiosa y al recuerdo, porque en la luz es donde mas se revela Dios al hombre, en toda la omnisciencia de su sabiduría.

Por eso la despedimos llenos de TRISTEZA en el ocaso, y tornamos á bendecirla, henchidos de ALEGRIA, cuando despierta esplendorosa en el oriente.

Hé dicho, al empezar, que apesar de haber visto muchos *Album*, no hé visto ninguno del mérito que tiene el de Héctor F. Varela, no solo por la belleza de lo que sus páginas contienen, sino muy principalmente por los nombres que ha conseguido reunir.

Al acaso, voy á tomar algo de lo que contiene tan precioso libro.

I.

¿ Para que és un *Album* ?

Para dar hospitalidad á los pensamientos amigos.

Hospitalidad cordialmente ofrecida: hospitalidad cordialmente aceptada.

EMILE DE GIRARDIN.

II.

Anoche vi soñando

Su frente palida

Ientera por mi boca

Se entró su alma;

Su alma de fuego,

Que al pasar por mis labios
 Los dejó secos.
 No vuelvas esta noche
 Sueño que matas
 Que el corazón me duele
 Por la mañana ,
 I mis mejillas,
 Como el mármol se tornan
 Blancas y frias.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALES.

III.

A Monsieur Héctor F. Varela.

Je suis né malheureux, car je n'ai pu connaître
 Que de nom le pays, où j'aurais voulu naître,
 Le vôtre, ce pays, où l'horizon vermeil
 D'un printemps éternel donne la douce fête,
 Et remplirait de joie une âme de poète,
 Un pauvre exilé du soleil!

Et je suis né proscrit, sans raison politique ;
 Toujours devant mes yeux, j'ai vu votre atlantique
 S'élever comme un mur, et fermer ma prison ;
 Je n'ai jamais franchi les colonnes d'Alcide
 Pour secouer le joug de l'hiver homicide,
 Tiran, qui s'appelle saison.

Quarante ans, j'ai subi ce froid pays des brumes,
 Des neiges, des frimats, des fluxions, des rhumes,
 Fléaux, comme l'enfer ne voit rien de pareil.
 Ce nord, où l'été même est un nom chimérique,
 Où même, en plein midi, la lune d'Amérique
 Se fait passer pour le soleil.

MÉRY.

IV.

Del universal dualismo
Es amor cumplido emblema ;
Porque el amor, en si mismo,
Es la *abnegacion suprema*
En el *supremo egoismo*.

NUMA P. LLONA.

V.

Hoja en que estampo mi nombre,
Tú me sobrevivirás.
¿Qué vale, ay! el ser del hombre
Cuando un papel dura mas?

J. E. HARTZENBUCH.

VI.

Al padre, la alta estimacion!
Al hijo, la amistad.

ALEJANDRO DUMAS.

VII.

Arriba el maestro,
Abajo su discipulo.

PABLO FÉVAL.

VIII.

A Héctor F. Varela

(Durante la tiranía)

Pronto en la social arena
 Pondrás, oh niño! la planta;
 Con valor y fé serena
 Prepárate á combatir:
 Prepárate que á los fuertes
 Grande y trabajosa lucha,
 Pero tambien honra mucha
 Guardando está el porvenir.

Lucha si, mas no sangrienta
 No igual á la que hoy horrible
 Á tus ojos se presenta
 Como tremenda leccion;
 Sino la que muevan noble
 Los talentos varoniles,
 Al fundar la base inmoble
 La obra de reconstruccion.

Ciudadano no te alucinen
 Los fementidos clamores
 De los mil competidores
 Del lauro y la potestad;
 Piensa bien que en la *Nueva Era*
 Solo habrá una causa santa,
 La que lleve en su bandera,
 Democracia, humanidad.

Dichoso tú que has nacido
 Para ver mejores dias,
 Para gozar alegrías,
 Que yo nunca gozaré ;
 De una patria donde libres,
 Iguales los ciudadanos
 La consagren como hermanos,
 Un brazo, una alma, una fé.

ESTEVAN ECHEVERRIA.

Montevideo, 1844.

IX.

La siguiente composicion fué escrita en mi *Album* cuando siendo niño, fui á Paris con mi desgraciado padre. El señor Bustamante es uno de los primeros poétas bolivianos.

Niño, en cuya tierna frente
 Unido al dulce candor
 Ya brilla genio naciente,
 Como el cristal de una fuente
 Entre risueño verdor :

Noble niño, que la vía
 Emprendes hoy del vivir,
 Jamas tormenta sombría
 Venga á empañar la alegría
 De tu inocente réir.

Y do quier que tus miradas
 Giren en busca del bien,
 Sobre ondas nacaradas
 Hallen islas encantadas
 Semejantes al Eden.

Planta de noble semilla,
 Al tocar en tu sazon,
 Que la virtud, sin mancilla,
 Como el astro que mas brilla,
 Conserve tu corazon.
 El cielo tu blanco lino
 Guie en tanto en su desliz,
 Y este errante peregrino,
 Que has hallado en tu camino,
 Vuelva á verte bien feliz.

R. J. BUSTAMANTE.

Paris, marzo de 1844.

X.

Como un tesoro conservo de su puño y letra la siguiente octava, de nuestro inolvidable Mármol. Está en mi *Album* tambien.

Retoño de arbol frondoso
 Alzate florece y Cuida
 En cada instante de vida,
 Mandas diez al porvenir;
 Que cultivar en la infancia
 La inteligencia del hombre,
 Mas tarde le vale un nombre,
 Y un nombre, niño, es vivir.

JOSÉ MARMOL.

Rio Janeyro, 1844.

Cuando yo regresaba de Europa con mi padre, Mármol se hallaba en la capital del Imperio.

XI.

Ni miedo, ni esperanza!

MONTALAMBERT.

Supongo que estas dos palabras revelaban los sentimientos del gran escritor durante la tiranía de Napoleón.

XII.

La amistad sincera y pura
El *Album* fina inventó
Y en hoja levé fundó
Recuerdo que siempre dura.

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

*
* *

Tu *Album* es un panthëon
Por eso mi nombre junto
Al de un ilustre difunto
Que aún vive en mi corazón.
Y no estrañes mi osadía:
Unida á su gran memoria
Tal vez registre la historia
La oscura y modesta mía.

HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

XIII.

Yo me deserpéro cuando veo que el género humano tiene límites, y que la tontera humana no los tiene.

A. DUMAS (hijo).

XIV.

Aún cuando no escribo con placer en los *Albums*, doy con mucho gusto un homenaje de mi simpatía al hijo del doctor Varela.

A. THIERS.

XV.

Santa fraternidad abrazo estrecho
Ligue á toda la patria americana;
Y triunfará la causa del derecho,
Y será luz la fé republicana.

C. WALKER MARTINEZ.

I.

El cielo estaba puro: el sol en lo mas alto del horizonte, hacia brillar las olas á los contornos del Navío. Una débil brisa hinchaba las velas, y todo se hallaba en calma á bordo de *L'Amphitrite*, elegante corbeta, que, salida de Nueva Yorck, hacia rumbo á la Francia.

Poco á poco el sol descendia del zenit, dejando una ancha franja de fuego, que servia de límites al mar inmenso. El oficial de guardia estaba en su puesto; los marineros reunidos sobre la cubierta fumaban y se referian esas historias de los marinos, llenas de maravillosas originalidades y de esa ruda y franca alegría, de que no tenemos idea en nuestros salones, y cuyo encanto desconocemos. En cuanto á los oficiales y demas pasajeros, cansados tal vez de admirar el cielo inmóvil y el mar sin fin, esta multitud ociosa, fatigada de inaccion y soledad, se habian refugiado en la cámara del comandante, donde los entretenia un piano y una biblioteca.

Dos personas solamente habian quedado sobre el puente: un jóven y una jóven. Esta, sentada sobre

uno de los bancos, apoyaba la cabeza sobre el hombro de su compañero de viaje. La luna, que subía majestuosa por la bóveda resplandeciente de estrellas, alumbraba con su pálida y melancólica luz el rostro más admirable que hayais encontrado jamás. Líneas puras y correctas, ojos grandes y expresivos, una frente blanca y tersa, largos cabellos negros, cuyo armonioso arreglo se había encargado de destruir una mano amorosa, cubriendo y descubriendo las hermosas espaldas que acababan de abandonar un manto de seda. Todo en esta mujer presentaba un conjunto de coquetería y perfecciones.

El joven, una de esas bellas cabezas de estudio, llenas de expresión y energía apasionadas. Su mirada envolvía entonces con amor la encantadora mujer que había buscado un refugio en su corazón.

Uno de sus brazos que rodeaba su flexible y elegante talle, la estrechaba dulcemente; mientras que una de sus manos le retenía cautiva su pequeña y blanca manecita, una sonrisa de orgullo y de dicha erraba sobre sus labios, como si por vez primera detallase la poética figura de su compañera.

Estos dos jóvenes tan felices, se encontraban en esa tierna y bella luna de miel, que no dura jamás largo tiempo. Hacia seis meses que estaban casados.

Alfonso Duval, hijo de un rico armador de Marsella, había ido a pasar un año a Nueva York, donde se hallaba fijado un tío hacia veinte años. Allí había visto y amado a Olga de Marto, huérfana y heredera de una inmensa fortuna, parienta además de la mujer de su tío. Seis meses después de su llegada sus votos estaban cumplidos: Olga era su mujer.

Olga, rica y bella estaba habituada a los honores; sin embargo los de Alfonso la cautivaron. Los hombres de Nueva York, absortos en los negocios comerciales, tienen todos ó casi todos, la flemma de los in-

gleses, que por otra parte se encuentran allí en mayoría. La admiración que ellos experimentaban por Olga, la expresaban con una calma toda británica, no pudiendo tener buen éxito cerca de la joven que sentía correr por sus venas sangre francesa.

Alfonso, como todos los hijos del mediodía, era apasionado, de consiguiente debía vencer y alejar sus rivales: su palabra elegante y fácil, que el ardor de su alma contribuía á colorear, sorprendió y encantó á Olga. Ella le amó con pasión, como podía amar. Confezemos que este amor fué desde el principio tiránico, impetuoso y celoso. Ella hubiera querido separarlo de todo otro afecto que no fuera el suyo: separarlo también del mundo si hubiera sido posible.

Alfonso, tan feliz entonces, no se quejaba aun de sus exigencias, que no le probaban además, sino un exeso de amor; así se dejaba encadenar á los piés de Olga, docilmente, sin sustraerse á sus exigencias.

Después de seis meses de esta deliciosa unión, cediendo Alfonso á las instancias de su familia y amigos, pensó en volver á Francia. Olga á quien nada impresionaba á medias, experimentó una loca alegría cuando se le comunicó esta resolución: ver la Francia y á Paris había sido el sueño de toda su vida. Fué abordo de *L'Amphitrite*, que los dos jóvenes esposos tomaron pasaje, y es allí donde los encontramos huyendo de la gente, soñando dicha y amor.

Hacia algunos instantes que ellos permanecían silenciosos: los bellos ojos de Olga parecían seguir las estrellas en sus movimientos, y estas á su vez aparecían sobre la bóveda celeste como diamantes resplandecientes del vestido de la noche. De súbito, Alfonso la sintió estremecerse.

— Qué tienes, Olga mia? le preguntó con inquietud.

— Nada..... nada..... estoy loca..... pero mira, es una vieja superstición de la infancia, y apesar mio,...

— Pero qué tienes?

— Pues bien..... yo pensaba en nuestra dicha, en nuestro amor..... habia escogido dos estrellas, las mas resplandecientes entre sus hermanas, que caminaba la una tras la otra, y me decia: esas dos estrellas son tal vez las nuestras. Los regocijos de nuestra vida, tendrán su brillo; como ellas nuestra dicha será eterna. En el mismo instante una de las dos se ha deslizado hacia abajo, como si se hundiese en el abismo de las ondas. Ah! tengo frio! tengo miedo!

— Niña! dijo Alfonso depositando un beso sobre la frente de su jóven compañera. Ah! qué falta hace á nuestra vida, una estrella que desaparezca!

— Mi madre me lo ha dicho con frecuencia, replicó Olga con terror; el que vé desaparecer una estrella muere en el mismo año.....

— Cuentos de niños, Olga mia, para divertir tu jóven imaginacion. Creedme; esas dos estrellas no pueden ser las nuestras. Dices que una ha desaparecido, y que la otra brilla aun. Oye! amada mia; cualquiera cosa que suceda, donde tu vayas, iré yo; y si tú murieras..... Dios mio!..... piensas que podria sobrevivirte? La vida sin tí, ángel mio, seria un sufrimiento mas cruel que la muerte misma.

Olga levantó vivamente la cabeza, y fijando sobre su marido sus grandes ojos llenos de expresion.

— Dices verdad?..... ¿Si yo muriera, renunciarias tu á la vida?

— Qué sería el mundo para mí, sin tí?

— El amor de otra muger no sabria encadenarte?

— Olga, te amó como jamás he amado; semejante amor, no renace. Cuando es feliz, llena por completo la vida de un hombre; cuando es desgraciado, la despedaza!.....

Te amo tanto, Olga mia!

La jóven se apoyó de nuevo sobre el corazon de su marido: — Oh! dime siempre que me amas así!

El dia habia sido abrasador. En vano se habia esperado que la frescura de la noche devolviese un tanto la fuerza y energía á los hombres de abordo. Pero léjos de eso, la atmósfera se hacia mas pesada, sus vapores se condensaban, y en un instante aquel cielo tan puro y tan resplandeciente de estrellas, quedó velado.

Alfonso y Olga habian abandonado el puente. Un silbido resonó para llamar los marineros á la manobra. Una violenta ráfaga sublevó las olas; el mar se agita y se hincha, las ondas mugientes y espumosas levantan la corbeta con ellas, abriendo un abismo que amenaza tragarse la. Los vientos se desencadenaban con furor: Los relámpagos rasgaban las nubes. El trueno estalla, y bien pronto se presenta una escena horrible, de espanto y de desórden, á bordo del navío, que luchaba contra los elementos.

Despues de doce horas de esta espantosa tempèstad, no se hallaba aun el mar en calma. El cielo aunque se habia aclarado un poco, siempre estaba amenazador.

L'Hamphitrite, saltaba á la cima de las ondas, horriblemente atormentado, desmantelado, roto y comenzando á hacer agua.

Durante estas doce horas de angustias, Alfonso habia quedado al lado de Olga: la retenia en sus brazos, calmando sus temores, enjugando sus lágrimas con sus besos, olvidando el peligro propio, para tranquilizar mejor á su compañera, no ocupándose sino de ella, no temiendo sino por ella. Entre tanto la jóven, mas alarmada por la ignorancia de la muerte que le estaba reservada, que por el aspecto del mar embravecido, quiso subir al puente. Alfonso cedió á sus instancias. Todos los marineros se ocupaban de las bombas: los pasajeros ayudaban cuanto les era posible; pero ya no quedaba sino poca esperanza, y se pensaba en preparar

las lanchas. Alfonso se habia agregado á los trabajadores, y Olga apesar de sus súplicas, quedaba á su lado, cuando una ola espumosa pasó por sobre la cubierta, rompiendo las bordas. Alfonso cayó: su cabeza pegó contra un mástil quebrado, y se desmayó.

Cuando volvió en sí, estaba sobre su lecho: varios de los pasajeros le rodeaban. Dirigió una mirada de sorpresa á su rededor; despues llevó vivamente la mano á su cabeza. Era un dolor agudo, que lo volvía a la vida.....

— Que me ha sucedido? donde está mi Olga? preguntó.

— No habéis, interrumpió el médico, que le tenia por el brazo; es necesario que tengais mucho reposo. La tempestad, se ha calmado súbitamente, y aunque la corbeta ha sufrido mucho, bien pronto arribaremos al puerto, porque puede llegar hasta allá.

— Pero y Olga?

— Vuestra mujer..... está en la cámara del comandante. No os ocupeis sino de vos: una ola os ha derribado, y os habeis herido gravemente la cabeza: necesitais una tranquilidad absoluta.....

— Olga debería encontrarse aquí! exclamó Alfonso con un profundo terror y tratando de levantarse.

— No, dijo el doctor reteniéndole; soy yo quien me he opuesto á que ella viniese. Despues de las angustias de estos dos últimos dias, no he querido que ella os viese sufrir. Calmaos, tratad de dormir, que ella reposa; es en su nombre que os lo ordeno.

Alfonso no habia recuperado todavía completamente el uso de la razon; la herida que se habia hecho lo habia dejado en un estado de completo hundimiento; así, dejó caer dulcemente su cabeza murmurando:

— Pobre Olga!...

Y se durmió con un sueño febril y ajitado.

Al siguiente dia, su fuerte constitucion habia ven-

cido en parte el mal: su herida prometia cicatrizarse pronto, pero aun se hallaba en un estado de violenta agitacion. Olga no se encontraba á la cabecera de su lecho! Apesar de los esfuerzos del doctor, quiso levantarse é ir en busca de su querida Olga. Fué necesario hacerle saber la terrible verdad.

Cuando él habia sido derribado, Olga estaba á su lado: cuando la onda habia pasado, Olga habia desaparecido! Las olas se habian llevado consigo esta mujer tan amada y tan feliz!: la habian arrastrado sin haber tenido tiempo de estrechar la mano de su marido, y de decirle el último adios! Pobre Olga!

En vano el doctor habia tratado de debilitar el golpe que iba á llevar el desgraciado jóven: á las primeras palabras, se habia incorporado en su lecho. Jadeante, la mirada extraviada, escuchaba con un temblor convulsivo.

— Muerta, muerta! exclama con una voz desgarradora; muerta!

Y lanzándose fuera de su lecho corre delirante hácia la puerta del cuarto; pero al llegar allí, una terrible revolucion se operó en su ser; tambaleó, el doctor le recibió en sus brazos, quedando sin movimiento: la sangre inundaba su rostro; la herida se habia vuelto á abrir.

II.

En un elegante retrete de una rica casa de la Chaussée-d'Antin, una jóven de diez y ocho años poco mas ó ménos, de mirada dulce, de fisonomía blanca y rosada, estaba muellemente reclinada sobre un confidente, siguiendo, con la mirada algo inquieta, todos los movimientos de su marido, que se paseaba lenta-

mente, con los brazos cruzados sobre el pecho, y la frente pensativa y cuidadosa.

La jóven se llamaba Luisa; su marido..... era Alfonso Duval.

Alfonso se detuvo y vino á sentarse cerca de su mujer, quien la dijo con un tono satírico y lleno de gracia.

— Solo yo, señor, he recordado el aniversario de mi matrimonio, y cuando os he dicho: Alfonso, hoy es 26 de Junio, habeis temblado y empalidecido, y habeis ido á pasearos de arriba abajo, sin responderme.

— Perdon, Luisa mia, perdon; bien sabes que tengo momentos de tristeza.

— No se trata de tristeza; esta mañana os encontrabais alegre, feliz, y esa palabra solamente.....

— Dios mio! tienes tan poca memoria Luisa. ¿No sabes que hace cuatro años el 26 de Junio fué para mí un dia fatídico?

A este recuerdo Luisa inclinó la cabeza: una lágrima brilló en el borde de su pupila, y dijo con tristeza:

— Tienes razon; me encuentro tan feliz, que olvidaba tus sufrimientos pasados.

— Y yo tambien los olvido cerca de tí, Luisa mia, pero nunca recuerdo esta fecha fatal sin que experimente un sufrimiento cruel.

— Ella es bien feliz! tú la amas mas que á mí.....

— Eres tú, Luisa mia, quien puede reprocharme este recuerdo de la desgraciada Olga?

¿Crees que mi amor por tí sea ménos profundo, ni ménos sincero, porque recuerde con dolor la espantosa muerte de una mujer jóven y bella como tú, y que me amaba tanto como tú me amas?

— Oh! no tanto como yo, dijo Luisa extendiendo sus brazos al rededor del cuello de su marido; pues mi amor por tí ha nacido de tu dolor. A tu vuelta de

Francia, cuando me fuiste presentado por mi padre, habia en tu semblante tanta tristeza, tanta melancolía en tu mirada, y estabas tan pálido, que una profunda piedad se apoderó de mí, y desde aquel momento mi pensamiento no te abandonó. Tú lo habias perdido todo. Quise devolvértelo todo. Eras desgraciado, huías del mundo, y yo sentí una dicha inmensa en consolarte, en volverte á la vida, y te amé con toda mi alma, no esperando en cambio de este amor tan desinteresado, sino una palabra, una mirada.

— Cállate, cállate, Luisa mia no me digas cuanta es mi dicha! Me parece que el dia en que mi corazon se encuentra lleno de goces, el dia en que todo me sonrie, el término de la dicha ha llegado y heme aquí, amada mia. Tu has curado mi alma herida Sin cesar cerca de mí, espías mis miradas, viviendo de mi vida, y es tal tu abnegacion, que temo algunas veces no poder devolverte tanto amor. Ay de mí! cuando te veo sonreir, cuando veo tus ojos tiernos y dulces fijarse en los míos, cuando siento tu mano buscar la mia, no deseo mas nada; soy feliz, amo, soy amado!

En este momento, la puerta del saloncito se abrió, y un criado anunció á Alfonso que una señora deseaba hablarle.

Alfonso sorprendido hizo que se lo repitiesen.

— Una dama decis? que puede querer de mí?

— Es jóven y bella, Juan?

— Jóven, sí, señora; bella está muy pálida.

Vamos, dijo Alfonso, sonriéndose; bella ó fea, la recibiré; pero como no tengo secretos para tí, Luisa mia, la recibiré aquí delante de tí. — Hazla entrar.

Dos minutos despues la estrangjera apareció en el dintel de la puerta, deteniéndose inmóvil.....

A su aspecto, Alfonso se levantó lanzando un grito de espanto; la mirada fija, las facciones trastornadas

por el terror, volvió á caer sentado y como herido por el rayo.

La mirada de la desconocida se detuvo algunos instantes sobre él; despues la dirigió sobre Luisa, con una expresion de odio y de cólera. Sus labios desdeñosos, se plegaron para dar paso á una amarga sonrisa adelantó un paso hácia Alfonso.

— No os aproximeis! exclamó Alfonso con voz ahogada y como si el delirio se hubiera apoderado de sí. Quien sois? Es un sueño, y vos no sois sino un fantasma, no es verdad?.....

— Calmaos, replicó la-estranjera con sonrisa forzada; vuestra cabeza se extravía. Los muertos tienen licencia de volver de la tumba?

— La voz tambien! dijo Alfonso con un terrible estremecimiento.

— Sí, no es verdad? Es su voz es su fisonomía Pero no quereis reconocerla; eso estorbaria vuestros nuevos amores Habiais olvidado completamente esta mujer, que hoy se os aparece como un fantasma, llenándoos de remordimientos! Qué necesidad teniais de que el abismo arrojara sus víctimas! Una nueva dicha, una nueva union — ¿qué os quedaba del recuerdo de Olga? nada! nada!

— Olga! Olga! repitió Luisa con un grito desgarrador.

Olga se volvió hácia ella; su mirada brillaba, estaba muda é inmóvil. Luisa lloraba, Luisa sufría.

— Sí á quien la muerte ha rechazado No valia más morir que venir á arrancar mi esposo de los brazos de otra mujer? Sí, las olas me han arrastrado hácia la playa; una mujer me ha recojido; sus cuidados me han vuelto á la vida, pero no á la razon. Durante tres años, muerta á toda sensacion, loca, erraba por las orillas del mar, llamando á grandes gritos el esposo que durante este tiempo, traicio-

naba mi recuerdo, jurando á otra mujer el amor que me habia jurado á mí. Quien sabe si él recordaba que yo habia existido, que le habia amado, que habia muerto!..... En fin, volví á la razon. Tres años de sufrimientos no fueron suficientes para extinguir mi amor.

Parto, llego no encuentro esposo, no tengo nombre!..... Otra ha ocupado mi lugar, otra es amada!.....

Ah! podeis decir que aun estoy loca; que no soy Olga Duval.....

Quien me conoce en Francia? ...

Acabad vuestra obra. Alfonso, lanzadme No tengais piedad de mí. He sufrido tanto, que casi no puedo sufrir mas!

Alfonso habia ocultado su cabeza entre sus manos. Luisa, tendida sobre un divan, dejaba correr ardientes lágrimas por sus descoloridas mejillas.

Ni una palabra dijo Olga con amargura. Vuestro triunfo es completo, Luisa Duval; al verme no ha experimentado sino espanto! El os ama mas! Y llorais! Ah! soy yo quien debiera llorar lágrimas de sangre; es á mí á quien él rechaza y odia!

Alfonso levantó la cabeza; su palidez era lívida. Miró un momento las dos mujeres que tenia delante de sí; su dulce y tímida Luisa, marchita por el dolor, y Olga orgullosa y vengativa.

— Sufris, Olga dijo con una voz lenta y sorda; y sois cruel é injusta. Durante tres años me habeis llamado, durante tres años os he llorado. Entónces, un ángel se ha mostrado á mí, y me ha tendido su mano cariñosa Me ha hablado de dicha; esta palabra para mí desconocida ya, hizo vibrar todas las fibras de mi alma y la he amado como se ama á quien nos aparta del abismo!..... Hoy os encuentro y otros deberes me encadenan Me reprochais mi es-

panto! Ah, no es por mí que sufro, y temo! — No ... no ... es por ella, no es verdad? »

— Y bien, sí, replicó Alfonso irritado del frio egoismo de Olga; sí, es por ella que sufro, por mi pobre Luisa! Por mí, qué me importa? mi felicidad está destruida!

Colocado entre vosotras dos, no hay porvenir posible para mí.... Pero es ella la que me ha entregado su vida, la que me ha dado todo su amor, la que ha puesto en mí todas sus esperanzas. Es por ella que me lamento, es por ella que lloro!.....

Oh! perdon, perdon Luisa mia!.....

Al decir estas palabras, se arrodilló delante de Luisa, tomando sus dos manos que cubrió de lágrimas.

Olga palideció murmurando:

— Jamás me habeis amado así!

— Os he amado bastante Oh! bastante. Durante seis meses de union, habeis sido egoista y tirana; la venda habia quedado sobre mis ojos. Para comprenderlo ha sido necesario todo el desinterés de Luisa. Os he amado! pues el dia en que me fuisteis arrebatada, ha sido necesario que me tuviesen ligado sobre un lecho, para impedirme que os siguiera entre las olas? Os he amado! pues, durante tres años, he rechazado todo consuelo, no queriendo mas que lloros!..... Pero entónces Luisa ha aparecido; Luisa me ha hablado de vos, Luisa ha llorado conmigo. Luisa, mi esposa hace un año, me ha entregado su alma y su vida. Ella era jóven y bella; debia amar el mundo; por mí ella ha renunciado á todo; ha hecho abnegacion de sí misma por verme feliz..... y quereis que traidor é ingrato la repudie hoy: — quereis que la odie, por toda la dicha que me ha proporcionado!..... Oh! no: vos no podeis sino compadecernos.

— Compadeceros! Y á mí! á mí! que estoy condenada, muerta y viva á las vez, á contemplar vuestra

dicha? Debo resignada y muda, sin nombre, sin alegrías en el mundo, ocultarme y dejaros gozar de los bienes que me habeis arrebatado? Habeis esperado que por temor á un escándalo, dejaria á esta mujer mi nombre y mi hogar en la casa de mi esposo!..... Las leyes de Francia me rechazarán cuando vaya á reclamar mis derechos y á lanzar la que ha usurpado mi nombre!.....

— Pues bien, sí, dijo Alfonso con violencia; no tenéis piedad para ella, no tendré piedad para vos!..... Sí, las leyes os rechazarán, pues yo no os conozco! pues vos estais muerta para todos!.... Los lazos que me ligaban habian sido rotos era libre, quien podrá condenarme?

— Ah! os atreveriais!.....

— No os conozco!.....

— Y bien, sea; es la guerra, pero la guerra sin tregua, ni piedad, ni reposo! Direis ante los tribunales que soy una falsaria, una intrigante! sin vergüenza: deshonrais la mujer con que os habeis desposado ante Dios, y los hombres!..... Sea, pero se llamarán testigos, yo probaré, que soy Olga de Marto, la mujer de Alfonso Duval, y entónces la ley será para mí protectora. Hasta entónces me adhiero á vuestros pasos! os perseguiré como un fantasma! por todas partes, gritaré: Olga vive, Olga soy yo! Soy su mujer, me ha rechazado! Soy su mujer, y cobardemente ha renegado de mí Oh! ves Alfonso: aunque te costara la vida, no me detendria en mi venganza.

Entónces Luisa, enjugando las lágrimas que cubrian su bello rostro, se levantó y colocándose entre Olga y su marido, juntó las manos y exclamó con dolor: Basta! es demasiado: por piedad ¡ Esta escena es horrible! Prolongarla seria matarme! Escuchadme Vos lo habeis dicho; es á mí, que debeis compadecer, pues soy yo la que debo sacrificarme. No consentiré

que los tribunales juzguen cual de nosotras dos debe llevar el nombre de Alfonso..... Vos señora, teneis derechos mas antiguos incontestables tomadlos. Yo iré á vivir á un convento.

— Alfonso Alfonso olvidadme! Sed feliz; yo rogaré á Dios por vos Vos señora amadle como yo le he amado por él y no por vos. Os dejo la mision, que creí me habia sido legada por Olga muerta. Consoladle; hacedle feliz A este precio, señora, pediré á Dios tambien por vos No abrigaré contra vos ni cólera ni odio. El dia en que Dios me llame á sí, si venis á decirme que su dicha está asegurada Os bendeciré y os amaré

— Luisa! Luisa! crees tú que yo consienta en separarme de tí!

— He cumplido un deber, Alfonso; faltaríais vos al vuestro? El recuerdo de un año de dicha será mi consuelo mi amor hará mi felicidad todavía, pues á pesar de mi desdicha, conservo aun el derecho de amaros! todavia una vez mas sed felices Mañana, señora, la que os ha causado tantos sufrimientos, estará léjos, bien léjos de aquí Rogad tambien por ella, pues os da mas que la vida!

Al pronunciar estas palabras la voz de Luisa le faltó: su valor la abandonó; y sin atreverse á dirijr una mirada á su desgraciado esposo, entró precipitadamente á su habitacion.

Alfonso habia vuelto á caer sentado, como un hombre herido mortalmente en el corazon. Olga, espantada de la violencia del golpe que ella misma habia lanzado, y sorprendida y confusa de la resignacion de Luisa, comenzaba á comprender que habia ganado una dolorosa victoria.

Ella no se atrevia á aproximarse á Alfonso; su angustia crecia ante la sombría desesperacion de su marido.

El silencio se prolongó durante algunos instantes;

Alfonso levantó al fin la cabeza; su fisionomía se había serenado, su frente se había despejado, no pronunció una sola palabra, sino llamó; un criado apareció.

— Conducid á esta señora al aposento que da á la calle, dijo Alfonso designando á Olga; velad para que nada le falte. Seguidle, Olga; os pido una hora para reflexionar lo que debo hacer por vos y por Bien pronto sabreis lo que haya decidido.

Viéndole tan prontamente dueño de sí, y casi afectuoso, Olga concibió una vaga esperanza; pero demasiado enternecida para poder hablar, se apoderó de su mano y la llevó á sus labios! Alfonso sonrió tristemente y estrechó lijeramente la mano de Olga que salió del retrete con esta consoladora idea:

— El me ama todavía la olvidará!

Luisa al encontrarse sola, había sentido desaparecer su valor: el esfuerzo que acababa de hacer lo había agotado: cayó sobre un sillón, la mirada fija y pensativa, las facciones descompuestas por un dolor superior á sus fuerzas.

No podía creer la terrible verdad, ella tan feliz la víspera todavía! Temia reunir sus ideas y darse cuenta exacta de la escena que acababa de pasar: no le había quedado de ella sino un vago recuerdo. Un solo pensamiento, una sola frase resonaba en su desgarrado corazón. Alfonso estaba perdido para ella! Permaneció algun tiempo así, sufriendo demasiado para esperar morir, y dando gracias á Dios de que terminase una vida de desolacion y sufrimientos. Después de una hora de muda angustia, su camarera entró maquinalmente: Luisa de repente se estremeció, hizo señal á la sirvienta de retirarse, y dejándose caer de rodillas, besó las letras del billete que había abierto. Era de Alfonso.

Las lágrimas que la ahogaban se detuvieron por un

instante; cayendo ardientes sobre el papel. Difícilmente pudo leer estas líneas:

Luisa, mi Luisa, perdon! es un último adios que te dirijo. Mis ojos no te verán mas! Mi corazón no latirá mas contra el tuyo! Te pierdo, pierdo todo en el mundo! No creas que puedo aceptar otros lazos... Ni tú! ni ella! Si esta mujer me hubiera amado, habría tenido piedad de mí y de tí misma

No hubiera venido egoista y cruel á quitarte tu esposo, á arrancarte de mis brazos, é imponerme lazos que el cielo habia roto! Sí; en su corazón hay mas egoismo que amor, mas vanidad que ternura. Tú, ángel mio, has consumado el sacrificio: tu has querido evitarme pena pero te pierdo, tú me abandonas!

Y ella, ella está aquí con la mirada fija sobre su presa! Ah! cuanto sufro, Dios mio! No: ella no gozará de su funesto triunfo! no: ella no gozará con tus lágrimas! ó al ménos tu no llorarás sola! Ella me condena á la desgracia: es necesario que tenga tambien su parte. Para tí mi nombre, mi último pensamiento de amor ... Para ella los remordimientos y el olvido!

Adios, Luisa mia! Adios, mi ángel consolador! ora para que Dios perdone mi desesperacion Ruega yo tambien pediré por tí Voy á esperarte en un mundo mejor Adios!

En el mismo instante una detonacion se hizo oír. Luisa dió un grito desgarrador y se lanzó hácia el aposento de Alfonso. Cuando llegó, no encontró sino un cadáver.

Cayó de rodillas cerca de él, le rodeó con sus brazos, le cubrió de besos y lágrimas. Olga apareció, atraída como la desgraciada Luisa, por el ruido de una arma de fuego: y se detuvo helada de terror.

— Muerto! dijo con una voz sorda.

— Muerto? repitió Luisa, con desesperacion. Era necesario matarme para dejarlos vivir!

— El ha preferido la muerte á Olga, murmuró esta con una violencia concentrada; ah! vos sois feliz señora!..... El se ha suicidado por amor hácia vos y odio hácia mí!... y se precipitó fuera del cuarto, y jamas se la ha vuelto á ver, jamas se ha sabido lo que ha sido de ella.

En cuanto á Luisa, esta bella y dulce mujer, que no habia tenido sino un amor en la vida, se extinguió lentamente y un año de duelo aun no habia terminado, cuando fué á reunirse con el esposo adorado que habia perdido.

La ley de amor.

Creado el hombre para vivir en sociedad, y derivando inmensas ventajas de la reunion de las fuerzas individuales que le han sido concedidas para formar ese poder múltiple capaz de llevar á término concepciones de extraordinaria magnitud, le vemos sin embargo afanado, desde los tiempos mas remotos, en disminuir esa fuerza maravillosa, conspirando por destruir una parte de sí mismo, al perseguir de muerte á un semejante.

Las naciones de la antigüedad vivian en perpetua guerra de exterminio por disputarse unos palmos de terreno, como si el planeta destinado á contener la humanidad fuese demasiado estrecho para darle abrigo, ó como si juzgase necesario para fertilizarlo, regar con sangre humana sus campiñas.

Un hombre oscuro de Galilea, nacido en humilde cuna, predica al universo la ley de amor, y lleva tras sí las turbas encadenadas por el misterioso encanto de su palabra inspirada. Mas si le aman los pueblos, témenle los Césares y le condenan á muerte de ignominia.

He allí la primera y santa víctima inmolada en espontáneo holocausto de amor hácia la humanidad.

Doce misioneros, discípulos fervorosos del Hombre-Dios, llevaron á los mas remotos confines del Universo la doctrina de amor universal brotada de los labios del Filósofo Divino, y la Religion del Cristo irradió por todos los ámbitos de la tierra sus claridades celestiales.

De entónces acá el mundo ha contemplado lleno de admiracion esas figuras, que resplandecientes de belleza espiritual, realizan prodijios de ardiente caridad consagrándose exclusivamente al servicio del necesitado. El enajenado, el expósito, el inválido, el mendigo han visto surgir de la nada palacios para darles abrigo, al solo *fiat* de unos lábios, inspirados por esta sublime ley de amor, proclamada por la Divina Víctima del Gólgota, y la Historia lega, bendiciéndolos, á las futuras generaciones, los nombres inmortales de los que conquistaron para sí el glorioso título de benefactores de la humanidad.

¿Dónde están entre nosotros esos asilos que en otros paises acogen al huérfano y al expósito para educarlos en beneficio de la sociedad; al infeliz enagenado para aliviar su desgracia; al inválido para darle asistencia; al pobre enfermo para curarle á espensas de dádivas sociales? Nada. Solo la discordia ha dado entre nosotros abundante cosecha; apénas hemos tenido tiempo para matarnos, y hay todavía quien pretenda seguir sembrando campos de osamentas.

Esto pensábamos con el corazon henchido de tristezas, cuando én dias pasados nos dirijimos á visitar la Casa de Beneficencia, institucion creada por algunas señoras de esta capital á impulsos de poderosos esfuerzos, que solo á almas templadas en el fuego de la caridad les es dado emplear inconvenientes sin límites, escacez infinita, nada ha bastado para amedrentar esos corazones cristianos, ni mucho ménos para hacerlos retroceder en su benéfico propósito.

La mujer, siempre la mujer! Como si despues de su falta en los primeros dias de la Creacion, Dios la hubiera querido hacer el ángel del consuelo en esta terrible peregrinacion del hombre sobre la tierra, es ella, con su mano cariñosa la que enjuga nuestras lágrimas; ella la que nos anima con su resignacion; ella la que nos inspira todo sentimiento noble, toda aspiracion grandiosa; ella la que mueve su lábio fervoroso para pedir á Dios nuestra ventura, y por último es ella la primera en buscar los medios de aliviar á los que sufren.

Cinco años de existencia cuenta ya este establecimiento, sostenido, ahora con las limosnas recojidas entre algunos comerciantes de esta plaza, ya con el producto de labores ingeniosas hechas por sus mismas fundadoras y otras muchas señoras y señoritas que se esmeran y atarean por ofrecer anualmente sus trabajos para objeto tan laudable y santo.

Estos escasísimos recursos, manejados con esa pulcritud y asombrosa economía con que la mujer virtuosa centuplica los caudales destinados á hacer un beneficio, han bastado sin embargo, para que la institucion haya comprado una casa, que ha sido reparada convenientemente y unida por un pasadizo de comunicacion á otra cuyo alquiler ha podido satisfacer, apesar de haber estado sosteniendo ochenta ó cien pobres, vistiéndolas con limpieza y alimentandolas con abundancia.

Y no es esto solo; como podrá muy bien comprenderse, la época de miseria que anonada al pais, ha debido necesariamente hacerse sentir, y causar sérios temores á las directoras del Instituto, que mas de una vez han tenido que salir personalmente á implorar la caridad del opulento, para obtener pequeñas sumas con que alimentar á aquellas desvalidas criaturas. Otras, la Providencia que cuida de proporcionar el

alimento al ave y al reptil, ha llevado á aquella mansion auxilios inesperados, que han sido recibidos como un milagro del cielo. Tal sucedió en abril: en dias en que no hallaban recursos de qué echar mano, careciendo de lo mas necesario, y desvanecidas una á una muchas esperanzas de buen éxito al poner en práctica los medios concebidos, se presentó á la directora un caballero y depositó en sus manos cinco onzas, diciéndoles: que en una liquidacion de intereses se habia hallado de mas aquella cantidad, y no queriendo ninguno de los socios del establecimiento mercantil guardarla para sí, habian acordado remitirla al instituto. ¿Y habrá quien dude aún de la Providencia?

Tales esfuerzos hechos en el camino de la caridad evangélica por ese grupo de dignísimas señoras para quien nuestro lábio, en vez de alabanzas, prodiga bendiciones, bien merecen que el comercio, los padres de familia, la sociedad entera de la capital tome á empeño ayudarlas en tan santo propósito.

Para el cinco de Julio se ha fijado la exhibicion de los efectos que se destinen á la Rifa benéfica en auxilio de la institucion, y nosotros nos tomamos la libertad de exitar la caridad de las familias todas, á fin de que este año sea mayor que nunca el producto de aquella féria filantrópica.

Y vosotros, espíritus evanecidos con vuestras riquezas; vosotros los que juzgais el oro como el único dios de siglo, y despues que le obteneis, os cuidais poco del infeliz mendigo, id á ese asilo de los desgraciados; entreteneos en mirar confundidos en uno solo todos los rangos sociales, y pensad que por un capricho de la fortuna allá podreis ir á parar. Tal vez así se ablandarán vuestros pechos de bronce y dejareis caer en el cepillo de los pobres algo de lo que atesorais con avaricia, privandoos á vosotros mismos hasta de la mas perqueña satisfaccion.

D. JUGO RAMIREZ.

I.

No existe en el mundo un pais sobre el cual se haya escrito mas que sobre Italia. Desde los hombres mas eminentes en todas las ciencias, en la literatura, la historia y la poesía, hasta el último *quidam* de la humanidad, todos se han creído, no con el derecho sino lo que es mas, con el deber de emitir sus *Impresiones de viaje* en Italia, siendo lo mas curioso, que mas de la mitad de los que pintan y describen estos sitios, jamás han atravesado los Alpes!!...

De este modo, ciertos *viajeros* que no se han movido de sus casas, cuentan disparates y mentiras que ponen á contribucion los pulmones del que tiene un dia la fortuna, — pues la es, y muy grande, — de poder pisar esta gran patria de la tradicion, del amor, de la poesía y del arte, admirando y estudiando, por sí mismo, todo cuanto en su seno hay digno de ser visto, estudiado y admirado.

A este respecto, yo recuerdo que uno de los hombres que mas me ha odiado y atacado en mi vida, sin que ni entónces ni ahora yo pueda conocer la causa de

esa malquerencia, — don Martin Piñeiro, — decia un dia « que le gustaba leer mis descripciones de viaje por dos razones: porque estaban hechas sin énfasis, y porque tenian cierto sabor *criollo* ».

Yo traduje estas palabras así: « Me gusta leer lo que sobre viajes escribe Varela, porque nos cuenta *lo que ha visto*, no lo que le han contado á él ».

Y es la verdad, lectores.

II.

Por ejemplo, y vamos así sin mas preámbulos, al fondo de las cosas: ¿ qué han leído ustedes sobre la ciudad de *Turin*?

Lo sé de antemano: nada ó muy poca cosa, porque casi todos los que sobre Italia han escrito, se han limitado únicamente, ó se han contraído principalmente á las eternas maravillas de Roma, de esa vieja que no envejece jamás, y sobra cuya frente pasan los siglos y las generaciones sin abatirla.

Y sin embargo, la Italia entera es un *Museo*; porque no hay una sola de sus ciudades, donde un monumento, una ruina, una piedra, un tronco de árbol, una leyenda, no evoque un *recuerdo*, y no nos remonte con el pensamiento á aquellos dias de turbulenta grandeza en que ella fué la soberana del mundo, y en que, reclinada sobre el mármol tallado por sus artistas inmortales, unvida por la mano de sus papas, custodiada por la espada de sus emperadores y embriagada por las caricias de sus mujeres, creia, soberbia y orgullosa, *que la humanidad era ella* y que mas allá de la Italia, no habia sino otra cosa: la Italia misma.....

III.

Es cierto: aquí no hay nada de lo que hay en Roma: no hay *Coliseo*: no hay *San Pedro*: no hay *Vaticano*: no hay *Capitolio*: no hay las *siete colinas*: no hay ese mundo de maravillas que parecen apiñadas allí por la mano de Dios mismo, para servir de constante asombro á las generaciones que pasan; pero aquí, en Turin, hay bastante que ver y no poco que observar para cualquier viajero que no pertenezca al número de los que ántes mencioné, y que por *moda* solo hablan de ciertas y determinadas cosas.

Para el hombre curioso, la historia de Turin brinda ancho campo al estudio, y á las emociones del que asiste complacido á las grandes peripecias de los tiempos remotos.

Su origen es céltico. Llamábase *Turasia*, y era considerada como una plaza fuerte de primer orden, habiendo soportado dos asedios famosos: uno en 1640 y otro en 1706.

En el primero despues de una resistencia heróica, los turineses no teniendo ya qué comer y completamente debilitados por el hambre, se rindieron al Conde d'Harcourt, general en jefe del ejército francés que Richelieu habia mandado para que operase contra la ciudad.

En cambio, en 1706 esta poblacion se vengó de los franceses de una manera espléndida, vencéndolos en el momento en que la plaza iba á caer en manos de los sitiadores.

La causa de la salvacion de Turin en aquel mo-

mento es demasiado heróica, para que no me detenga un momento á contarla á quien me lea.

Además, he creido siempre que las acciones heróicas, las grandes acciones que hacen de un héroe un mártir de la patria, merecen ser enaltecidas á toda hora y en toda circunstancia.

IV.

En medio de la conflagracion general de aquella época, y de cuyos pormenores no me seria posible ocuparme en una simple carta escrita al correr de la pluma y con la balija del viajero en la mano, los franceses llegaron á las puertas de Turin en setiembre de 1706, y le pusieron sitio formal, *con gran aparato* segun la frase del narrador Covino.

Distintas columnas, que avanzaron rápidamente sobre la ciudad, compuestas de cuarenta mil hombres y 130 piezas de artillería de grueso calibre, componian los elementos con que se estableció el sitio.

En la plaza habia diez mil combatientes de línea, y una parte del pueblo, patrióticamente armado con ese entusiasmo patrio que tanto distingue á la nacion italiana.

La ciudad fué atacada varias veces; pero sin éxito. Los asaltantes eran siempre rechazados. Al cabo de tres meses, cuando, como setenta años ántes, los víveres empezaban ya á escasear, el coronel francés, que sintió á su espalda una columna que venia á marcha forzada, en apoyo de los sitiados, decidió emplear todos los medios para acelerar la caida de la plaza, lo que sin duda habria conseguido, sin la ac-

cion eternamente heroica de Pietro Mica, cuyo nombre no hay italiano que no conozca, y que no ame con ese amor respetuoso que infunden las grandes acciones.

En la noche del 29 de agosto, sombría y tormentosa, una compañía de granaderos franceses consiguió sorprender y matar la guardia que defendía la gran galería de la ciudadela, que daba acceso á la ciudad.

Al ver esto, un artillero llamado Pietro Mica, ayudado por otro compañero, cerró sobre sí la puerta que conducía á la parte baja de la fortaleza, por la que era indispensable pasar.

Atrás de dicha puerta habia una mina para hacer saltar el puente levadizo que separaba el fuerte de la calle; pero, sin tener todavía el aparato que le comunica el fuego, sin esponer la vida del que lo hace.

El compañero de Mica tenia en la mano una mecha encendida; pero, indeciso y vacilante no se atrevia á consumir el acto sublime de valor, cuando viendo Mica que los franceses bajaban ya, le toma resueltamente la mecha, y diciéndole: *déjame á mi y sálvate*, prende fuego á la mina: el fuerte vuela, los asaltantes mueren: Mica cae bajo sus escombros; pero Turin se salva!!....

Para perpetuar la memoria de tan sublime mártir, se ha levantado un monumento frente á la puerta misma de la ciudadela, ya completamente destruida.

Mica está de pié: tiene la mecha en una mano, y sus piernas colocadas en actitud de correr á consumir la gran obra. En su fisonomía vaga esa expresion enérgica del hombre que se ha decidido á morir por su patria.

A este respecto los italianos merecen un entusiasta elogio, pues tienen á gala honrar la memoria de aquellos que han dado lustre á su patria, ya sea en la guerra, en la ciencia, en la literatura, en la polí-

tica, en las artes, y en los demás ramos del saber humano.

Por eso puede decirse que en Italia hay dos pueblos: el de los vivos, y el de los muertos, si me es permitido llamar así á los millares de estatuas que se levantan por do quier en todo el territorio de la pintoresca Península.

V.

Si la parte histórica de Turin es llena de interes, su aspecto material, como ciudad, no puede ménos de ofrecer una gran novedad al viajero que la visita, pues como lo dije en mi última carta, su planta es completamente *regular*, siendo sus calles tiradas á cordel, y de una derechura verdaderamente simétrica.

En Europa no creo que haya otra ciudad que presente esta especialidad, propia de las ciudades americanas, y sobre todo, de las nuevas.

Rodeada de montañas, embellecida por una infinidad de plazas y jardines — cultivados con ese buen gusto y esa gracia artística de que tantas muestras nos dan á cada instante, los jardineros italianos que van al Plata y levantan quintas como las de Buschenthal, Castro, Lezama y cien mas — Turin, es, á mas de una ciudad sumamente aseada, en extremo sana, porque tiene grandes pulmones y un aire puro y embalsamado para respirar, y como complemento, una agua esquisita y en abundancia, que viene de valles inmediatos.

A este respecto he ojeado rápidamente una obra del profesor d'Ancona en la que ponderando las calidades higiénicas del agua de Turin, dice « que no la hay mejor en parte ninguna de América ».

Respeto como debo al docto maestro; pero si no ha estado jamás de aquel lado del mundo, yo me permitiré decirle, que por muy buena que sea el agua de Turin — y sin disputa lo és — no se puede comparar con la que brota de la fuente de la *Carioca*, en Rio Janeiro.

Como esa sí no he probado agua ninguna, ni aun la muy deliciosa con que templé mi sed en medio de un sol abrasador en los *Valles de Aragua*, que bien pueden llamarse, el « Jardín de Venezuela », y de los que Humboldt nos ha dejado tan completa descripción.

El río *Pó* — llamado el *Rey de los ríos*, — no sé porqué, pues apenas tiene una profundidad de tres metros en la parte que por aquí corre, corta la ciudad en dos partes, completamente desiguales; pero que dan al panorama general de Turin, de suyo encantador de cualquier punto que se contemple, un nuevo atractivo.

Yo no diré como Villergas del *Manzanares*, que es preciso regarlo; pero aun quando Dante haya poetizado también al *Pó*, no convengo en que, ni aun aquí, en Europa se le pueda llamar el *Rey de los ríos*.

Entónces ¿qué nombre merecen el *Amazonas*, el *Orinoco*, el *Plata*, esas especies de Océanos que fecundan aquellos nuevos paraísos de América, que soberbios besan sus aguas?

VI.

Turin es una ciudad eminentemente trabajadora y en cuyo seno se siente ese bienestar propio á un pueblo que comparte su existencia entre el trabajo y el placer.

Hay aquí infinidad de fábricas, entre ellas una de velas de estearina, de los señores Lanza hermanos, — uno de los que tuve el placer de conocer en el Rio de la Plata, — que ocupa nada ménos que tres mil obreros, y que no solo abastece la Italia y una parte de la América, sino que manda sus productos á Francia, donde por su calidad y su precio, puede hacer la concurrencia ventajosamente.

A imitacion de lo que pasa en Barcelona, durante las horas de la mañana todo el mundo trabaja. Por la tarde, la fisonomía de la ciudad es muy distinta, pues los mismos que han concluido sus tareas salen á la calle é invaden los paseos y cafés como una ola.

Los italianos tienen una verdadera pasion por los *cafés*, que aquí son numerosísimos y algunos de bastante lujo, aunque no de gran gusto. En todos ellos hay música ó canto ¿Qué se hace en Italia sin canto y sin música?

A este respecto, confieso, sin embargo, que he rectificado un juicio muy equivocado que tenia respecto al *refinamiento* del gusto de los italianos para con los cantores.

Creia yo — y me parece que otro tanto sucede á la generalidad de mis compatriotas — que aquí no se soportaban cantores que no fueran de *primo cartello*; y sin embargo, he oido estos dias, en el teatro *Balbo*, y en el *Alfieri*, artistas, que no se habrian presentado dos veces ante nuestros públicos del Plata.

Verdad es que en esta época del año, los grandes cantores, los que gozan de una reputacion consagrada por el talento y una serie de triunfos no interrumpidos, dejan sus nidos de Italia y remontan su vuelo hácia Rusia y la Inglaterra, donde *veranean*, ganando hora y provecho.

Pero aun así, nuestros públicos son mucho mas exigentes que este en materia de teatro, y reconozco que

no es chica *empresa* la de uno de nuestros empresarios que necesita procurarse cantoras buenas para satisfacer las exigencias de los *dilettanti* de por allá!

Muy justo, pues, me parece que se tenga en cuenta la dificultad que en Europa existe para encontrar *sopranos* y *tenores*; porque ni la naturaleza ni el arte producen hoy los que se necesitan para los infinitos teatros europeos. La prueba la tienen vds. en lo que pasa con la Patti y la Nilson, con Tamberlick y Capul, que los empresarios de Lóndres, Paris, San Petersburgo, Viena y Estados Unidos se los disputan con una saña terrible y con risueño beneficio de los bolsillos de cada uno de dichos artistas, que se ponen en remate, adjudicándose *á quien da más*.

Cierto estoy que si tuviesen á Florencio Madero á su lado, con el martillo en la mano, sacarían un cuarenta por ciento mas de lo que hoy obtienen, pues no conozco *pirata* semejante cuando está rematando.

En los últimos diarios de Montevideo veo que se ha establecido ahí. Me alegro por él y por ustedes, y le deseo muchas pesetas, á pesar de la guerra terrible que me hizo cuando la eleccion de Emilio Castro para gobernador de Buenos-Ayres, en la que no solo me derrotaron, sino que me costó *trescientos mil pesos*, sin que Dios, ni el Diablo me lo hayan agradecido, siendo por el contrario, yo, el único de los opositores á la candidatura Castro, contra quien este se enzañara despues de su triunfo.

Pero tratándose de mí ¿ *cuando no son Pascuas* ? Hay entes que nacen destinados á sufrir, y que en medio de su dolor se creen con el derecho de importunar al género humano hablándole de sus penas y sufrimientos.

Imbéciles! Si comprendiesen que nadie les hace caso, cuantos no imitarían mi ejemplo!

Sufrir y callar. En estos dias que corren, secos

como el egoismo, y en que son muy contados los que toman una parte en el dolor ajeno, esa debe ser la divisa del que no quiere exponerse á que se rian de él como de un idiota.

Los amigos.... pero ¿ á donde voy ? ¿ Qué tiene que ver todo esto con Turin ?

VII.

La cantidad de teatros, museos, palacios, iglesias, establecimientos públicos de distinto género que hay que ver en Turin, es bastante considerable, lo que no sorprende si se tiene presente que esta ciudad fué la capital de Italia durante muchos años.

Como yo no sé si volveré, estoy aprovechando mi tiempo en verlo todo, *piloteado* por los redactores de los diarios principales, y por el apreciable abogado Accardi, que como orador de un templo masónico me dirigió un magnífico discurso antenoche, y al que debo ya infinitas atenciones.

Si mis pobres cartas á *La Idea* no han sido recibidas con disgusto, escribiré algunas, contando á los amigos lo que he visto; pero, como decia D. Martin Piñeiro, sin énfasis, y para que todos me comprendan.

Castelar, en medio de lo mucho que produce, ha escrito un artículo sobre la capilla *Sixtina* en Roma.

Es una cosa estúpida, admirable, de lo mas bello, y elocuente que haya producido jamás la pluma de un hombre.

Es aquello como un rio que corre mansamente entre dos riberas de esmeralda, tapizado de flores que exhalan un perfume delicioso.....

Leyéndolo, se goza de una manera extraordinaria; pero desafío á cualquiera á que me haga una descripción de la capilla, despues de leerlo.

El pintor, el poeta, el filósofo, el historiador, han hecho lujoso alarde de la universalidad de sus conocimientos, como evocados repentinamente en presencia del *juicio final* de Miguel Angel; pero el *narrador* ha olvidado que no todos pueden seguirlo al mundo ideal en que él se agita, cuando describe la capilla *Sixtina*.

Como yo no soy Castelar, haré descripciones *criollas*:
á lo que te creaste; al pan pan, y al vino vino.

Sobre los problemas que una sociedad lleva hoy día, como *de reata*, para irlos resolviendo como y cuando le venga á cuenta, tiene la sociedad inglesa un numeroso *apéndice*, hijo de la *hinchazon* y crecimiento de la capital de su monarquía. Hace años, se calculaba en 25 el número de casas que cada día se edificaban en Lóndres, y este número, juiciosamente pensado, va en progresivo aumento. En un abrir y cerrar de ojos se levanta aquí un barrio entero y verdadero, con mercado, iglesias, teatros y demás edificios públicos de necesidad y lujo, y solo las torres de los templos bastan á hacer aparecer á Lóndres como un *bosque de agujas* espesísimo. Consecuencia de este ensanche descomunal es que la manera de vivir, las necesidades y los problemas mismos que se *trichan* y resuelven en una aldea por un *alcade de monterilla*, se complican y enmarañan en este cuerpo gigantesco; y en todo se nota y percibe el influjo de su grandeza. Con imaginarse que del extremo nordeste de Lóndres hay que tomar un ómnibus, despues de una línea férrea, que cuenta tres estaciones, salir de ella y tomar pasaje en otra que tiene siete estaciones, y todo para

llegar á *diez minutos de distancia* de lo que se llama el centro, se puede formar alguna idea de este Océano de calles y de plazas, que mide 24 kilómetros en cuadro.

Este *vicio* de conformacion de la sociedad inglesa, empeñada en llevar la sangre á la cabeza, á riesgo de sufrir una apoplejía, por fuerza ha de crear costumbres, engendrar usos, producir males y dar origen á *peculiaridades* en la manera de *habérselas cada quisque*, á quien impropriamente llamaríamos *vecino*, porque la *vecindad* supone la carga y el disfrute de ciertos goces y deberes que completamente desconoce el *londinense*, especie de *biválvulo-racional*, no clasificado por *Buffon*, porque entónces no se sabia lo que era construir *detached-houses*, ó lo que es lo mismo, concha ó castillos *aislados*, donde se mete el inglés, y

Allá los mundos sin cesar naveguen
Por el piélagó inmenso del vacío.

La frase de Cain, « soy yo guardador de mi hermano? » es la primera y más usada del vocabulario social londino. A veces ocurre un incendio que *divisan* labradores á cinco y seis leguas de distancia, y *no lo ven* los habitantes del extremo opuesto de la ciudad. Suele *barrer* una epidemia barrios enteros, tristemente empavesados con banderas negras, y si no lee el periódico el *vecino*, apénas se dá *cata* de ello, y á cada instante, hojeando periódicos del continente, se *saben* sucesos que le han pasado desapercibidos, come quien dice, *á la puerta* de su casa.

Uno de los primeros efectos de esta hinchazon descomedida es mejorar en tercio y quinto el aislamiento á que de suyo es inclinada esta raza. ¿Qué diablos ha de hacer el prójimo, que para visitar á un amigo ne-

cesita, ante todo, tomar un *saco de noche*, su *paraguas* y un billete de ferro-carril, en donde ha de pasar, por término medio, un par de horas de ida y vuelta? Grande ha de ser el cariño ó la necesidad que mueva á un cristiano á sacrificar un dia á una visita. Aquí, pues, no se conoce eso de *echar un párrafo* de compadres tras cada vuelta de esquina. Esa dicha de tenerlo *todo á la mano*, el teatro, el café, el paseo, la novia y el amigo, es desconocida al pobre errante del ciudadano inglés, lo cual, indudablemente, contribuye á acrecentar más su afición *casera*, y á proporcionarse en el hogar mayores atractivos de los que necesita el que *dine en ville* y *anda azotando calles* de dia y de noche.

Por esto el inglés busca el *detached-house*, rodeada de jardines, tiene su conservatorio, librería, suscripción rigurosa á los periódicos y obras más importantes, bodega excelente, baño y otras comodidades y *placeres dentro de puertas*, donde se entrega á sus ocupaciones, sin temor de que *perturbe un visitero* con aquello de « hombre, pasaba por aquí, y dije: *aquí me cuelo.* »

Una visita ordinaria en Lóndres tiene algo del carácter de las oficiales. Es preciso que sea *anunciada*, ya que no *confirmada* por el receptor, porque no es cosa de gusto hacer una jornada larga, gastar un dia, y encontrarse que el señor no está en casa ó no recibe: en una palabra, darse con la puerta en los hocicos. Por el mismo consiguiente, en el trato social de esta metrópoli no se conoce tampoco esa falsedad con que se muestra buena cara á un *visitante*, y se echa pestes contra él apenas pisa la del rey, encomendando al demonio la hora en que le dió la tentacion de *honrarle* con su *impertinente presencia*. El trato es por lo ménos sincero, pues no hay motivo para falsearlo. Si gusta de la visita, con cuatro letras

y una estampilla lo manifiesta; si no, con callar la boca ó protextar ausencia, pues *en puerta cerrada no entran moscas*.

En cambio, el huésped que se ve favorecido con el recuerdo y la persona de un amigo, le hace mil fiestas y agasajos significativos de su profundo reconocimiento. *Visitas en seco* no son concebibles en Londres. Se supone, ó debe suponerse que el *aparecido* vendrá de *lueñas tierras*, harto asendereado de viajar *por dentro* de la capital, acaso *ayuno*, ó simplemente traspillado por la distancia de su primera colacion y la fatiga del movimiento, y si no llega á tiempo de participar del *piseolabis* que se llama *luncheon*, y equivale á *las once* de nuestros canónigos y *española antigua*, lo primero es ofrecerle con qué *vigorizar* el ánimo y remojar las fauces, para cuyo menester tienen todos dispuestas dos botellas, una de Oporto *restaurador* y otra de *excitante* jerezano, con algunos bizcochillos de *Palmer*, ó galletas *perla*, que se avienen grandemente con dichos líquidos; y si por ventura la necesidad aprieta, se acude á remediarla con sendos *sandwiches* vulgo *emparedados*. Esto es tan necesario como *los buenos días* y el *apreton* de manos, pues sería cosa cruel dejarle á la ventura por mares nuevos y desconocidos, y tal vez sin blanca en la bolsa; demás que el inglés no habla ni paula, ni sirve de provecho alguno si no se *encandila* un poco con el zumo de la parra, que le quita la humedad y el moho, y le dá en cambio luz y brillantez, y esto está probado. De aquí proviene tambien la costumbre de dar de comer al duelo en los entierros, suponiéndose que la mayor parte de los amigos viven léjos y tardarán mucho tiempo en volver á sus hogares.

Otra de las consecuencias del ensanche colosal de Londres es la necesidad del *club*; pero entiéndase que el *club* ni es, ni sirve de lo que en el continente las

reuniones de este nombre, círculos, centros y casinos. Al contrario, el *club*, bajo cierto punto de vista, es la *cartuja* del inglés; un lugar disputado para aburrirse en *comun*, y una asociacion que acaba por fomentar el aislamiento. Para un continental, el club ó casino es un soberbio acomodo, especialmente si es soltero, lo cual no quita que los casados abusen tambien de su propiedad de *inclubables*. El casino les sirve para todo, y le sacan buen jugo al dinero que les cuesta. En Inglaterra es al revés. El origen del *club* fué efecto de la *extension* de Lóndres más bien que de la evaporacion del calor social en razon directa del ensanche de la circunferencia y de la necesidad de buscar *centros* de reunion. Su verdadero papel, carácter y significacion, es este: un *puerto de escala* en el mar anchuroso de Lóndres; ni más, ni ménos. Natural es que las gentes acomodadas huyan y hagan la cruz al *casco* de la ciudad, lleno de tiendas, fábricas, humo y ruido, y busquen el aire libre y el aroma de las plantas y las flores, que pueden cultivarse en las extremidades, un poco más desahogadas de mercaderes. Esta *cityphobia* se lleva por algunos al extremo de alargarse por esos campos de Dios hasta siete ó diez leguas, al amparo de los ferro-carriles, y no faltan quienes viven en *Brighton*, *Southampton*, *Hastings*, *Saint-Leonards* y otros puertos y lugares del Sur, y tienen la santa paciencia de andarse zaran-deando diariamente por espacio de tres horas, *à grande vitesse*, á trueque de respirar como un *racional* la brisa reparadora de los mares y el suave céfiro de los montes.

Pues para estos y *tutti quanti* del citado infierno bonitamente y con gentil compás de piés hace *tirte-afuera*, el club es un verdadero puerto de refresco, ó estacion marítima, á donde se llega, no para solaz y regocijo, sino como de *arribalda forzosa*, y de vez

en cuando, para comer ó vestirse, si van á algun baile ó teatro. Y es de esta manera. Hoy recibe un convite *John Bull*, á donde ha de ir de rigurosa etiqueta. Como no ha de abandonar los negocios por tan leve causa, ni presentarse en el tren y en la *city* de frac y corbata blanca, ni tiene tiempo para volver, vestirse y tomar el portante, coge desde por la mañana su ropita de acristianar, la mete en un saco de noche, acaba sus negocios, se dirige al club, come, pide un cuarto de vestir, se *debarbouille* y emperegila, acude á su reunion, vuelve al club, hace nueva *mutatio capparum*, y carga de nuevo con su saco hácia el hogar. Dígase como podria valerse este pagano, si no tuviese un *puerto de escala* en el cogollo y centro de Lóndres, para cumplir con todos sus compromisos sociales. Se sobreentiende que en esta entrada por salida que de higos á brevas hace en el casino, no hay para qué saludar ni formar corrillos con sus colegas, ni leer la *última hora*, ni hablar de *politica europea*. Lo más que hará el cuitado, es entenderse con un sirviente y despejar el campo ántes y con tiempo. Este es el uso general del club en Lóndres, exceptuando algunos solterones, ó viejos, ó *rentiers*, que por acaso viven cerca y explotan la sala de villar ó de lectura; pero son tan pocos, que no logran quitar á sus salones la perspectiva de un *desierto adornado*, donde aquí uno *bosteza* y allá otro *se concentra*.

Efecto es tambien de las distancias el aire neutral, glacial, cosmopolita, incoloro de los teatros. Uno de los atractivos del teatro en el continente, es la simpatía, el placer que engendra la reunion de personas que se conocen, se saludan ó se tratan. En Lóndres, por lo general, todos son *desconocidos*, fuera de ese círculo que tiene derecho á la notoriedad. En lugar primero, el teatro es caro de véras, como todas las cosas de lujo. En segundo lugar, no *hay la costumbre*

de abandonar *la casa*: en tercer lugar, es una verdadera *jornada*, cuyos incómodos pesan más que los atractivos, porque no es cosa de gusto salir cuando ya no corren los trenes, y encontrarse en lejanas latitudes, que, ó requieren el sobregasto de un coche y llegar al puerto casi de madrugada, ó ponerse á merced de los cocheros en hora tan menguada é intempestiva.

Los aristócratas y los extranjeros pueblan solamente los teatros, y es cosa de hacer una raya y repique el día que un padre de familia se descuelga con toda su lechigada en un palco ó antepecho de anfiteatro. Basta decir que para todo el año da hilo el cuento y recuento de la funcion. Si así no fuera, quinientos teatros apénas no bastarian para satisfacer la afición *teatral* de los que pueden darse este gusto; mas la verdad es que hay millares de familias ricas que no han visto un telon de boca, en lo que algo influye tambien algun resto de puritanismo, siempre mortal enemigo de esta *soi-disant* escuela de costumbres. En cambio, bien se puede decir que toman la representacion *á pechos*, sin andarse en repulgos de crítica. Todo está bien para el público de Lóndres, y si no hubiese esos *criticones* de periodistas descontentadizos, que hablan de prostitucion del arte, postracion, degeneracion, y otros *on* censuradores, cuando ménos, creeria el inglés asistir á la edad dorada de los dramaturgos. En efecto, el se cree que toma el billete para aplaudir, y rara vez ó nunca se ven esas grescas que tanto abundan por otras partes, sino que *tout est pour le bien dans le meilleur des mondes possibles*.

¿Y de la felicidad de ocultar crímenes, vicios, traesuras, intrigas y diabluras, representar papeles, enganar al público é *ingeniarse* por estilos varios? Paris es una cáscara de nuez bajo este aspecto. Aquí los caballeros de industria, aquí los quebrados-enteros, aquí los D. Juanes sin chambergo, los perseguidores

de fortunas, los embelecadores, falsarios, busca-vidas, jugadores, *castañeros*, y toda la innumerable caterva de los que viven sobre el país, sin ley, mandamiento ni cosa que lo valga, más que su ingénio, sus uñas ó su pico, todos tienen en Lóndres una tierra de bendicion. Esa coyuntura de poder trasplantarse de un extremo á otro, y hacer los papeles que se le antoje á cada prógimo, en ninguna parte existe como en Lóndres. Hombre hay á quien le besan el manto en la *city* y le hacen la cruz en su residencia. Cual dama es tenida por Susana en un arrabal, y busca otra para representar á Mesalina. Aquí aparece un caballero *en grande tenue*, y á pocos dias desaparece, dejando las paredes por despojo á sus acreedores. Doncella se escapa con su galan, y vive con él dentro de Lóndres, miéntras sus padres ofrecen gratificacion y publican sus señas sin resultado, perdida dos veces en este mar de escollos y tempestades de pasiones.

Tal vez más de un Troppmann se pasea ignorado entre la agitada muchedumbre, ó desapercibido deja estos bulliciosos puertos por los del Nuevo Mundo, lanzando un reto á la Providencia y un sarcasmo á los filósofos que personificó en *M. Square* el famoso *Fielding*, creyentes en la propiedad y *rectitud eterna de las cosas*. ¡Cuántos séres miserables, cuánta alma corva, cuánto sórdido interés no encuentra campo en esta Babilonia par sus malvados fines! ¡Cuánta lágrima que *no nos moja*, cuántos *ayes* que no se *oyen*, cuánto gozo que no nos alegra y calor que nos deja frios, porque cada casa es un arcano, y cada rumbo distinto, sin haber más armonía ni concierto que en luchar á brazo partido para ganar la batalla de la vida, á que se lanzan muchos, con el hambre á la espalda, al lado dos agentes de policía y delante un mendrugo de pan, que como anguila se le resbala y huye! Mil plumas como las de *Sue* y *Reinolds* no podrian en cien años

contar los misterios de Lóndres; y cuando así fuera, la verdad es todavía más *extraña* que la ficción, y cuando alguna vez el diablo *tira de la manta*, y descubre un ladito de este movimiento oculto, de esta vida solapada que permite la inmensa extensión de la metrópoli; cuando la prensa ó los tribunales dan con una de esas *vetas* subterráneas, llámense corrupción de las familias, como en el caso *Mordaunt*, ya *envenenamiento* por mayor, como en la adulteración de las provisiones, ya de interés y egoísmo, como en el caso *Palmer*, ya de vicios abominables, como los de la causa ruidosa de *Boutton* y consortes, se trae á luz un complicado mundo de ramificaciones desarrolladas impunemente hasta un grado que asombra, en medio de la facilidad que promete esta aglomeración colosal de lobos y corderos, contenida solo por temor á *Newgate* y á *Calcraft*.

Nunca acabariamos si fuéramos á indicar menudamente los fenómenos producidos por esta hidropesía de población que aqueja á Lóndres, esfinge que va devorando á todos los pueblos que de cerca le miran, capital absorbente y de una *adhesividad* exquisita, que todo se lo *anexiona* y engulle en su hirviente estómago, amenazando llegar un día en que su majestad *londinense* diga, como Luis XVI, *yo soy la Inglaterra*. Pero los cuerpos colosales son faltos de proporción y pesados en algunos de sus movimientos, y así no es extraño que con tanta fuerza y vigor en unas partes, tenga tantas flaquezas y debilidades en otras. *Sydney Smith*, al ver el pescuezo de una girafa, dícese que observó con gran donaire lo que tendria que ver este cuadrúpedo *con la garganta mala*. Imagínese el lector, en proporción al desarrollo de Lóndres, lo que tendrá que ver esta sociedad cuando alguna parte se le enferma ó alguna inmundicia se remueve.

A LA MEMORIA DE BRETON DE LOS HERREROS.

Los grandes hombres, valiéndonos de una enérgica comparacion de nuestra sublime literatura popular, son como la sombra; cuanto mas apartados, toman mayor cuerpo; vistos de cerca, las pasiones del momento ó la familiaridad con que los tratamos los hacen de ordinario aparecer á nuestros ojos reducidos á las exiguas proporciones del resto de la humanidad. Por eso los que hemos tenido la dicha de vivir en medio de esa entusiasta generacion que apareció en la escena pública del 30 al 40, no podemos medir bien la altura de esos hombres que la proximidad nos ha hecho creer de nuestra talla, porque á iguales debilidades y flaquezas que nosotros vivian sujetos, y que la historia, despojándolos de su humana vestidura, presentará á nuestros hijos con toda la grandeza de una raza de gigantes. La espléndida imaginacion española, germinando al calor de la santa idea liberal, brotó por donde quiera génios que, ya esgrimiendo la espada, ya lanzandō torrentes de elocuencia

desde la tribuna, ya despertando al pueblo adormido con atrevidas concepciones artísticas y literarias, crearon ese período que muchos ven aun pequeño por la ya enunciada ley de la distancia; pero que un día la historia presentará tal cual es, para asombro de las futuras generaciones de todos los países civilizados.

Esto decia el que estas líneas escribe en *El Imparcial* correspondiente al 14 de agosto de 1868, en un artículo consagrado á la memoria del príncipe de nuestros actores contemporáneos, del artista dramático mas grande que ha pisado la escena española, del inolvidable y nunca bastante llorado Julian Romea. ¿Qué dirá hoy cuando la muerte arrebatara á nuestra patria al rey de sus poetas cómicos, al Tirso de Molina del siglo XIX, al glorioso Breton de los Herreros, cien veces laureado en cien inmortales comedias? Los que hemos vivido al lado de este gran hombre, de esa honra de España, que durará lo que dure el habla de Cervantes, por mucho que le admiremos, por mas entusiasmo que por sus obras sintamos, nunca podremos abarcar con la mirada toda la extension de su grandeza. ¡Como en lugar de llamarnos *discipulos* nos apellidaba *compañeros* al alargarnos familiarmente la mano que habia escrito *Marcela* y *Muérrete* ¡verás, quizá la soberbia nos ha hecho alguna vez creer que podriamos aspirar á tomar puesto en las filas en que él formaba, olvidando que el autor de *¿Quién es ella?* sentó plaza desde el primer día en que cogió la pluma en ese escuadron sagrado, cuyos soldados se nombran Lope, Gabriel Tellez, Guillermo de Castro, Alarcon, Moreto, Calderon, Rojas, Moratin, Hartzenbusch ó Garcia Gutierrez!

Extraordinario fué aquel gran período teatral del siglo XVI; pero aunque parezca ahora atrevida y hasta quizás absurda idea, no lo es ménos este á cuya agonia estamos asistiendo. ¡Orgullosa puede estar, España,

que ha visto en nuestra época reverdecen en sus teatros los laureles que se habían agostado en los antiguos y venerables corrales, y más orgullosa si piensa que el siglo XIX ha producido el primer poeta cómico del mundo, que ese es sencillamente D. Manuel Breton de los Herreros, genio sin rival, cualesquiera sean la nación y el período literario en que se le busque.

Tiempo es ya de que admiremos un poco menos lo extraño y volvamos la vista á lo que dentro de casa brilla y resplandece; tiempo es ya de que dejemos á un lado esa malhadada modestia nacional que nos hace pequeños á nuestros propios ojos, porque la modestia, que es una virtud en los individuos, es un crimen de lesa patria en las naciones. Si la Francia tuviera un Breton de los Herreros, ¿á qué rincón del mundo no habría llevado el eco de su fama?

Breton ha muerto. El hueco que al bajar á la tumba deja en la falange literaria, no se llenará. Dos siglos ha necesitado España para dar este sucesor á Tirso de Molina; tal vez en otros tantos no logre engendrar un hijo que suceda dignamente á Breton de los Herreros.

Tal es la magnitud de la pérdida. ¡Y pensar que en todos los ramos del saber las estamos experimentando iguales cada día, sin que aun en lontananza asomen los que han de reemplazar á los grandes hombres que nos dejan! «¡Los dioses se van!» decía hace cinco años en las columnas de este periódico el que ahora stampa la misma frase en ellas. ¡Ay pobre patria mia! si vivo otros tantos, tal vez con el alma desgarrada tenga que escribir: ¡Los dioses se fueron!

Ayer oía los pasos de la decadencia que lentamente avanzaba para enseñorearse de nuestro suelo: hoy siento un pié de plomo que con inmensa pesadumbre nos aplasta. ¿Como sacudir el yugo de su tiranía?

Como lo sacudió esa generacion de titanes á que Breton pertenecia: inspirándose en el amor de la madre patria y sacando de esa inspiracion santa, la fé entera, el entusiasmo perdurable que formó su vida; fé y entusiasmo que nos legó como sagrada herencia y que nosotros, hijos indignos, hemos disipado en el lupanar de la política y en la ruleta de los partidos.

LUIS DE EGUILAS.

UNA APUESTA.

Está linda como los amores.

Al entrar á mi salon camina con un aire que *prende*.

— Insiste Vd. — me dice.

— Insisto.

— Pero, si no lo podrá Vd. hacer.

— Digo que sí.

— No sabia que tenia Vd. las condiciones del burro.

— Señora!

— Y como no decirlo? Si Vd. sostiene un imposible!

— Para Vd.

— Que hombre!

— Que muger!

— Es Vd. insoportable.

— Y Vd.?

— Yo.....

— Si, Vd.

— Yo..... yo..... soy un ángel.

— Sin alas.

— Y ¿Cree Vd. que solo los que las tienen, vuelan?

— Eso no, señora: conozco ángeles que vuelan sin alas.....

— Por ejemplo?

- No es del caso. Pero, no cambie Vd. de conversacion.
- Y entonces?
- Y entonces vamos á nuestro asunto.
- Y bien.
- Insisto en lo que he dicho.
- Y yo tambien.
- Con eso no adelantamos nada.
- ¿Como zanjamos la cuestion?
- Pienselo Vd.
- A Vd. le corresponde.
- *C'est trop fort.*
- Francés tenemos.
- Es natural: si no le puedo á Vd. convencer en español.....
- Quizá me convencerá Vd. en francés. ¿Verdad? si no alcanza un cañonazo, que le tiren dos.
- Y despues?
- Ese sí que és argumento!
- Acabemos.
- No siempre se acaba cuando se quiere!
- Que hombre!
- Que muger!
- Sabe Vd. que és el Rey de los impertinentes?
- En cambio de *sér Rey*, aunque sea de los.....
- Tontos!
- Mil gracias.
- No hay de qué darlas.
- Que monada.....
- Señor *Orion*.....
- Concluyamos.
- De qué modo?
- Propongo un medio.
- Veamos.
- Apuesto con Vd. á que hago lo que le hé dicho anoche.

- Y si Vd. pierde ¿pagará?
- Tamaña ofensa?
- Los hombres son tan tramposos.
- Por imitarlas á Vds.
- Favor que Vd. nos hace.
- Y que lo merecen!
- Segun Vd.
- Es la opinion de un caballero. Pero ¿Acepta Vd. ó no, la apuesta?
- Convenido. ¿Qué apostamos?
- Una docena de guantes.
- Tengõ muchos.
- Un hermoso *bouquet*.
- Porque no dice Vd. claramente, *ramo?*
- Sea ramo.
- Las flores me marean.
- Melindrosa.
- Soy muger.
- No lo dudo.
- Era lo que faltaba.
- Nada es imposible en el siglo del *gato por liebre*, y de los hombres como Pancho Esteves.
- Que horror!
- Que tiene Vd.?
- Me ha hecho Vd. temblar.
- Porqué, señora?
- No recuerda Vd. aquellos versos de Marmol que empiezan así:
 - « Te nombraran las madres á sus hijos
 - « Cuando asustarlos en la cuna quieran?... »
- Y bien?
- Pronunciando ese nombre, Vd. me ha espantado...
- El de.....
- Por Dios! no lo repita Vd.: me daria un ataque de nervios.
- Pobrecita!

— Se burla Vd.?

— Y ¿quien lo haria de una belleza semejante? Apostamos, ó no.

*Questa barba maledetta,
La facciamo, sì o no?*

— Y me compara con Don Basilio!!

— Jamás, amiga mia.

— Bueno, apostemos.

— El qué?

— Dígalo Vd., *Orion*.

— Y no se enfadará Vd.

— Y porqué?

— Es que.....

— Tan extraordinaria es la apuesta?

— Como valor para mí, si la gano, sí.

— Y para mí?

— No.

— Diga Vd.: espero.

— Sin enfadarse?

— Lo prometo.

— Y cumplirá Vd.?

— Tamaña ofensa.

— Donde las dán, las toman.....

— Veamos.

— Pues bien: si Vd. me gana, le doy el *Paraiso Perdido*, ilustrado por Gustavo Doré.

— Y si pierdo?

— Usted me dá.....

— Acabe Vd.

— Usted me dá..... un beso.....

Bajó los ojos. No dijo una palabra. Me acerqué á ella, y tembloroso estampé mis labios en su frente.

— Como! ¿Se paga Vd. ya sin haber ganado todavía — me dijo con dulzura.

— Es que ya he ganado.

— Imposible.

Usted misma será juez, y desde ya me someto á su fallo.

— Veamos.

— La apuesta que hicimos era esta: á que yo escribía seis ú ocho cuartillas de papel, *sin decir nada, sobre tema ninguno*; pero que se pudiesen leer. Aquí están las cuartillas. ¿He ganado ó no?

La bella leyó, y con aire encantador me dijo:

— Sí! y en prueba de ello pago doble — y me dió otro beso.

A GREGORIO GUTIERREZ G.

EN LA TUMBA.

Jugando con las cuerdas de una lira, niño aun, con la sonrisa en los labios i como movido por una tentacion, le arrancaste con sorpresa notas desconocidas i dulcísimas que encantaron á los que te oian, y por eso te llamaron poeta y te pidieron versos.

Jugando con las miradas de una niña, con la sonrisa en los labios y buscando el placer en la inocencia, sentiste con sorpresa el corazon palpitar; y amando cual ninguno, le ofrendaste talento, juventud, gloria y fortuna.

Jugando con las flores de la vida, y siempre riendo, gozaste sus perfumes; mas curioso, pidiendo siempre olores y placeres, te encontraste al fin con el dolor.

Con el dolor jugando, apuraste a torrentes su amargura: la sonrisa de tus labios huyó; tu corazon se estremeció, tus ojos se hundieron al peso del espanto; el infortunio te arrancó sublimes quejas; tus lágrimas empaparon tus versos, y el mundo que te admiraba dichoso, te idolatró como cantor de la desgracia.

Quien tu llanto secó? Quien volvió á tu corazon la perdida y venturosa calma, y á tus labios la sonrisa

festiva? Ah! Fué tu Julia. Esa mujer que hallaste jugando en tu mente con los ángeles, y con la cual, jugando á la ventura humilde y retirada, pasaste dichoso el resto de la vida.

Jugando con la muerte, esta te tocó con su dedo de hielo; tu corazon se paró mudo; tu mirada quedó fija y apagada en Julia; y la sonrisa de tus labios se hizo dura como el pliegue de una estatua de mármol. ¡Estabas muerto!

Así, tu vida y tu muerte fueron solo un juego que jamas tomaste á lo serio, y que jamas miraste con los ojos con que los otros mortales las contemplan. Y sin embargo, no ha habido una existencia mas preciosa que la tuya; jamas el árbol de la vida fué ajitado por mas rudas tempestades; nigung corazon fué cual el tuyo, fuente fecunda de toda noble inspiracion; ninguna alma se elevó como la tuya para beber en el éter la armonía; nadie tuvo tu jenio, nigung cantor tu voz, nigung hombre tu amor, nigung filósofo tu virtud, nigung santo tu fé y tu resignacion para morir.

Fué tu existencia estrella aislada que en el campo azul lucia, sin envidia del sol: que al mecerse en el espacio derramaba la claridad de una luz nueva, dulce, brillante y melancólica; y que al hundirse ha dejado una impresion de grandeza y de pena, como la que deja siempre el ocaso de un astro.

Tu vida fué un gran romance del alma: de esa tu alma noble, siempre dispuesta á amar y á apasionarse por lo bello; sencilla como la flor que te inspiró los mas delicados de tus versos; llena de luz y de perfumes; pero alma móvil y flotante, que iba de una en otra ilusion hallando escollos; que vivió en una especie de éxtasis poético sin la virtud varonil del sufrimiento, ni fuerzas para sentir livianas sus cadenas, y que viendo con desden las coronas del mundo, jamas se deslumbró con su grandeza.

Recibiste el jenio como una intuicion, como una revelacion espontánea de la gloria; y como pródigo la herencia de diamantes, de la que indolente arrojabas algunas chispas què deslumbraban á la multitud.

La poesía fué para tí alba que iluminó la mañana de tu existencia; crepúsculo que santificó la hora de tu muerte; facultad inspiradora y vivificante de todas las acciones; maga encantadora que siempre guió tus pasos, pérfida a veces llevándote al dolor, sublime siempre para acercarte á Dios.

Tus versos, fáciles y suaves, encantaban á los niños; el pueblo los comprendia y los escuchaba deleitado; las madres se los enseñaban á sus hijas; y por veinte años fuiste el gran seductor de los salones, el mago omnipotente que levantaba palacios en las hojas del álbum de una vírjen; la admiracion de los literatos, y el orgullo de Antioquia. Porque todos los sentimientos sencillos del alma humana fueron por tí interpretados en versos que brotaban fáciles i armónicos de tu alma, como las ondas de una fuente. Himnos de la mañana ó de la tarde; oracion del niño al despertar; embriaguez del amor ó la hermosura; cánticos de felicidad; culto rendido por el corazon á la tierra natal; ilusiones nacidas y apagadas; relijion del hogar y la familia; piadosas tradiciones de la madre; tristeza, amor y fe; lo que todos sienten y todos aman, transformado en poesía por tí. Y tus versos eran como el variado vuelo de un cisne en torno del lago comun de la existencia, describiendo círculos sagrados en lo más alto de los aires, pero sin alejarse nunca de las orillas donde sus hermanos se encantan contemplándolo.

Y ya, sin que las plegarias ni las lágrimas de Julia hubiesen podido impedirlo, como la luz se estingue, la onda se consume, el perfume se evapora, la flor se marchita y la hoja cae, tu vida la arrebató en sus

alas el tiempo; y todo faltó de una vez, jenio, corazon, sueños y versos. Pero ¿qué importa, si queda el porvenir para tus versos, y la gloria, á quien jamas acariciaste en la vida, viene ahora á acompañarte en el sepulcro?

¿Es la muerte tan espantosa como el hombre la cree, ó con frente serena, como tú, puede aguardarse? ¿Es la eternidad luz ó tinieblas? ¿Se vive allá, ó fué un sueño tu fé? ¿Y el espacio sin límites y el tiempo sin medida, son nada para el que muere? ó eternamente jóven, canta, sueña delira y vuelve á amar? ¿No hay un lazo de flores, un rayo de aurora, una voz de tu lira mística y sagrada, que pueda unir mi llanto á tu existencia?

Déjame que en la noche misteriosa, y al repetir unido á tu recuerdo este, de tus versos el mas serio,

« Comparad el *bebamos!* de una orjía

Con el *Jesus!* gritado a un moribundo »,

déjame, te pido, oir un eco de la lira que pulses allá, donde el poeta no sueña, sino que canta la verdad.

MEDARDO RÍVAS.

¿Conocen Vd. lo que en el mundo se llama, *reputaciones consagradas*?

Son simplemente individuos, que sin valer un comino, sin « saber leer en carta », como decia el doctor Velez, al saber que cierto amigo mio habia sido nombrado senador al Congreso, consiguen que se les tenga por unos Cicerones, hasta el dia en que un hombre que no aguanta pulgas, les arranca la careta, y los presenta *como son*.

Algo parecido pasa con lo que se ha dado en llamar, la *moda de Paris*, especie de *comodin* inocente de cuanto farsante quiere hacer un negocio, contando, no ya con la crédulidad, sino con la imbecilidad de los que por acá abajo, comen porotos, admiran la cara de *remolacha* de Pancho Esteves, leen una poesía del Dr. Don Jacobo Ay de Mendoza, y hacen un programa politico.

Entretanto, no hay nada mas incierto que eso de creer que en Paris existen *modas*, y de que, en la moderna y bulliciosa Atenas se hace, ó se usa, ó se lleva nada, que pueda decirse que es la *moda de Paris*.

Gran mentira que solo aprovechan los *vivarachos*, en perjuicio de los tontos.

Si se trata de un vestido de señora, efectivamente, Wolff, especie de *Maricon* modisto, que viste la gente de copete, y la que dá tres ó cuatro mil francos por un traje cualquiera, inventa un *corte* mas ó menos caprichoso.

Cora Perle, en el Bosque, ó la Pierson en el *Gimnasio*, lucen y ostentan el nuevo traje, que al dia siguiente, pide, y obtiene carta de ciudadanía en el mundo de la *moda de Paris*.

Pero ¿adoptan *todas* las mugeres ese traje?

¿Se hace general?

Nada de eso, lectoras del alma: unas cuantas, diez, veinte, cien damas, Aspacias, o Juanas de Arco, se someten al capricho del *Maricon*; pero, cien, mil, ni por entendidas se dan de la *nueva moda*, que sin embargo, los exportadores nos mandan como *la moda de Paris*.

Y como sucede con los vestidos, sucede con todo cuanto se hace, fabrica, lleva y usa en Paris, que es el pueblo ménos aparente para crear nada, que se pueda llamar la *moda de Paris*, por la sencilla razon de que en su seno hay tantos gustos y pareceres, como hay modistas, sastres, zapateros, sombrereros, *cocotas*, y damas del gran mundo.

La verdadera moda de Paris, es que no hay moda: que cada cual se pone lo que le agrada, sin cuidarse del gusto de los demás.

Hoy dia, por ejemplo ¿como se vestiria un hombre, en Buenos Ayres, Montevideo, Carácas, ó Lima, *á la moda de Paris*?

En el género pantalones los hay de dos clases: unos que parecen *bombillas*, y los otros que disputan los honores a la mas amplia *bombacha*.

¿Cual de los dos está á la moda?

¿A cual de esa *especie* de pantalones se puede llamar *moda de Paris*?

A los dos, y á ninguno; porque cada cual lo usa como mejor le place.

Y con los sombreros, *biombos*, *galeras*, ó como se quiera llamar al andamio que ostentamos en la cabeza, ¿qué pasa?

¿Hay alguien que pueda decir, que en materia de sombreros, usa uno á la *moda de Paris*?

¿Cual sería esta?

¿Los chatos, los largos, los de ala derecha, los de ala enroscada como viruta, los puntiagudos ó los gordos?

En Paris no hay cien individuos que usen un sombrero de la misma forma, y el viagero que se sienta en una silla del *Boulevard de los Italianos*, contemplando aquella inmensa ola de gente que se agita allí sin cesar, se divertiria con la diversidad de sombreros que usa cada paseante.

¿Cual es, de todos ellos, el que está á la *moda*?

Ninguno; porque en Paris no *hay moda* sobre nada, y porque la *etiqueta* que fuera de su seno se lee por do quier, con la frase consagrada: *moda de Paris*, es un anzuelo para los necios, que se pagan de esas vanidades.



Ha habido escépticos que han dicho: « *la amistad come todo sentimiento, tiene por móvil el egoismo* ». Sin convenir en nada con tan absurda proposicion, debo observar que siempre he tenido especial cuidado en llevar muy buena amistad con cocineras y boticarios: estos pueden envenenar sin saber, aquellas sin querer.

Como con la intencion puede bastar, creo que no se debe culpar á una vestal del arte culinario, que por falta de tacto convierte deliciosas longanizas en digestivo carbon; ó bien, para abreviar el trabajo, siembra en el indispensable hervido, toda la sal que debia haber distribuido en los numerosos cuanto sólidos platos que componen nuestros almuerzos cotidianos. Más culpa y anatema deben caer sobre aquellos que despues de reconocerse inútiles para toda especulacion, quieren ocultar la escasez de su ingenio detras de sendos potes de basilicon, jabones de Coudray y cepillos para dientes.

El arte de la farmacia, tan escabroso de por sí, es para ellos un juego de niños. Todo se reduce á leer y escribir tan solo en español. Pero, y el latin? Como

harán para satisfacer á las recetas de ciertos doctores que escriben esta lengua para hacer creer que la saben? Bobera; nuestro boticario no ha tenido necesidad de secarse la garganta gritando como un loco por los corredores de su colejo: « *Maçula sunt maribus* » y otras tantas cosas que deben ser verdad, pues están en letra de molde; pero que nunca sabe uno lo que quieren decir cuando aprende en nuestras aulas el lenguaje de Virgilio. Sabiendo leer aproximativamente los caracteres trazados por la mano del discípulo de Esculapio, le bastará confrontarlos con los letreros de los potes para desempeñar dignamente su encargo.

Verdad es que así pueden suceder algunos chascos; pero el error es inseparable de la condicion humana.

— *Ernesto, tráeme el frasco de sulfato de soda*, dice el amo de la botica, hombre ya maduro, cuyo vientre revela el estado siempre floreciente de sus negocios, y que á través de unas antiparras que cabalgan sobre su hermosa nariz, se esfuerza en descifrar un récipe tal cual enmarañado.

El interpelado tan diligente como bruto, se precipita á la trastienda, y habiéndola hecho con los potes que encierra, vuelve diciendo que no encontraba lo que no se habia perdido.

— Es imposible, dice el farmacéutico: acabo de verle en el último tramo de la derecha.

Reiteró el servicial mozo su visita escudriñadora y aseguró nuevamente su asercion.

— Pero dime por Dios, qué contiene el pote que te he indicado?

— Está lleno hasta la boca de naturaleza sulfúrica, respondió aquel que habia leído su rotulo concebido así: « *Natrum sulfuricum* ».

La equivocacion puede ser de mas trascendencia. Ernesto toma granos por gramos, sulfato de estriocina por el de quinina, envenena á dos ó mas pacientes que

felizmente se salvan evitando aquel el merecido castigo, gracias á la amistad y consideraciones que se guardan al amo de la casa.

Y en toda justicia, ¿qué culpa tiene el infeliz muchacho si su patron ha hecho otro tanto y no debe su posicion sino al haber ejercido la farmacia muchos años, como si el no saber una ciencia por largo tiempo fuera un motivo para poseerla?

La farmacia es el arte de preparar los medicamentos. Pero un arte que saca sus materiales de numerosas clases de cuerpos ó seres naturales, exige de parte de todo aquel que quiere ejercerlo, gran número de conocimientos en ciencias, que aunque accesorias son indispensables.

La historia natural describe todos los seres y los cuerpos que existen en la naturaleza; y por lo tanto se divide en zoología que estudia los animales, en botánica las plantas, en mineralogía los minerales; acompañada en sus principios jenerales con la geografía es de primera importancia para el farmacéutico, pues de este modo puede no solo distinguir los simples en sus diversas especies, sino que sabe tambien escogerlos segun la calidad de su oríjen.

La física y la química le enseñan á preparar los medicamentos por la union de las drogas simples.

Estos estudios deben coronarse con un conocimiento estenso sobre la accion de los medicamentos en el organismo.

El latin y el griego no dejarán de serle muy útiles: el primero para conocer el oríjen de las voces técnicas, el segundo para lidiar con tanto médico majadero que dice *mica panis*, por miga de pan.

No se crea que don Atanasio el digno amo de Ernesto, se esforzó siquiera en pellizcar algo de los conocimientos indicados. Nada de eso; el pobre hombre no conoce de latin sino el « *memento homo* » y otras

frases del mismo calibre que ha oído decir al cura en los numerosos entierros de clientes á los que ha asistido por bien parecer. En materia de botánica conoce al vuelo la borraja, la linaza y sobre todo la lechuga, que en ensalada es para él un bocado de cardenal.

No deja de usar de los conocimientos que no tiene en materia médica; la prueba es que las mañanas receta y administra á las verduleras que vuelven del mercado, sendos vomitivos, purgantes y refrescos de Seidlitz para dulcificar la sangre y contrarestar un mal estado general que suele ser síntoma precursor de frioleras, como fiebre tifoidea, vómito negro, etc., pero que provienen segun don Atanasio, de que el estómago debe purgarse á épocas fijas, lo que produce en la máquina humana el mismo efecto que el aceite en las de vapor.

Don Atanasio hace tambien como si fuera químico: lo ha probado con numerosos análisis de aguas mas ó ménos minerales, en las que ha hallado sales en proporcion mayor de la que el agua puede disolver.

Pero si algo hay verdaderamente curioso en la historia de tan digno personaje es el modo que empleó para establecerse en el lucrativo oficio de boticario. Falto de conocimientos, se halló en la imposibilidad de escojer y aun de saber los productos que mas se espendeden á causa de su importancia. Felizmente para él corre en el mundo un volúmen impreso que contiene el catálogo de la farmacia Menier de Paris, en el cual se clasifican por listas los surtidos de farmacias segun su precio. Don Atanasio escogió la que mejor se avenia con sus fondos, é hizo el pedido, advirtiéndole que los rótulos debian estar en lengua latina.

Una vez en posesion de su ajuar apeló al cura para con su colaboracion traducir los letreros y formar una clave que le sacó siempre de apuros. Es de advertir que don Atanasio ha hecho venir de la zona templada

plantas y frutos oriundos de nuestros climas, pero á él qué se le importa, si el paciente es quien paga derechos y trasportes?

El negocio de don Atanasio no se limita á esponder lo que de Europa recibe, sino que se entrega además á algunas fabricaciones como la de aceites un tanto perfumados, la preparacion de pinturas y otras *ad latere* de la farmacia, tal como se practica entre nosotros.

Gracias al negocio bosquejado, don Atanasio hará fortuna, y la hará tambien Ernesto, pues desgraciadamente todos nos enfermamos, llamamos médicos y compramos remedios.

No crea el lector que he querido criticar en este artículo un arte que se liga con ciencias que son base de los adelantos del siglo.

He sido farmacéutico (tengo orgullo en decirlo) en otros tiempos y otros lugares; por lo tanto me creo en aptitud de pesar y comprender lo delicado de una profesion tan azarosa, y extraño y me desespero al verla tan descuidada entre nosotros.

VICENTE MARCANO.

— Hay mujeres que se parecen á la *Fé de erratas*: revelan los errores sin que nadie se los pregunte.

— El amor hace desconocer el derecho que por la naturaleza tienen los padres sobre los hijos: pero siempre reconocen los hijos el amor que tienen los padres á este derecho.

— Para ser dichoso es necesario morir: así, el que se alaba de ser feliz, es un infeliz indigno de alabanza.

— Para persuadirnos del poder del amor es necesario volverse loco y recobrar la razon despues de largo tiempo de haberla perdido. El tiempo que pasamos enamorados es como este lapso de locura.

— Una antigua tradicion dice que el diablo se suelta el dia de San Bartolomé: ignoramos en qué se funde este aserto; lo que podemos asegurar es, que si alguna vez se suelta se aprisiona inmediatamente en el cerebro de la mujer.

— La libertad mal entendida conduce al hombre á la locura, la locura al crimen, y el crimen al cadalso.

— El que no es virtuoso no puede pretender un puesto en el reino de la felicidad.

— Para amar á una coqueta es preciso tener el corazon del lado derecho.

— La mujer es el instrumento en que el hombre entona himnos al amor.

— El amor es como la pólvora: se inflama con el fuego que devora á los amantes; y despues de la explosion, si algun residuo queda, es el recuerdo, pero en incombustible.

— La mujer casada es una propiedad del marido: si ella negare este aserto, exíjasele que lo firme, y se verá que con su propia firma se contradice.

— Si por no imitar á los antiguos, que tomaban largos tragos en la fuente del Belerofonte, los hombres de hoy no se meten entre pecho y espaldas dos *cokteles*, huirá de ellos la inspiracion y serán entónces incapaces de concebir expresiones sublimes, ni de comprender las grandes verdades que encierra la naturaleza.

— La embriaguez es el mas detestable de todos los vicios, porque transforma al hombre en un ser indomable y digno del desprecio universal. En apoyo de este juicio diremos que la razon es lo que hace distinguir al hombre de los demas animales.

— Un Diputado puede ser burro, pero un burro no puede ser Diputado.

TIRABEQUE.

EN UN ALBUM.

Hay en el prado, cándida y lozana,
Una flor pura que risueña crece
Y que en su hechizo mágico parece
Un encanto y belleza sobrehumana.
Al recibir la luz de la mañana
Su cáliz de oro claro resplandece
Y el céfiro halagüeño que la mece
Besa sus hojas de luciente grana.
En torno de ella tímido volando
Sus amores le canta el manso viento
Y el ave le regala una armonía.
¡Cuan dulce es aspirar su aroma blando
Que trae al alma celestial contento
Y al corazón de amores extasia!
Mas ¿esa flor?... tú eres la flor, María,
Y su belleza, mas que el alba pura,
De tu suave candor es la hermosura.

MANUEL ANTONIO HURTADO (chileno).

Dolora.

I.

- Tú lloras, madre querida!
— Sí, pobre ángel!
— Y porque?
— Hay un libro que se lee
En la noche de la vida.
En él es fuerza estudiar
Lo que por sufrir nos resta,
Y una lágrima nos cuesta,
Cada página al doblar!
¡Ay! — cuanto su estudio helado
Nos pueda hablar al oído,
Hija mia, lo he sentido.....
¡Si supieras como he amado!
— Y en su leyenda hay amor!
— Sí; que en él ha escrito el hombre!
— Y tiene ese libro nombre?
— Su título es..... *El Dolor!*
¡¡ Virgen corazón!!

— Las dos
 Le leeremos sin enojos.....
 — No! — que el llanto está en mis ojos,
 Y todo me dice *adios*.
 Dame tu frente un momento,
 Y aspiraré en mi inquietud,
 Perfume de juventud
 Y virgíneo sentimiento.
 ¡ Porque se cirnió el arcangel
 Sobre mi vida al pasar!
 Pero..... no..... temo manchar
 El santo pudor del ángel
 No ames jamas!... en el suelo
 Los hombres te rodearán
 Como rodea Satan
 Las puertas de Eter del cielo.
 — Yo no he leído jamas
 Esa historia.....
 — Es muy sombría.....
 No la busques hija mia
 Que al fin tambien la leerás.
 En ella aprendí á sufrir,
 Y cuando dejé de amar,
 Yo la abrí..... para llorar!
 La cierro..... para morir!

II. ■

Es la tarde..... tibia luz
 En moribundo desmayo
 Con lánguido y postrer rayo
 Besa trémula una cruz.
 Allí.... al ténue resplandor
 Se vé un ser que desespera.....

Viene á abrir por vez primera,
 Las páginas de *El Dolor*.
 La que casta vírgen fué
 Trae mustia la frente ahora,
 Y posa su labio, y llora,
 Sobre lo que hoyó su pié!
 ¡ Todo el tiempo lo derumba!
 Solo Dios puede escuchar
 Lo que un ángel viene á hablar
 En secreto con la tumba.
 ¡ Pajinas del desencanto,
 Riega un llanto sin amor!
 Solo alienta aquel dolor,
 De Dios, el ábito santo.
 — ¡ Madre mia! — ¿ Me has oido?
 ¡ Esplicame el libro cruel!...
 Yo vengo á llorar sobre él;
 Porque todo lo he perdido.
 Junto al altar del dolor
 Se alzó de mi amor la hoguera!
 — Hija mia! — ¡ quien supiera
 Lo que es el ultimo amor!,
 — De ese libro del sufrir
 Madre! — ¿ que debo esperar?
 — Abrirlo..... para llorar;
 Cerrarlo..... para morir!

ANTONIO DIAZ.

Al Progreso.

Oh! tu, *progreso*, siempre ambicionado,
Cuya preciosa y refulgente aurora,
Contempla el hombre de placer colmado
Cuando sus patrios horizontes dora.
Do quiera con afan yo te he buscado,
Y voy en pos de tí, hora tras hora.
Feliz, y muy feliz el ser humano,
Que reciba tu bien tan soberano.

Oh! yo te adoro: — de mi amor la palma,
Te ha dado mi temprano corazon:
Por tí, delira sin cesar mi alma.
Hácia tí me dirige la razon.
Ay! yo no puedo disfrutar de calma.....
Es tanta, y tan ardiente la pasion
Que me lleva hácia tí, que eternamente
Fijo estarás en mi cansada mente.

Empero, si te adoro — si te anhelo,
Si el objeto eres tú de mi ambicion,
Si cual ave jigante alzara el vuelo
Subiendo osado hasta la azul rejion,
Yendo a buscarte hasta el empireo cielo,
Por alcanzar el bien de tu adhesion,
Es por amor á aquella patria hermosa,
Que es mi madre querida, y es mi diosa.

A Colombia, que tú favoreciste,
 La esclavitud en ella destruyendo.
 La primera en el sur que protejiste
 Un gobierno civil constituyendo.
 A la primera, si, que sonreíste
 El cadalso feroz, allí aboliendo
 Con que el fatal tirano acá en el suelo,
 Un derecho sagrado usurpa al cielo.
 La que también sus puertos los abrió
 Al comercio del mundo en sus Estados.
 Y la primera que su suelo vió
 Por los férreos vagones transitados.
 La que también sus aires contempló
 Por los hilos eléctricos cruzados.
 Colmando así de gloria y alegría.
 Al caro suelo de la patria mía.
 No abandones mi patria, no te ausentes
 Oh, progreso, del suelo colombiano!
 Mira que hay allí, pechos ardientes,
 Que rechazan el cetro del tirano.
 Es allí, donde son independientes,
 Y allí, no encontrarás; pues, ser humano
 Que libre donde quiera no le mires,
 Dispuesto a ejecutar lo que le inspires.

FEDERICO E. REDONDO Y ALVAREZ.

Acabamos de comer con Julio de Clarétie, el fecundo escritor que cada día vá conquistando mayor fama.

Estamos en un pequeño gabinete de la *Maison Dorée*, es decir, en uno de estos templos de la prostitucion, de la licencia y del libertinage de Paris, donde los *tontos* convidan á una de esas mugeres de mármol, cuyas sonrisas duran miétras el Autenor tiene *luisés* en el bolsillo, y billetes de banco en la cartera.

Il va sans dire, que estamos solos, y que nos hemos refugiado allí para comer bien, y poder charlar tranquilamente.

Se habla de todo un poco: de literatura, de política, de América, y de los *cancanes* del día.

En ése momento el que se pasea por todo Paris es el que dá cuenta de la imbecilidad de Duval.

Este es el hijo de Duval el del *Bouillon*, conocido así por haber sido el propietario de varios *restaurant*, que se llamaban tal.

Á fuerza de rudo trabajo, Duval acumula una gran fortuna que, como sucede casi siempre, así que espicha, el hijo empieza á derrochar, sin ton ni son.

En su camino encuentra á la famosa *Cocota* Cora Perle, mugerzuela, que no solo nada tiene que pueda

nteresar á ningun hombre, sino que por el contrario, es soberanamente indigesta, antipatica, y hasta repugnante ante.

Los ingleses, que en materia de extravagancias ocupan el Olimpo, sin que nadie les pueda quitar la plaza, la han puesto á *la moda*, dejándose desplumar con su flema habitual.

Duval se dejó tentar, y aunque Cora no pueda compararse con otra Eva, el muy cantimpla creyó en las protestas de su amor.

Bref: en unas cuantas semanas lo dejó limpio como una patena.

Cuando la Aspasia se apercibió que los *luisés*, y los billetes empezaban á escasear, hizo lo que esos demonios, hacen á cada momento, sin remordimiento ni pudor: le indicó la puerta de la escalera, y lo despachó con la música á otra parte.

Gran drama sentimental.

Duval no puede tolerar tamaña afrenta: está locamente enamorado (de Cora Perle!!!) y quiere suicidarse.....

Toma el *revolver*, y se dispara un par de tiros, que no le matan, dando lugar á que todos se burlen de él, y le tomen por un *cantimpla*.

Este era uno de los tópicos de nuestra conversacion, á los postres.

— ¿Conoce Vd. á *Saxon*? me pregunta Clarétie.

— No.

— Y si hiciésemos un paseo hasta allá?

— Me parece una gran idea. Es donde se juega ¿no?

— Precisamente.

— A mí siempre me han divertido los *salones de conversacion*, como se llaman á las casas de juego en Europa. Para quien puede sér espectador frio, sin someterse al imperio de esa pasion fatal, de sus alegrías, de sus impaciencias, de sus ansiedades, de su

coléra y desesperaciones, hay allí un cuadro digno de observacion y estudio. Concertemos, pues, nuestro viaje, que haré de mil amores, ya que en *Baden* no se juega mas.

— Como *Baden* era una especie de pasion para muchos franceses, casi estoy por creer que al suprimir los juegos allí, los prusianos han querido aplicarnos un nuevo castigo.

— Quizá. En cuanto á mí, juro á Vd. que cada vez que yo iba á *Baden*, gozaba inmensamente.

— Y era Vd. feliz?

— Una vez hice *saltar* la Banca. En ménos de una hora, gané setenta mil francos.....

— Los conservó Vd.?

— No. En vez de haberme retirado con mi beneficio, me quedé hasta el siguiente dia, y por cierto *entétement criollo*, perdí cuanto habia ganado, mas diez mil francos de mi peculio.

— Veámos, colega: cuénteme Vd. como fué eso.

— La cosa es sencilla. Hacia como una hora que yo contemplaba el juego sin tomar parte en él. De repente me vino, eso que llaman inspiracion, y puse á la *Colorada* un billete de mil francos, y gané!

La *Colorada* habia pasado unas cuantas veces, y por consiguiente yo seguia ganando siempre.

En este momento apareció un personaje de tipo ridículo: inmenso *abdomen*, cara mal *engestada*, y un par de ojos que se disputaban sin piedad ni miramiento, y preguntando cuantas veces habia pasado la *Colorada*, tiró seis mil francos sobre el tapete verde.

Esa suma era el *máximum* que se podia jugar en *Baden*.

— Lo sé!

— El banquero observó entónces al individuo que no podia aceptar su *parada*; porque yo tenia la *mano*, y estaba jugando *fuerte*.

— Y eso ¿qué me importa á mí? — contestó aquel *estafermo*, en medio de la admiracion de todos los presentes. — Yo vengo aquí todos los años, pierdo uno ó dos millones, y tengo el derecho de apostar lo que quiera.

— Perdone Vd. caballero — le contesté yo — aquí hay reglas establecidas y todos *debemos* someternos á ellas, sea cual sea la suma que juguemos.

— Me conoce Vd. por ventura?

— No tengo ese honor, caballero.

— Pues sepa Vd., que yo soy *Mustafá Pachá*, y que tengo dinero para comprar á todos los que se hallan aquí presentes.

— Lo que no quita que Vd. sea un impertinente.

— Caballero.....

— Y un malcriado.

— Me dará Vd. una explicacion.

— Lo que Vd. quiera, y en el terreno que Vd. elija.

Ya comprenderán Vds. el efecto que lá escena produjo en aquel sitio, donde, durante las horas del juego, no se oye mas voz que la del *banquero*, ni mas ruido que el del oro que corre en la mesa. Como era natural, todo el mundo me dió la razon, incluso el *inspector*, que vino llamado á dar su fallo.

Entónces, cediendo á una *de las nuestras*, pues en América se hacen las cosas de muy distinto modo que por acá, cuando se trata de cuestiones de dinero, le dije al tal *Mustafá*:

— Ahora que se me ha reconocido mi derecho, y se me ha dado la razon, no quiero seguir jugando á la *colorada*: puede Vd. hacerlo.

El sin vergüenza no se lo hizo decir dos veces; tomó seis mil francos y los volvió á poner en la *colorada*.

Los demas jugadores se indignaron, de lo que mi hombre aparentó no apercibirse.

Entónces yo, que estaba ya con los nervios un tanto

alterados, *cambié de color*, y puse un billete de mil, *á la negra*.

Tiraron las cartas, y la *colorada* volvió á ganar.

La operacion se repitió once veces, y once veces perdió la *negra*, y once veces siguió ganando la *colorada*, y once veces perdí yo, y por consiguiente, once veces ganó *Mustafá* lo que debiera haber venido á mi bolsillo. Y aquí tiene Vd. la solucion de aquella aventura, de que hablaron entonces todos los diarios de Paris.

— *Parbleu*. Lo recuerdo perfectamente; pero, al dar cuenta del incidente no lo nombraban á V. : se hablaba de un *principe montenegrino*.

— Ni más ni ménos. La condesa de Castiglione no sé de donde sacó que yo era un príncipe montenegrino. La voz empezó á circular, y sin la rectificacion que mandó mi amigo Méry al periodico *Les Guepes*, de Alfonso Karr, hasta hoy habria pasado yo por un *hombre de raza*.

— Me gusta la aventura; pero supongo que, *si vous étiez à recommencer, vous ne le feriez plus*.

— Lo prometo. Y hablando de nuestro viaje; ¿cuando lo haremos?

— Yo estoy pronto.

— Mañana?

— No hay mas que decir.

Á la noche siguiente, á las ocho, nos encontrábamos en la estacion del ferro-carril de Lyon.

Habia un mundo de viajeros, principalmente ingleses.

Catorce horas despues, llegábamos á Ginebra.

Cuanta emocion para mí, al pisar de nuevo la patria de Guillermo Tell!

Años atras habia obtenido allí el triunfo mas grande de mi vida, con motivo de mi pobre discurso en el *Congreso de la Paz*.

— A qué hotel vamos? me preguntó Clarétie.

— Al de la *Paz*, si Vd. no tiene inconveniente: tengo en ello un particular interes.

— Hay allí alguien que Vd. desea ver?

— Malicioso. Allí estuve cuando la reunion del Congreso, en 1867.

— Ah, es cierto! Fué aquel un gran dia para Vd. El artículo que dedicó á Vd. Girardin, fué soberbio. Vamos allá, pues.

Entramos al hotel, y perdóneme Vd. esta flaqueza: lo primero que hice, fué vér el cuarto que habité entónces.

Estaba en el mismo estado, pues ni el papel de las paredes habian cambiado; y la chapa en que entónces se puso mi nombre, allí estaba todavía.

Pero todo esto ¿que les importa á Vds., lectoras?

Para *Don Yo*, basta y sobra con Sarmiento, que no ha hecho poco con haber concluido su gobierno, sin ir á visitar al doctor Uriarte.

A la mañana siguiente nos embarcamos para ir á *Saxon*, haciendo la navegacion por el lago *Lehéman*.

El que haya tenido la dicha de hacerla una vez, podrá morir con el dulce consuelo de haber tenido ante su vista, maravillada siempre, uno de los panoramas mas encantadores que la mano de Dios ha levantado en el mundo.

Ambas márgenes del lago están salpicadas por una infinidad de *quintas*, palacios, *chalets*, y jardines, en que el capricho, la fantasía, el lujo, la extravagancia misma se han dado cita para embellecer aquellos sitios, que si no son otros tantos *nidos* de amor con su Eloisa y su Abelardo, su Amalia y su Florencio; son otras tantas moradas encantadoras en que la vida debe acercarse mas á la felicidad y á la dicha.

Los vapores que navegan en el lago, casi siempre dormido, y cuyos aguas apenas riza lijeramente el

viento, cuando en su furia agita los árboles, que á manera de penachos de esmeralda, coronan las montañas en que las capas de blanca nieve no han establecido su eterno dominio, son otros tantos *salones flotantes*, en que, de improviso, se encuentran hombres y mugeres de todas partes del mundo, y principalmente en *la estacion de veraneur*.

En aquel momento el *Bonivar* iba materialmente upiñado de gente.

Apenas si se podia dar un paso en la cubierta ni en los salones de abajo, donde estaba el *restaurant*, siempre frecuentado, pues no sé porqué, cuando se viaja, todo el mundo se cree en el deber de comer á cada instante.

A poco andar nos llamó la atencion, á mi campañero y á mí, una *pareja*, de las muchas que navegaban con nosotros.

Era ella una muger alta: talle flexible y delicado: formas perfectamente contorneadas: boca pequeña, deliciosamente dispuesta al deleite y que entreabria con arte para dejar admirar una doble fila de dientes, que seria prosaico comparar con las perlas, indignas de rivales tan blancos, iguales y esmaltados.

Su trage era sencillo; paso elegante, revelando una muger acostumbrada á pisar salones.

El era un jóven de gallarda apostura, y digno de sér descrito por Walter Scott. Apénas tendria treinta años, y en su sémlante vagaba una sonrisa de melancolía, que le agregaba nuevo encanto.

Ambos estaban sentados en uno de los bancos del medio.

Clarétie y. yo, aprovechando una *vacante*, nos colocamos á su espalda.

Inmediatamente se levantaron, y bajaron á la cámara.

Entónces pudimos vér que la dama estaba en cinta.

Y ¿hay cosa mas interesante, que una muger jóven y hermosa, en ese *estado*?

— Pero..... balbuceó mi compañero de viaje, medio sorprendido, y como evocando un recuerdo — pero..... no me engaño..... sí..... es ella.....

— Que dice V. amigo mio. ¿Conoce Vd. por ventura esa dama?

— Lo juraria.

— Es francesa?

— Más aun: *Parisiense*.

— Y se llama?

— Si es la que creo, es la condesa de S..... que hace un año abandonó la casa de su marido, que es un miserable, y cuya desaparicion de Paris, en compañía del marques de M....., causó profunda sensacion.

— Entónces él ¿será el marques?

— Eso no sé: á él no le conozco.

— Bajemos á la cámara, y si Vd. la conoce bien á ella, trate Vd. de cerciorarse, y ver si su sospecha es fundada.

— Vamos.

Bajamos la pequeña escalera, cuando la *pareja* la subia.

Inmediatamente ella dejó caer un tupido velo azul sobre su semblante, al mismo tiempo que Clarétie me decia:

— Tardía precaucion. Es *ella!*...

— Entónces no hay duda que sea *él* tambien.

— Natural. Comprendo su precaucion. Ella tambien me conoce, y como anda oculta, la habrá contrariado verme aquí.

— Y el marido?

— Hace meses que tambien desapareció de Paris.

— Y se halla?

— Se ignora.

— Puesto que es la persona que Vd. suponía, creo

prudente que no aparentemos ocuparnos de ella. Eso la mortificaría, y ¿para qué hacerlo?

— Ciertamente. Ocupémonos de todas estas maravillas que tenemos á la vista.

Así sucedió.

De vez en cuando el vapor se detenía en una y otra margen del lago, para desembarcar y tomar pasajeros en los infinitos pueblecillos que allí serpentean.

Hacia tres horas que estábamos en viaje.

Acabábamos de bajar á la cámara, y nos disponíamos á imitar el ejemplo de los que dispensaban sus mimos al estómago — que no sé quien ha comparado al *público*, por sér insaciable como este — cuando vimos que *ella* y *el* bajaban precipitadamente.

La linda dama, pálida como una estatua, apenas podía tenerse en sus piernas, y el jóven casi la arrastraba.

Sin perder un instante ambos corrimos en su ayuda, y colocamos la dama en un sofá. Era tiempo, pues al momento perdió el conocimiento. Acababa de desmayarse.

— Perdonen ustedes caballeros, nos dijo amablemente el jóven. La señora está en estado muy delicado, y repentinamente acaba de encontrarse mal.....

— Disponga Vd. de nosotros sin reserva, señor, contestó mi amigo, con ese tono de galantería que jamas falta al último de los franceses.

— Gracias, señora.

Una dama inglesa que, quizá, por la quinta vez en el viaje saboreaba un pedazo de *chester*, y un trago de *Pale Ale* (famosa marca de cerveza, segun un *paisano* de la estancia de Don Juan Castex en Buenos Ayres) ofreció un frasquito de olores que traía.

Le aplicó á la nariz de la dama; pero envano. El desmayo seguía.

Al cabo de algunos minutos, el marido, ó el caballero que aparecia como tal, empezó á inquietarse.

— No se alarme Vd. señor, le dije, es efecto todo del estado en que se halla la señora.

— Quien sabe!...

Habia en estas palabras *algo* que llamaba la atencion.

Aquella dama viajaba oculta. Clarétie la habia conocido. ¿No temia, por ventura, alguna indiscrecion de su parte, asustándose por eso?

Yo se lo dije á mi amigo.

— No seria extraño, me contestó. Una muger en esa situacion, que ha huido del hogar con un amante, sino ponen una inmensa distancia entre ella y el marido, vive constantemente agitada por la duda de que la puedan sorprender y tomar, y ya comprenderá Vd. que la perspectiva de *St.-Lazare*, no puede sonreirle mucho.

— Y no habia medio de tranquilizarla?

— La cuestion es delicada. ¿Como decir nada al marques?

— Yo me encargo.

— Devéras?

— Porqué no?

— Bien amigo mio: hágalo Vd.

La hermosísima muger seguia desmayada.

El vapor caminaba siempre, y como sucede en estos casos, en que el menor incidente que sirva á distraer la monotonía de una travesía, por pintoresca que sea, tiene el privilegio de dar tema á los curiosos, al anuncio del desmayo de la dama, muchos pasajeros, de ambos sexos, habian bajado á la cámara.

Clarétie y yo estabamos al lado del *sofá* en que la divina pasajera yacia desmayada.

Repentinamente lanzó un grito, y abrió los ojos. Estaba realmente hermosa, pues la palidez daba un

nuevo encanto á su fisonomía, haciendo resaltar la expresion de sus ojos, que en un salon, podian ser tomados por los heraldos de la voluptuosidad.

El amante, visiblemente desesperado, acercó su semblante al suyo, y estampó un beso en sus megillas.

Ella le dijo algunas palabras en voz baja que lo alarmaron, pues dijo al momento:

— Dios mio ¡que desgracia!

— ¿Qué hay caballero? — preguntó Clarétie.

— Si pudiésemos hacer despejar este salon. La señora.....

— Comprendo. No tema Vd. nada.

En ese instante llegábamos á *Laussane*, y los quejidos de la condesa se hacian cada vez mas agudos. Eran los dolores de la maternidad!!...

No sin alguna pena, conseguimos que los demas pasajeros fuesen saliendo del salon.

Los amantes quedaron solos.

Mi amigo y yo en la puerta.

El capitan bajó, y le explicamos lo que pasaba.

Era un jóven de la marina francesa que navegaba con licencia de su Gobierno.

En materia de galantería, no hay para qué decir lo que es un francés. Al momento hizo traer almohadas, y todo cuanto podia proporcionar alguna comodidad á la dama, que no cesaba de quejarse, asida fuertemente á la mano de su compañero.

En *Laussane* bajaron infinitos pasajeros y subieron otros.

Un grupo de estos se dirijió á la cámara.

— Perdonen ustedes — les dije — no se puede entrar.

— Porqué?

— Hay una dama gravemente enferma.

— En ese caso.....

Un grito espantoso, agudísimo, lanzado por la en-

ferma, cortó la palabra en boca del inglés, que, como los demás, se estremeció.....

Al mismo tiempo el llanto de una criatura anunció al Marqués que era padre, y á nosotros, que la Providencia habia favorecido aquella madre infeliz que, en medio de un viaje, y sin comodidades de ninguna especie, veia venir al mundo el fruto idolatrado de su amor.

— Es un baron! — oimos que dijo el Marqués.

— Gracias! gracias, Dios mio! — murmuró ella, con voz casi apagada.

— Y ahora? — pregunté á mi amigo — ¿Que se hace?

— Ante todo, que sepa el caballero que estamos aquí, dispuestos á servirlo, y á no separarnos de él.

Entreabrí la puerta, y se lo dije.

— Oh sí, sí! — me contestó con vivacidad — acepto agradecidísimo tan galante oferta, pues solo, no sabia qué hacer en este terrible momento.

— Yo soy casado, señor — le dije — mi amigo lō será muy pronto. Por tanto, no tenga Vd. escrúpulo ninguno. A mas, para que Vd. vea que no trata con le *premier venu*, aquí tiene Vd. mi tarjeta.

— ¿Como agradeceré jamás tan feliz encuentro, en situacion tan difícil?

— No perdamos tiempo. Lo que hay que hacer me parece que es esto. En el primer pueblo en que se detenga el vapor, uno de nosotros baja á buscar un médico ó una partera, de manera que cuando el *Bonivar* venga de regreso, estemos prontos con todo, pues creo que seria una imprudencia intentar desembarcar á la señora en este estado. Una vez que la vea el facultativo, se hará lo que él disponga.

— Gracias, gracias, señores. Gracias.

El capitan no solo aprobó mi plan, sino que me dijo:

— En el primer puerto, yo me demoraré diez minutos, y no será extraño que en ese tiempo Vd. encuentre el Doctor Fergurson, que está siempre en la *promenade*, á la hora que por aquí pasamos.

Cuanto habíamos convenido, se ejecutó.

Clarétie quedó á bordo, al lado de aquella misteriosa *pareja*, miétras que yo desembarqué.

Desgraciadamente no sucedió lo que creía el capitán, pues el Doctor Fergurson se hallaba ausente.

Anduve de un lado á otro, corrí, busqué, hasta que encontré una excelente muger.

Impuesta de lo que pasaba, preparó ropas, y algunos frascos en que ella sabría lo que puso.

Todo esto se pasaba á las dos de la tarde, y el vapor no debia regresar antes de las cinco y diez minutos.

Durante estas tres horas mortales ¿como lo pasaria aquella lindísima muger?

Yo me hallaba bajo el imperio de esta duda, y dejando que mi imaginacion vagase por el campo de mil pensamientos distintos, al mismo tiempo que bebia un *choppe* en el espléndido salon del Hotel *Belle-Vue*, cuando la partera preguntó por mí.

Fuí á su encuentro.

— Ya sabe Vd. señor, que todo está pronto.

— Lo sé.

— Y quien me pagará?

— Yo, señora.

— Pues bien.....

— Quiere Vd. que se le pague adelantado ¿verdad?

¿Porqué no lo dijo ántes?

— Es que.....

— Cuanto quiere Vd.?

— Veinte francos.

— Tome Vd. cuarenta.

— Señor.....

— Lo que es preciso es que Vd. atienda bien á la dama, y diga á su marido lo que conviene hacer.

— Por eso, descuide Vd. A la hora indicada, me llamaré en el embarcadero.

Nos separamos.

Yo regresé al Hotel, á *hacer tiempo*. Tomé de la Biblioteca, de su gran salon de lectura, un tomo de Alfred de Musset, y lo primero que leo, son estos versos:

*Toujours le même sort dérisoire et fatal,
Demain le Pantëon, aujourd'hui l'hôpital.*

Cuanta verdad en dos renglones!

Examinando los demas libros, veo uno titulado: *Trozos escogidos*, impreso en Leipzig, en español.

Y cosa rara! ese libro no tiene, ni nombre de autor, ni dice de quien son los infinitos trozos de literatura, y las poesías que contiene, lo que no quita que el *Coleccionista*, sea quien sea, haya revelado el mas exquisito gusto al escoger las páginas con que ha formado su libro.

En el conocí los versos á la *Libertad*, de Juan Carlos Gomez; los *Pensamientos á Teresa*, de Már-mol; el *Canto de Ituzaingo*, de Juan C. Varela, y algunas composiciones de Fajardo, de Fermin Ferreyra, Ricardo Gutierrez, y otros de nuestros poetas.

Pero confieso que una de las cosas que mas llamó mi atencion, fué este soneto:

Ara de oprobio el Gólgota levanta,
Su Rey el orbe en el suplicio mira,
El Cristo, el Dios crucificado espira,
Y al mismo averno la ignominia espanta. *

Gozosa en el baldon de la hostia santa,
Al ver su salvador Juda delira,
Y en la divina sangre, armada en ira
La terrible Salem hunde la planta.

Mirad la Cruz: sobre el sagrado muro
 La efígie aun lleva de su antiguo reo,
 Sangriento el rostro cual le vió el Calvario.

Alzadla, alzadla, que su leño duro
 Al Universo vencerá en su arreo,
 Dando á sus ruinas el fatal sudario.

¿De quien es tan bella inspiracion? El libro no lo decia, y yo no la conozco.....

Al fin llegó la hora.

Pedí mi nota, á lo que por aquí se llama *el cuarto de hora de Rabelais*, y me dirigí hácia el embarcadero.

La *partera* ya estaba allí.

Una muger vieja la acompañaba, llevando en la mano dos atados y algunas botellas.

Pocos instantes despues se vió aparecer el vapor, que ufano de su poder, venia cortando las aguas, siempre tranquilas y dormidas, y en las que se reflejaba la costa con sus palacios y jardines, sus grandes hoteles y sus arboledas.

Mi ansiedad era grande.

Cuando el *Bonivar* atracó al muellecito, subí inmediatamente, seguido de la *partera*.

Clarétie, pálido, temblando y desencajado, corrió á mi encuentro, y con un acento terrible, me dijo:

— No baje Vd.....

— Usted me espanta. Porqué?

— Ha muerto!!

Si aquella muger me perteneciese, si la hubiese conocido ántes, si á ella me hubiesen ligado lazos, que no fuesen sino los de la mas pura é íntima amistad, creo que aquellas dos espantosas palabras no me habrian producido una impresion mas profunda.

— Y el marqués?

— Está sobre su cadáver.

— Y el niño?

— Parece perfectamente.

— Esto es espantoso.

— Y si no lo hubiésemos presenciado, podría tomarse por una novela! Creo que no debemos ni podemos abandonar á este caballero.

— Es mi opinion, tanto mas cuanto que nada nos obliga á precipitar un viaje, que es puramente de placer. ¿Y ha dicho lo que piensa hacer?

— Ni una palabra. Hace apénas una hora que la condesa exhaló su último suspiro. Desde entónces, ese hombre no hace mas que llorar. La escena ha sido espantosa.

— Cuéntémelo Vd.

— Oh! Estas cosas no se pueden referir. Es preciso verlas. Ha sido un derrame espantoso de sangre. Nada lo ha podido contener. La vida y la fuerza iban faltando poco á poco. Ella lo conocia, y como dijo, *se sentia morir*. Entónces empezó una agonía y una despedida que habrian sensibilizado á las piedras. Abrazada á su hijo y á su amante, los *comia* á besos á uno y otro. El queria consolarla, pero no podia. Los sollozos ahogaban su voz. Cuando sintió que la vida le faltaba, le dijo:

— Prométeme que jamás te ligarás á otra muger.

— Corina!

— Dame este consuelo al tiempo de morir.

— Te lo juro; pero.....

— Pobre Ernesto. Te comprendo. Quisieras tranquilizarme; pero, es inútil. Esto es concluido. Muero sin un solo remordimiento. Tú conoces mi vida. Me casaron con un hombre perdido. No me comprendió. La noche de nuestra boda, me abandonó. Fué á pasarla con su querida. Al dia siguiente, los *huissiers* embargaron todos mis muebles. Una semana despues, eran vendidos en pública subasta, para pagar algunas

de sus deudas. Entónces te conocí. — Me tendiste la mano. Yo te amé; y eramos felices!...

Al decir estas últimas palabras, se detuvo: abrazó convulsivamente al marqués, y expiró.....

— Infeliz muger.

— Infeliz él, digo yo. Los que se van, nunca son infelices, *Orion*; los que quedamos, sí.

El vapor caminaba siempre en direccion á Ginebra.

A las siete, llegábamos. La madre feliz, contenta, que quizá soñaba con todos los encantos de la maternidad, cuando se embarcó acompañada del hombre á quien habia ligado su destino, ya no existia... Volvia cadáver.

De acuerdo con el capitan, dimos todos los pasos necesarios para efectuar su desembarco.

El desolado amante anegado en llanto, y teniendo al niño en sus brazos, dijo á mi compañero:

— No se pare Vd. en gastos. Todo de lo primero. Eran las once de la noche.

A lo largo del paseo que se halla sobre el pintoresco lago, caminaba tranquilamente un coche fúnebre.

Dos carruages le seguian de cerca.

En uno iban, el marqués, Clarétie, el capitan del vapor, y yo.

En el otro, un sacerdote y una hermana de Caridad.

El fúnebre cortejo atravesó el puente, y tomando el trote, se dirigió á la orilla opuesta del lago.

Media hora despues se detuvo frente á una gran puerta de hierro.

Al fondo de una calle formada por una doble fila de árboles corpulentos, veíase destacar un magnífico palacio, por su tamaño, por su lujo arquitectónico, por la profusion de estatuas que le embellecian, y que, á la hermosa luz de la viajera de la noche, que afana se paseaba en los cielos, parecian guardianes mudos de aquellos sitios silenciosos y dormidos.

En el trayecto desde el desembarcadero, no habíamos cambiado una palabra.

Ernesto — como hemos visto que se llamaba el joven marqués — no pareció apercibirse que acabábamos de detenernos; pero el sacerdote, que acababa de bajar del otro carruaje, se acercó á la portezuela del nuestro.

Hemos llegado, señor marqués.

Este levantó lentamente la cabeza, y dijo:

— Tenga Vd. la bundad de ir á prevenir al pobre Gaston que *su hija*, como la llamaba, está aquí: que venga con los demas criados para ayudarnos á bajarla, y conducirla á sus apartamentos.....

En ese momento pareció mas tranquilo: diriase que algun pensamiento consolador habia asomado repentinamente á su imaginacion.

Miéntras el sacerdote tomaba el camino de la casa, bajamos todos del carruaje.

La hermana de Caridad rezaba al pié del féretro, que yacia tendido en el lecho del carro fúnebre.

Ernesto empezó á pasearse de un lado á otro, sin decir una palabra, y al parecer tranquilo.

Nosotros le dejamos solo, y á nuestro turno hicimos lo mismo en otra direccion.

— ¡Que dia! me dijo mi amigo.

— ¡Que noche! diré yo. No va á ser agradable la que vamos á pasar. Por lo visto este señor tiene una gran fortuna.

— Inmensa! segun dijeron los diarios de Paris, cuando dieron cuenta de la desaparicion de la condesa. Pero noto que la partera no viene todavía con el niño.

— Siento el ruido de un carruaje.

— Quizá sea ella.

Efectivamente: á los pocos instantes se detenia otro coche en el que venia la partera, conduciendo el niño

en sus brazos, cautelosamente envuelto en una rica mantilla de encajes.

Casi simultaneamente llegaban seis á ocho criados, con el sacerdote. Uno de ellos, anciano, se precipitó en los brazos del marqués. Fué una escena conmovedora.

El coche fúnebre dió vuelta, entró en la Alameda. y se puso lentamente en camino hácia el palacio, cuyas puertas estaban todas abiertas de par en par.

Tomamos el cadáver, y lo llevamos dentro, colocándolo en un salon tapizado de terciopelo verde. amueblado con un lujo oriental.

Aun en medio de tan triste ceremonia, no pude ménos que admirar tanta magnificencia. Era aquella una morada regia.

Ernesto desapareció, sin decirnos una palabra, mientras que el sacerdote, ayudado por los criados, ponía el cajon que guardaba el lindo cuerpo de la condesa, sobre una gran mesa, traída allí *ex-profeso*.

— Y nosotros ¿qué hacemos ahora? me preguntó Clarétie.

— Pasaremos aquí la noche.

— Así lo creo; pero el marqués ¿donde está?

— No sé.

— Preguntemos.

— Mas bien esperemos un poco.

— Aun no hemos tenido tiempo de cambiar una palabra sobre este tremendo drama.

— A mí no me ha tomado da nuevo.

— Como?

— Ay amigo mio! Usted no puede imaginarse las cosas que he visto, y que me han pasado en mi vida! Nada me sorprende ya. Á todo estoy siempre dispuesto. Lo que ha sucedido hoy, es terrible. La situacion de este desgraciado jóven, es espantosa. Amaba, y era amado. ¿Á qué mas se puede aspirar en la tierra?

Comparto sinceramente su dolor ; pero lo que he visto, no me ha tomado de nuevo.

— Lo oigo á Vd. con asombro, querido *Orion*.

— Y ¿porqué, colega?

— Porque habla Vd. como un fatalista.

— Sin duda, y tengo motivos para ello, á mas de mis principios religiosos.....

En ese momento apareció Ernesto.

Me sorprendió su aire : estaba completamente tranquilo.

— Perdonen ustedes, mis amigos, si los he dejado un instante solos. En el camino he concebido el pensamiento de un gran viaje, y yo cuando concibo, ejecuto. Quiero partir en la madrugada, y para ello, me ha sido indispensable escribir algunas cartas.

Ustedes deben estar muy fatigados. Los suplico que pasen al comedor. Hay una cena preparada ya. De mi gratitud ¿qué les puedo decir? Hay deudas que no se pagan jamás. La que he contraido con ustedes, es una de ellas.

Quisimos escusarnos de tomar nada; pero Ernesto, con cierto imperio que nos llamó la atencion, replicó:

— A más: deseo quedar solo con Corina algun tiempo. Vayan ustedes caballeros.

¿Qué hacer?

Toda insistencia habria sido ridícula.

Obedecemos, pues, y pasamos á la *salle à manger*.

Aquel hombre no era solamente un millonario, á juzgar por todo cuanto se veia en su fastuosa morada: era tambien un artista, y un artista de un gusto exquisito.

Pinturas de distintas escuelas y de distintas edades: porcelanas de la India, de *Sèvres* y del Japon, objetos de plata de todos tamaños y formas, y una coleccion de tapicerías de *Gobelín*, hacian de aquel comedor un verdadero *museo*, que habria trastornado la cabeza de Juan Cruz mi hermano.

Los objetos de arte viejos, como las armas, que se veían en los cubiertos de plata maciza, labrados con el mas exquisito gusto, revelaban en su conjunto de riqueza que el marqués pertenecía á una antigua familia noble.

En la mesa no habia sino dos cubiertos; pero para servirnos estaban de pié cuatro sirvientes, vestidos de gran librea.

Aquel contraste imprimia en mi espíritu una sorpresa, de la que Clarétie participaba tambien: nosotros dos allí, en un salon envuelto en los rayos de infinitas luces que le daban un aspecto casi fantástico: él, solo, encerrado con el cadáver de su muger, de aquel ángel de belleza que por la mañana dejó alegre y feliz el nido de sus ilusiones, y que en altas horas de la noche volvía muerta, á recibir en el hogar los últimos homenajes de la pasion ardiente que la hacia dichosa.

Que contraste irrisorio de la vida!

— Tiene Vd. hambre? pregunté á mi compañero.

— No.

— Yo tampoco. Bebamos un trago de vino.

Un criado nos sirvió. La etiqueta decia: *Château Margaux, retour de l'Inde.*

Era un néctar.

Mi compañero estaba absorbido en alguna meditacion profunda. No hablaba. Mucho mas jóven que yo, y sin haber salido jamás de Paris, sino para hacer esos pequeños viajes de placer, que la moda convierte en una necesidad, para cierta clase de aquella bulliciosa sociedad, en que la ficcion y el artificio suplanta casi siempre la realidad, Clarétie se hallaba fuertemente impresionado por las emociones del dia, y por lo que, en aquel momento, se pasaba entorno nuestro.

Serian como las dos de la mañana.

— En qué piensa Vd.? le dije.

— En lo que Vd. me decia antes de entrar aquí.

— No recuerdo qué.

— Que nada de cuanto nos ha pasado, le ha sorprendido, pues no hay cosa á la que Vd. *no se espere*.

— Y es la verdad, mi amigo.

— Entónces ¿le han sucedido á Vd. cosas muy extraordinarias en su vida?

— Como para escribir dramas y novelas. En diez tomos, no podria hacer su simple narracion.

— Cuénteme Vd. algo de su vida, ya que tenemos que pasar aquí la noche.

— Con sumo placer; pero no haré sino apuntar á Vd. algunos hechos. Siendo un niño, acompañé mi padre á Europa. Al entrar al *Canal de la Mancha*, un horrible temporal nos sorprende abordo del Bergantin de guerra inglés *Fantome*, que se hace pedazos en las rocas de *Speathead*. Salvamos por milagro.

En Paris conozco á Luis Felipe, que me toca tiernameamente la cabeza. Almuerzo con Lamartine, y tomo el thé con Chateaubriand....

— Que placer, amigo *Orion*.

— Sin duda. No una, sino infinitas veces acompaño á mi padre á casa de Thiers, Guizot, Berryer, Odillon Barrot, Girardin, Dumas y cuanto hombre ilustre hay entónces en la Patria de Vd.

En el teatro veo, á Rachelle, á La Blanche, á Mario La Grissi; la Taglioni, y todas las celebridades de la época.

— *Vraiment?*

— En Lóndres, como en casa de Lord Aberdeen: paseo casi todas las dias con Mazzini, que tenia allí una escuela. Conozco á Palmerston, Gladstone, Dickens, el famoso novelista: asisto al ensayo del *tornillo*, en los vapores, á la apertura del Parlamento, y en el colegio, en que estoy cuatro meses, gano el primer premio de inglés.

Regreso á Montevideo, que se halla sitiado. Hago despues un viaje á Rio Janeyro. En un colegio suizo, aprendo el francés. Poco despues nos embarcamos, con toda la familia, abordo de la *Irma*. Al llegar á la *Isla de Flores* cerca de Montevideo, hacemos el naufragio mas espantoso de que hay noticia en el Plata, y me rompo el brazo derecho.

— Siga, siga Vd. pues esto me interesa mucho.

— En Montevideo soporto el sitio durante varios años. Concluidos mis estudios, entro á una casa de comercio inglesa. Estaba en ella cuando en la noche del 20 de Marzo de 1848 mi padre es asesinado, dejando once hijos, sin fortuna ni amparo.

— Por Dios. Y ¿cómo le mataron?

— De una puñalada al entrar á su casa. Yo venia detrás, y oí el quejido que dió al recibir el golpe terrible.

Así desamparado, un hermano de mi padre, nos mandó á todos con mi madre, á la *Isla de Santa Catalina*.

Allí aprendí la teneduría de libros y la filosofía, con mi tio Luis Dominguez, hoy Ministro de mi pais.

Al mismo tiempo, ayudaba al sustento de mi familia, comprando y vendiendo *pacotillas*, mandando huevos á Montevideo, y sirviendo de intérprete y *corredor* á los *Yankeés*, que en aquella época iban á California, y cuyos buques hacian escala en la isla. De allí pasamos á Rio Janeiro. Me coloqué en una fuerte casa de comercio. Al poco tiempo, tenia un sueldo brillante. La muger mas linda del pais, se encaprichó de mí. Un dia el marido se apercibió, y tuve que salir precipitadamente. Esta es una novela que algun dia escribiré.

Llegué á Montevideo pocos dias ántes de la caída de Rosas. Caido este, entré á Buenos Ayres, y.....

Al decir esta última palabra se abrió la puerta del comedor, y apareció en su dintel la figura pálida,

grave, y por cierto interesantísima del jóven marqués.

Acababan de dar las tres.

— Deseo hablar con Vds. dos palabras, caballeros nos dijo — ¿Quieren Vds. seguirme?

— Con el mayor placer, marqués — contestó Clartéie.

Salimos: cruzamos algunos corredores, y subimos una escalera de mármol, alfombrada con un tapete en que los piés se hundian suavemente. Ernesto abrió una puerta, y nos dijo:

— Entren Vds. caballeros, mas bien, mis amigos.

Era su escritorio, si tan modesto nombre podia darse á la soberbia coleccion de cuadros, libros, objetos de arte, mármoles, armas, y muebles de toda especie, que formaban aquel maravilloso conjunto digno del mas opulento de los monarcas.

Nos sentamos, uno y otro asombrados de cuanto teniamos á la vista.

Ernesto abrió un pequeño mueble de *Boul*, tomó algunos *puros*, y nos ofreció.

Aquella calma, aparente al ménos, empezaba á inquietarme, si bien no habia en ella nada que pudiese dar lugar, ni á la sospecha de que su cabeza no estuviese bien.

— No tengo sino dos palabras que decir á Vds. mis amigos — nos dijo dulcemente.

La conducta de ustedes para conmigo, ha sido la de dos hermanos. Por consiguiente, para Vds. no hay secretos. Corina no era mi muger. Unida á un miserable, la arranqué de sus manos, en los primeros dias de su casamiento. Hace de esto diez y ocho meses. Nuestro amor ha sido inmenso. Hice cuanto pude por que fuese feliz. Creo que lo habia conseguido. Al menos ella me decia que se consideraba la mas dichosa de las mugeres, y yo lo creo. Era demasiado pura, noble, y digna para finjir. Hoy mismo, por la

mañana, aquí, en esta pieza, donde ella venia con frecuencia, me hablaba de su amor con una ternura, con un abandono, con un candor... : su hijo obsorbía todo su pensamiento. Cuantas ilusiones ! Cuantos sueños para el porvenir ! Y ahora, ¿qué me queda de todo esto ? Su cadáver, á poca distancia de aquí, y ese ángel sin madre, y que ella apenas vió ántes de morir....

Ernesto se tomó la cabeza con las manos, y lloró...

Despues de un momento, continuó :

— Para mí, todo ha concluido ya. Ustedes lo ven : lo digo con calma, y sin afectacion. Sin ella, sin su amor, sin su presencia, sin sus caricias, sin sus promesas, sin el deleite infinito que me daba, la vida me seria un tormento continuo. Permanecer aquí donde fuí tan feliz á su lado, me parecería un sarcasmo. Tengo que huir, que poner entre este sitio y yo una gran distancia..... Mi viaje vá á sér largo, muy largo. Durante el tiempo que dejé á Vds. solos, me he preparado para emprenderlo. En estas cartas (indicando varias que estaban sobre el escritorio) digo cuanto pienso, y deseo. De ustedes solo espero un favor: que entierren á Corina. Ese sacerdote que Vds. han visto, y Gaston, el antiguo *valet de pied* de mi padre, haran cuanto sea necesario; pero Vds. iran hasta la última morada. ¿No es verdad ?

— Marqués — dije — permitanos Vd., que nos ha llamado, amigos, hermanos, que le consolemos un momento. Nada mas legítimo que el dolor que en este instante despedaza su corazon, pero, ese niño, ese ángel ¿nada le dicen á Vd.? ¿Se vá Vd. y le abandona ?

— Si vive, su porvenir está asegurado. Cuanto tengo, se lo deajo. Soy rico, muy rico. Toda mi fortuna es para él. Aquí está mi testamento. Mi primo, el conde de S..., se encargará de su educacion. Es un cumplido caballero. Ya cönocen Vds. mi voluntad. Lo demás, lo

sabran *á su tiempo*. Ahora les pido un último sacrificio: bajen al salon donde está el cadáver de Corina. El abate Dupuis, la *hermana* Sofia, están allí. Acompañenlos Vds. *á velar* hasta que llegue el momento de conducirla *á su última morada*.

— Y Vd. ¿no irá?

— No tendria valor para ello. Vayan ustedes: se los pido.

Salimos, y bajamos la escalera.

Clarétie me dijo:

— No sé porqué, me espanta la calma de este hombre.

— Lo creo de una gran fuerza de voluntad.

— No sé.

Entramos al salon en que se hallaba el cadáver.

Ernesto habia destapado el cajon. Corina parecia dormida, y en su semblante vagaba una sonrisa de bondad infinita.

En su cuello, en su pecho, y en sus brazos, tenia algunas alhajas de gran valor: eran brillantes magníficos.

Mientras estuvo solo, encerrado con ella, el marqués, sin duda, se las habia puesto.

Para qué?

Con qué objeto?

¿Era aquella una ostentacion vanidosa de la fortuna, y de la riqueza?

¿Quien podia penetrar en las intimidades de la conciencia del desolado amante?

Contemplamos el cadáver por algunos instantes, sin decir una palabra. El Abate y la *hermana* rezaban. Apesar de su lujo y elegancia, aquel salon respiraba *la muerte*.

Hubo un momento, en que me sentí fuertemente impresionado.

Mi compañero lo comprendió.

— Alfin se impresiona Vd.? me preguntó.

— Sin duda: hay de que! Cuanto está pasando, tiene una solemnidad imponente. Mejor habríamos estado en *Saxon*. A mas, no sé porqué.....

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, se oyó la detonacion de un tiro, y al los pocos segundos, otra detonacion.....

¿ Quien no habria comprendido al momento, de donde partian?

Maquinalmente, corrimos todos al piso superior. La puerta del estudio de Ernesto, estaba cerrada. No sin gran pena, la derrumbamos.

Sentado en un gran sillón *Voltaire*, yacia bañado en su sangre. A sus piés habia un revolver *Léfaucheux*, y un retrato de Corina.

Sin embargo, no estaba muerto aun, y no habia llegado todavía al fin *del largo viaje*, de que nos hablaba momentos ántes.

Cuatro de los criados y el abate, salieron en busca de un médico. Nosotros quedamos al lado del marqués. No daba señales de vida, aunque su corazón latia lentamente. Sin ser médicos, fácil nos fué ver que pronto no lataria mas. El infortunado amante se habia disparado dos tiros en la cabeza.

Dos ó tres veces le llamamos. En vano.

Entró el médico. Se acercó inmediatamente y dijo:

— Llego á tiempo para verlo morir.

— ¿ No hay esperanza ninguna? pregunté.

— Absolutamente: durará algunos minutos más.

Así fué: pocos instantes despues espiraba, sentado en la misma posicion en que se habia puesto para suicidarse.

Que situacion la de Clarétie y la mia! Habiamos salido de Paris para ir á *Saxon*, y en medio del camino nos habiamos encontrado en un drama espantoso!

Nuestra mision allí estaba concluida.

Llamamos al abate, y le dijo mi compañero:

— Nos vamos á retirar señor, profundamente conmovidos. Ya no tenemos nada que hacer aquí.

— Eran ustedes amigos del señor marqués?

— No señor: lo acabábamos de encontrar abordo del vapor. Vamos á *Saxon*.

— De modo que asistieron Vds. á la muerte de Corina?

— A todo: desde que se sintió mala, hasta este momento, no hemos abandonado al marqués.

Se siguió una conversacion de meros cumplimientos, en que el abate, como antiguo amigo de la familia, nos expresaba su gratitud profunda.

El dia asomaba cuando saliamos de aquella misteriosa casa.

Al siguiente regresábamos á Paris.
